DENNY N. DWIGHT

CRIATURAS ECONÓMICAS

LIBRO TRES – LA EVOLUCIÓN ARTIFICIAL

1.ª Edición 2025

© / Copyright: 2025 Denny N. Dwight
Editorial: Freeze Verlag
Título original: *Economic Creatures – Buch drei – Die Künstliche Evolution*
Fotografía de portada: Dennis Nowakowski
Diseño de portada e ilustración: Dennis Nowakowski
Idea: Dennis Nowakowski y Thomas Fortkort
Corrección (errores lógicos): Sebastian Kroker
Corrección (ortografía y gramática): Valeska Harrer

Dennis Nowakowski
Dinnendahlstr. 43
46145 Oberhausen
Correo electrónico: d.nowakowski@hotmail.de

La obra, incluidos todos sus contenidos, está protegida por derechos de autor. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reimpresión o reproducción (incluso parcial) en cualquier forma (impresión, fotocopia u otros procedimientos), así como el almacenamiento, procesamiento, duplicación y distribución mediante sistemas electrónicos de cualquier tipo, ya sea total o parcial, sin el permiso expreso por escrito de la editorial. Todos los derechos de traducción reservados.

La Criatura

Con una velocidad vertiginosa, la criatura saltó desde su escondite y cruzó a grandes zancadas el vasto campo cubierto de nieve. Sus músculos estaban tensos, sus sentidos agudizados, y la adrenalina corría por sus venas. Con saltos amplios, se acercaba al ciervo que, ajeno al peligro, permanecía en el campo, alimentándose del escaso verde que asomaba entre la nieve. El ciervo se había aventurado en un terreno sin protección contra depredadores, impulsado por la necesidad de saciar su hambre. El paisaje inhóspito no permitía ser selectivo, y así, el ciervo había seguido sus instintos para no morir de inanición. Desde el primer segundo, la criatura lo había observado desde su escondite, esperando el momento preciso para atacar.

El momento había llegado. Bajo un cielo estrellado sin nubes, corrió por la nieve, directa hacia su presa, que aún no sospechaba lo que le aguardaba. El objetivo de la criatura era el mismo que el del ciervo: conseguir comida. Solo unos metros la separaban de saciar el hambre ardiente que la atormentaba. Antes del salto decisivo, el ciervo levantó la cabeza, vio en el último instante al atacante que se abalanzaba y retrocedió asustado. La criatura pasó rozando a su presa, aterrizó de cara en la nieve, dio una voltereta y quedó inmóvil. Luego se levantó, se agazapó sobre sus cuatro extremidades y divisó al ciervo, que escapaba saltando por la nieve. El próximo bosque estaba aún lejos. Un gruñido escapó de la criatura mientras observaba al animal en fuga. No, esta presa no se le escaparía. Con un poderoso salto hacia adelante, inició la persecución. Con cada zancada, ganaba velocidad, como si flotara sobre la nieve. Su rapidez superaba con creces la del primer ataque fallido. El ciervo saltó al centro de un lecho fluvial, intentando usar el impulso para alcanzar la otra orilla con el próximo salto. En el punto más alto de su salto, la criatura chocó contra el ciervo, clavando sus garras en el cuerpo del animal. A diferencia del ciervo, la criatura solo necesitó un salto para cruzar el río, atrapando a su presa en el aire. Descoordinados, cayeron con fuerza en la orilla.

El impacto los separó. La criatura yacía de espaldas en la nieve, mirando al cielo y respirando profundamente. Su pulso había alcanzado el máximo durante la persecución, y aprovechó la breve pausa para calmarse. Su presa no volvería a escapar. Nunca más lo haría.

Lentamente, la criatura se levantó y se acercó, ahora erguida, al ciervo, que yacía a pocos metros. Las manchas de sangre en la nieve le indicaban que había herido gravemente a su presa. Frente al ciervo, que luchaba por su vida y gritaba como un niño, la criatura ladeó la cabeza y observó al indefenso animal, que intentaba desesperadamente ponerse en pie. La pérdida de sangre era demasiado grande. Poco a poco, el instinto de caza se desvaneció, y sus facciones se relajaron. El largo cabello oscuro le caía sobre el rostro mientras se arrodillaba, acariciaba suavemente la cabeza del ciervo y lo miraba con tristeza. Este ser moribundo no era su enemigo, solo una víctima más. Las reglas de la evolución son implacables pero simples: el más fuerte sobrevive, prevalece y asegura la continuidad de la especie. Para lograrlo, todo ser vivo necesita alimento. Este ciervo, su carne y sangre, garantizaría su existencia en este mundo. Con un movimiento rápido, la criatura hundió su garra en el cuello del ciervo moribundo, poniendo fin a su sufrimiento. El animal se estremeció una última vez, luego su cuerpo se relajó y sus ojos se giraron hacia atrás. La criatura retiró la garra de la herida y observó la sangre caliente, casi negra, que corría por su antebrazo y goteaba en la nieve. Luego se levantó, abrió los brazos hacia atrás y soltó un rugido ensordecedor. Era un grito de victoria que el mundo entero debía escuchar. Voraz, se abalanzó sobre su presa. La carne reavivó sus espíritus. Sintió la energía del ciervo transferirse a ella, otorgándole nuevas fuerzas. Una vez saciado el hambre más urgente, la criatura se acostó junto al ciervo y se enrolló sobre sí misma. Cerró los ojos y cayó en un sueño que le reveló un secreto: un sueño que abarcaba desde el nacimiento del ciervo, su vida llena de eventos, hasta su abrupto final.

Poco después, la criatura despertó al escuchar gruñidos de animales salvajes que habían olfateado la presa. Lentamente se levantó, permaneció agazapada unos segundos y miró a su alrededor. De vez en cuando, veía sombras que se acercaban y luego se alejaban. Un grupo de animales peligrosos la rodeaba, probablemente para apoderarse de los restos del ciervo. Entonces vio a los primeros lobos, que la cercaban, reduciendo cada vez más el perímetro. Por un momento, la criatura miró al ciervo y adoptó una postura erguida y relajada. Que se quedaran con el resto del cadáver. Si no lo hacían los lobos, lo harían otros carroñeros. En ese instante, un lobo saltó desde atrás hacia la criatura. Ella se giró y lo atrapó en el aire. El lobo gris colgaba gruñendo del brazo extendido de la criatura, cuya mano le apretaba el cuello. Lentamente, lo acercó hasta que sus rostros casi se tocaron. Miró a los ojos al animal, que aún se retorcía, listo para atacar. Solo necesitaba apretar para deshacerse del lobo. Poco a poco, los músculos del animal se relajaron. Sus intentos de liberarse le habían costado mucha energía. Los dientes expuestos y la mirada feroz dieron paso a un gemido que sonaba como el lamento de un perro apaleado. La comprensión de haberse enfrentado al enemigo equivocado a menudo se paga con la vida. Pero no esta vez. La criatura soltó al lobo, que bajó la cabeza en sumisión. Este ser también era solo parte de un mundo donde cada uno debía velar por sí mismo y por su descendencia. Probablemente, sus cachorros ya reclamaban alimento. Solo había seguido su instinto, haciendo lo que debía. Lentamente, la criatura pasó junto al lobo y escuchó a lo lejos cómo se disputaban los restos del ciervo.

Habían pasado muchas horas mientras la criatura continuaba su ruta por las heladas estepas de Rusia. No sabía por qué estaba allí. Algo la guiaba, la atraía cada vez más al corazón del país. Una fuerza inexplicable, profundamente arraigada en su interior, había tomado el control y dirigía sus pasos. Las penurias del viaje no dejaron huella en ella. No era consciente de que llevaba semanas en marcha. El tiempo ya no importaba, como tampoco las condicionantes a las que alguna vez estuvo sometida. Sentimientos como

compasión, remordimiento o miedo habían dejado de existir. Había dejado atrás el espectro de las emociones humanas y solo seguía su instinto. Sin embargo, sentía el deseo de regresar a este lugar para completar algo.

La criatura llevaba un tiempo siguiendo las vías del tren, que le parecían un guía. Se detuvo y se quedó en un largo puente en forma de hoz por el que pasaban las vías. Miró brevemente el barranco y continuó su camino. Con agilidad, saltó sobre varios travesaños a los que estaban fijados los rieles de acero. Un paso en falso le costaría la vida sin duda. En pocos minutos, dejó el puente atrás y corrió hacia los restos carbonizados de un vagón. Una extraña asociación surgió en la criatura, inexplicable para ella. Siguió adelante y llegó a una estación cubierta de cuerpos sin vida. Bajo los tejados de las vías yacían no muertos aún bien conservados, aquellos que en su momento asaltaron la estación y obligaron a los humanos a huir. Muchos perdieron la vida esa noche o tuvieron que abandonar a seres queridos.

Un nuevo día amaneció, disipando la oscuridad. La criatura saltó al andén y atravesó un gran portal cuyas puertas, destrozadas, colgaban de las bisagras y se balanceaban con el viento. Abandonó la estación y se encontró frente a un campo de escombros de casas destruidas. Lentamente, escaló uno de los montones de escombros y alcanzó el punto más alto. Las casas vecinas estaban gravemente dañadas o también en ruinas, aunque vio algunos edificios aún intactos. Con una agilidad juguetona, la criatura superó los obstáculos y llegó a una calle. Al pasar por la salida del pueblo, se detuvo y observó un cartel con el nombre del lugar: OMSK. Esas letras, que no podía leer ni interpretar, despertaron algo en ella. Su objetivo, fuera cual fuera, estaba al alcance. Pronto descubriría qué la había llevado a este lugar olvidado por Dios. Continuó su camino, alcanzando en segundos una velocidad vertiginosa. Llegó a un pequeño puente por el que pasaban las vías del tren. Pasó por debajo, se detuvo y tocó con la mano el muro deteriorado. De repente, imágenes de personas aparecieron ante sus ojos, con un aire familiar. Claramente reconoció a una

mujer de cabello negro, dos hombres y un chico que miraba tímidamente al suelo. Uno de los hombres hablaba con acento ruso y contaba chistes. Se concentró en el segundo hombre, que tenía una apariencia militar pulcra. Su cabello estaba cuidadosamente peinado hacia atrás y una barba de tres días cubría la parte inferior de su rostro. Inconscientemente, puso la otra mano sobre su pecho. Había una conexión con este hombre, cuyos ojos parecían quemarle el alma, y sintió un dolor profundo. Las figuras se mezclaron en un borrón de colores y sonidos extraños que finalmente se disolvieron en la nada. La criatura soltó la pared, se quedó inmóvil con la cabeza gacha, mirando al suelo. Luego sacudió la cabeza varias veces, como si necesitara ordenar algo en su mente. No, esas imágenes, esas personas, eran solo una ilusión, un espejismo. Algo que no existía.

El día llegaba nuevamente a su fin. Entre tanto, gruesos copos de nieve caían del cielo, cubriendo el entorno con una imagen casi navideña. Muchas horas y aún más kilómetros quedaron atrás cuando la criatura llegó a un valle en cuyo centro había un lago. Rodeada de árboles, divisó una cabaña de madera de cuyo chimenea salía humo. Una cabaña en medio de esa desolación, donde ninguna alma se asentaría. Ya en los últimos kilómetros hacia este valle, la criatura había sentido una profunda familiaridad con su entorno, como si hubiera estado allí antes. Tal vez en otra vida. Mientras descendía entre los árboles y la maleza, esa sensación se intensificó. Llegó a una bifurcación frecuentemente usada por personas. Un camino llevaba a la cabaña; el otro, a la izquierda, hacia un gran abeto. Un sentimiento extraño e inexplicable atrajo mágicamente a la criatura hacia la izquierda. Junto al abeto, reconoció dos cruces de madera, frente a las cuales se detuvo y ladeó la cabeza. En la cruz de la izquierda estaba inscrito: *Franklin W. Smith – 1979 a 2030*. Aunque no podía leer el nombre, los signos provocaron una reacción en ella. Ante sus ojos, volvieron a destellar imágenes del hombre pulcro de las visiones bajo el puente: cabello oscuro cuidadosamente peinado hacia atrás, barba, y esos ojos.

En la otra cruz estaba escrito: *Bartosz Kowalczyk – 1958 a 2030*. Lentamente, la criatura se agachó. Confundida, ladeó la cabeza primero a la derecha y luego a la izquierda. Ese nombre, Bartosz, desató un torbellino de imágenes y emociones en su interior. Vio a un hombre pequeño con barba blanca y gafas caminando a través de una puerta rodeada de alambre de púas. A su lado, una mujer pálida y demacrada apenas podía mantenerse en pie. Su ropa estaba sucia y llena de agujeros. Alrededor, hombres con uniformes de prisioneros los miraban horrorizados. Guardias armados, vestidos como carceleros, los recibieron y los llevaron a un edificio.

La visión cambió a una habitación oscura, donde una lámpara colgaba de un cable largo en el techo, balanceándose de un lado a otro. El haz de luz iluminaba intermitentemente una camilla, sobre la cual una figura bajo una sábana se incorporaba lentamente. La sábana blanca cayó, revelando a la mujer demacrada que había acompañado al anciano por la puerta. Bajó de la camilla y avanzó con pasos torpes hacia la criatura. A su alrededor, estalló el pánico. Un fuerte estallido, un disparo de pistola, puso fin a la visión y la catapultó a la siguiente.

Ahora estaba en una cueva, viendo a un hombre que gritaba desesperadamente, aferrado a una roca, mientras un lobo intentaba arrastrarlo fuera. El ruso delgado de su visión bajo el puente disparaba con un AK-47 desde la cueva hacia la oscuridad, y los aullidos de los animales heridos resonaban.

Un nuevo salto temporal llevó a la criatura a una cabaña, donde estaba sentada frente al anciano. Él sostenía un vaso de whisky y le brindaba sonriendo. Otras personas se unieron, bebieron, comieron, rieron, se abrazaron, pero también derramaron lágrimas amargas. De repente, una niebla apareció y envolvió a los protagonistas de este espectáculo hasta hacerlos desaparecer. La niebla se espesó, y la criatura giró desorientada en círculos. Un silencio inquietante se

instaló, roto por sonidos extraños: una mezcla de gemidos y lamentos. Rápidamente, la criatura identificó la dirección de los sonidos. Pronto distinguió una figura tambaleante que avanzaba hacia ella a través de la niebla. Adoptó una postura defensiva, extendió las garras y esperó a la figura que se acercaba. Su expresión se endureció mientras aguardaba impaciente. La figura tomó la forma de un hombre pequeño. Lentamente, la niebla se disipó, revelando a Bartosz, que avanzaba como no muerto hacia la criatura. Un lado de su cuello estaba destrozado, con largos colgajos de piel empapados de sangre. Desde oscuras cuencas, Bartosz miraba a la criatura mientras continuaba su camino. Las facciones de la criatura se relajaron, adoptó una postura erguida y miró al hombre con compasión. Bartosz estaba a pocos pasos, levantando los brazos para agarrarla. Su gemido sonaba casi como un grito de auxilio en los oídos de la criatura. Un grito por redención. El disparo de un arma resonó. Un punto rojo apareció en la frente de Bartosz. El anciano giró los ojos y colapsó. Inmediatamente, un hombre pasó corriendo junto a la criatura, sosteniendo una Beretta de cuyo cañón salía un hilo de humo. Sin darse cuenta, la criatura lo siguió. Corrieron en paralelo unos pasos, luego se arrodillaron al unísono y gritaron con fuerza. El grito del hombre y el de la criatura se fundieron en un rugido. Sintió el dolor del hombre a su lado como si fuera propio. Percibió la pérdida profundamente en su interior, junto con un deseo indescriptible de venganza. ¿Venganza? ¿Por qué? ¿Quién era este anciano insignificante cuya muerte la conmocionaba tanto que sus entrañas se retorcían? La visión también se desvaneció en la nada. La criatura seguía agachada frente a la cruz de Bartosz. Confundida, se limpió una lágrima de la mejilla y la observó. No entendía la reacción de su cuerpo.

Un ruido la arrancó de sus pensamientos. Lentamente, la criatura se levantó, caminó al borde del saliente y vio una luz que se extendía desde la puerta abierta de la cabaña. Alguien salió, proyectando una larga sombra que llegaba hasta los escalones al final del porche. Silenciosa y agachada, la criatura se deslizó a la parte trasera de la cabaña y saltó sobre un saliente rocoso hasta el

tejado. Suavemente, se deslizó a cuatro patas sobre el tejado cubierto de nieve hasta la parte frontal. Curiosa, miró por el borde. Aunque la puerta estaba cerrada, la criatura distinguió claramente a una mujer que sostenía algo en los brazos y emitía sonidos incomprensibles. De repente, la mujer se detuvo, miró a su alrededor con desconfianza y sacó un arma de su funda. La criatura vio el rostro de la joven de cabello negro, que retrocedía lentamente hacia la puerta. En ese momento, la criatura comprendió por qué había emprendido este viaje. Estaba allí para terminar algo. Lentamente, se levantó y se dejó caer desde el borde del tejado. Casi sin hacer ruido, aterrizó en el porche, justo frente a la puerta. Madeline se giró, se sobresaltó y retrocedió, levantando temblorosa su Glock. Oleadas de calor recorrieron su cuerpo, y en segundos, gotas de sudor le corrían por la frente. Miró incrédula a la criatura, que se erguía lentamente y la fijaba con unos inquietantes ojos naranja-amarillentos.

Tras la huida

Una gran horda de no muertos avanzaba por el extenso campo, pasando entre árboles, maleza espinosa y altas hierbas. Habían sobrevivido al bombardeo de la mansión y se dispersaban en todas direcciones. Algunos seguían obstinadamente su camino y caían por los acantilados de lo que alguna vez fue la majestuosa residencia de una mujer llamada Lydia. Ahora, con la mansión reducida a nada y la carne de los vivos que tanto anhelaban ya consumida, vagaban sin rumbo, torpes y sin propósito. Solo los atraían sonidos desconocidos, generalmente de pequeños animales como ardillas, ratas o ratones, que no podían atrapar. Cuando una horda numerosa estaba en marcha, su inquietante gemido y lamento se escuchaba desde lejos, sirviendo de advertencia. El hedor a putrefacción completaba el cuadro, anunciando la inminente llegada de estos no muertos, a menudo desfigurados hasta resultar irreconocibles, que buscaban alimento sin descanso. Los animales salvajes lo habían entendido: los evitaban o huían. En pocos meses, los no muertos se habían convertido en los amos indiscutibles del mundo. Con el colapso progresivo de la civilización y el creciente número de no muertos, surgió una situación que nadie había previsto. Ya no había suficientes humanos para saciar su hambre. Sin armas, habían doblegado ciudades, países y naciones, sin ser siquiera conscientes de su poder. Su instinto primitivo había hecho tambalear al mundo.

Desconcertada, la horda de no muertos miraba a su alrededor. Escucharon un extraño ruido que se acercaba desde el aire, el sonido de motores que se intensificaba. Al principio, buscaron la fuente del ruido en el suelo, pero pronto dirigieron su atención al cielo. Un avión plateado sobrevoló la zona. Lentamente, siguieron con la mirada al avión, que ya había desaparecido. La Fairchild plateada llevaba apenas unos minutos en el aire. Tras problemas iniciales que retrasaron el despegue un día, los pasajeros disfrutaban de un merecido descanso, acompañados por el zumbido monótono de los motores.

Además de Jan y Max, solo otros dos hombres de su unidad los acompañaban. Uno era Andreas, a quien todos llamaban el Vikingo. Ese apodo se lo había ganado por ver la serie *Vikings* en bucle durante su tiempo libre. Era un hombre de unos cincuenta años, de mirada sombría, calvo, con gafas sin montura. Su barba estaba trenzada en una fina coleta que le llegaba al pecho, y su brazo izquierdo estaba cubierto de tatuajes coloridos con motivos de Pink Floyd. Fue una suerte para los demás que se uniera al grupo. El Vikingo no solo había pilotado el helicóptero en la última misión, en la que Madeline, Dimitrij y Jan apenas escaparon con vida, sino que también era el único capaz de volar la gran Fairchild. No era muy dado a la conversación, y sus comentarios sarcásticos, pronunciados sin inmutarse, lo hacían difícil de descifrar. Incluso Jan y Max, que no dudaban de su lealtad ni de su espíritu de lucha, aún se incomodaban con sus respuestas cortantes. Cuando algo le molestaba, el Vikingo no se andaba con rodeos.

El otro hombre era Gunnar, un viejo soldado y exinstructor sueco que había tomado al Vikingo bajo su ala años atrás. No solo eran camaradas, sino amigos inseparables que habían luchado codo con codo en numerosas misiones, sobreviviendo a menudo por los pelos. Jan y Max conocían a Gunnar desde hacía años y valoraban en él los mismos principios que definían al Vikingo. Que a veces se excediera y apenas pudiera controlar su temperamento no era ningún secreto. El Vikingo solía calmarlo. Max le había conseguido un puesto en el servicio de seguridad de Lydia, lo que fue muy conveniente para Gunnar, un soldado envejecido. Incluso cuando se supo que nadie podía abandonar la instalación, Gunnar lo aceptó. También tenía un lado humorístico que nunca perdió, ni siquiera con el fin del mundo. Le encantaba contar chistes subidos de tono, casi siempre por debajo de la cintura. A pesar de sus 65 años, estaba sorprendentemente en forma y no aceptaba órdenes fácilmente. Sus rasgos duros dejaban claro que era un tipo curtido que lo había visto todo. Los lados de su cabeza estaban afeitados hasta el cuero cabelludo, mientras que en la

parte superior lucía una melena gris-blanca recogida en una coleta corta y tirante.

Los demás soldados que también huyeron de la mansión dejaron atrás los helicópteros Apache, extrajeron el combustible y partieron hacia el oeste en una Bel para buscar a sus familias. A pesar de las advertencias de Jan, Max y Madeline, no se dejaron disuadir y volaron hacia un futuro marcado por la decepción y la pérdida.

Madeline cambiaba cuidadosamente el vendaje en la pierna de Dimitrij. El ruso había sufrido una mordedura durante la espectacular huida de la mansión. Por suerte, el antídoto estaba listo y le salvó la vida. Chucky, sentado apartado de los demás, observaba a Esra y Mark, que estaban absortos en un libro. Jan, Max y Gunnar discutían sobre un mapa la estrategia a seguir una vez que llegaran a su destino y dejaran a los pasajeros. Gunnar estaba bastante molesto por la situación y el caos que, según él, habían causado los "extraños", como los llamaba despectivamente. Jan y Max se dirigieron a la cabina para informar al Vikingo de sus planes. Gunnar se quedó en silencio, mirando con desprecio a Madeline y Dimitrij, que estaban en el otro lado del avión. Dimitrij, con el rostro contraído por el dolor, se subió el pantalón sobre la pantorrilla recién atendida. Mientras se ponía la bota y comenzaba a atarla, notó la mirada de Gunnar. Por un momento, el ruso se detuvo, le devolvió la mirada, pero luego volvió a ocuparse de su cordón. Madeline, que había observado el intercambio silencioso, miró también a Gunnar. Este le sostuvo la mirada, esbozó una media sonrisa y le lanzó un beso al aire. El anciano le recordaba a Madeline un troll gruñón al que solo le faltaba un garrote. Ella le devolvió una sonrisa amable, levantó la mano y le mostró el dedo medio. Luego se recostó relajada, miró hacia la cabina donde Jan y Max discutían con el Vikingo, y volvió a mirar a Dimitrij, que a su vez observaba a Gunnar.

—¿Qué le pasa a ese?

—Huevos demasiado grandes —respondió Madeline.

Gunnar se levantó de la banca que recorría ambos lados del avión y caminó con aire despreocupado hacia ellos. El hombre, de casi dos metros, parecía imponente con su uniforme de camuflaje, pero eso no intimidó a Madeline ni a Dimitrij. A unos tres metros, se agachó y los miró con aire provocador.

—¿Entonces, por ustedes y esos payasos tuvimos que abandonar nuestro refugio seguro? Sin olvidar al culpable, ese tal Hardy, al que lamentablemente nunca vi. Ese tipo debe ser una gran cosa para que, por su culpa, un lugar seguro quede reducido a cenizas. Pero tengo una pregunta: ¿dónde está su héroe ahora? ¿Muerto o se largó? Digo…

—¿Por qué no cierras esa maldita boca? —lo interrumpió Dimitrij.

—Vaya bocaza para un comunista tan pequeño. No olvidé lo que tú y los tuyos hicieron hace poco —replicó Gunnar con arrogancia, poniéndose de pie y avanzando lentamente hacia Dimitrij, quien ya se había levantado, listo para pelear. De repente, Madeline se plantó frente a Gunnar, bloqueándole el paso.

—"Los tuyos" —dijo Madeline—. Ah, te refieres a la guerra. La guerra que dejó pérdidas trágicas en ambos bandos. Como las otras guerras, usadas como fachada para intereses económicos.

Gunnar seguía mirando a Dimitrij, sin considerar a Madeline una amenaza. De pronto, dio un respingo, sintió algo en la entrepierna, miró confundido a la mujer y luego hacia abajo. Madeline le apuntaba con su arma a las partes blandas. Gunnar retrocedió unos pasos, levantando lentamente los brazos. Madeline lo siguió, manteniendo el arma fija en su objetivo sin inmutarse. Aunque no lo mostrara, Gunnar no dudaba de que la joven hablaba en serio.

—Para responder a tu pregunta: Hardy está vivo y completando una misión más importante de lo que ese cerebro de gorrión tuyo podría imaginar. Y si estuviera aquí, no te habrías acercado tanto. —Madeline se detuvo, con el arma aún apuntando. El sueco, ya a suficiente distancia, bajó los brazos y regresó en silencio a su asiento.

—De ahora en adelante, solo hablarás con nosotros si te lo pedimos. ¿Quedó claro? —preguntó Madeline con una voz que no admitía réplicas. Gunnar asintió apenas.

—¿Qué pasa aquí? —la voz de Jan se alzó sobre el zumbido monótono del avión. Madeline guardó la Glock en su funda.

—Nada. Solo nos estamos conociendo mejor —respondió, sin quitarle los ojos de encima al sueco.

—Ajá —dijo Jan, llegando hasta Madeline y mirando a Gunnar con una sacudida de cabeza. Este solo se encogió de hombros y sonrió amistosamente—. Ven un momento —continuó Jan, dándole una palmada ligera en el hombro a Madeline y caminando delante.

Atravesaron el avión, pasando por cajas aseguradas con provisiones, agua, ropa y más. También había una paleta repleta de bidones de gasolina de 20 litros color oliva. Jan se detuvo frente a una caja, la abrió y sacó un objeto largo. Los ojos de Madeline brillaron al reconocer su rifle M110.

—Una de las pocas armas que pude salvar en el caos. Junto con esto. —Tras entregarle el rifle a Madeline, Jan sacó un cinturón con dos fundas de la caja. Eran los Colts 1911 de Hardy. Madeline, consciente del legado de Zack, tomó el cinturón.

—Se los daré a Dimitrij —dijo, echando un vistazo curioso dentro de la caja.

—Solo hay munición ahí. Tu rifle y los Colts ya están cargados —explicó Jan, cerrando la tapa y dispuesto a volver, cuando Madeline lo detuvo por el brazo.

—Una cosa más —dijo en voz baja, mirando con desconfianza a Gunnar—. Mantén a tu perro bajo control. La próxima vez, se llevará una bala.

Jan hizo un gesto despectivo. Después de todo, conocía al sueco de mirada hosca desde hacía años y siempre se habían llevado bien.

—Bah, Gunnar es inofensivo. Tiene la boca grande, pero está de nuestro lado.

—No, no lo es —replicó Madeline—. Está de su lado, y tal vez del Vikingo. He conocido a tipos como él antes, y nunca fue agradable. —Jan también miró al sueco—. Estuvieron aislados del mundo exterior por más de un año. Lejos de sus familias y amigos, probablemente todos muertos. Un mundo de hombres, con un exceso de testosterona. Lydia seguro se divirtió, mientras ustedes jugaban solos, si me entiendes. Eso cambia a las personas, aunque no lo admitan. Aclara esto entre nosotros. Porque la próxima vez, lo haré yo.

Sus palabras eran cristalinas. Tras todo lo que había pasado, Jan no dudaba de que sus amenazas se harían realidad. Apartó la vista de Gunnar y miró a Madeline a los ojos por un momento. Un breve asentimiento suyo fue suficiente respuesta para ella. Madeline regresó con Dimitrij y le entregó el cinturón con los Colts.

—Oh, un regalo. ¿Jan arreglará esto? —preguntó el ruso, mientras se quitaba el cinturón con la Beretta.

—Eso espero —respondió Madeline, observando a Jan, que se sentó junto a Gunnar y comenzó una conversación aparentemente seria—. Si no, tendrás que intervenir otra vez. Como mi guardaespaldas personal, ya demostraste tu valía —añadió con una sonrisa.

Dimitrij ya se había puesto el otro cinturón, ajustó las correas de las piernas y se sentó con dificultad por el dolor.

—Claro, princesa —respondió sarcástico—. Luego te compro una muñeca bonita, con trenzas largas y todo. Ya quiero ver quién me salva cuando la mierda vuelva a salpicar. —Sacó uno de los Colts de la funda y lo examinó.

—Sin silenciadores —señaló Madeline—. Tal vez deberías quedarte con la Beretta.

—Tengo la Beretta también. Si vienen muchos no muertos, el ruido no importa. Cada bala cuenta. —La expresión amistosa de Dimitrij dio paso a una mirada preocupada—. ¿Crees que Hardy está vivo?

Madeline miró a su amigo a los ojos con seriedad y asintió.

—¿Tú no?

***

Sin que los demás les prestaran atención, Mark miraba por una de las pequeñas ventanillas, admirando el paisaje que pasaba volando, mientras Esra hojeaba un libro sobre aviones. A los dos chicos no les interesaban las tensiones dentro del grupo y se ocupaban de cosas más interesantes.

—¿Sabías que mi papá fue piloto? —preguntó Mark sin levantar la vista.

—No, hasta ahora no habías dicho nada sobre tus padres —respondió Esra, apartándose de las ilustraciones y mirando a Mark, que era solo unos años menor.

—Claro, claro —continuó Mark, asintiendo con entusiasmo, devolviéndole brevemente la mirada antes de volver a mirar por la ventanilla—. Volar era su vida. Era muy bueno, pilotó muchas máquinas. Conocía todos los aviones que se habían construido y también sabía repararlos. Tenía un estante lleno de películas, libros y revistas sobre aviones. Cuando yo era pequeño, compró una Messerschmitt Bf 109 alemana de 1938 y la restauró. Mi mamá pensaba que estaba loco porque costó una fortuna y casi perdemos la casa. No quería que volara con él. Así que solo me llevaba a las reparaciones, me dejaba sentarme en la cabina o ayudar con tareas ligeras. Cada vez que le pedía que me dejara volar con él, aunque fuera una sola vez, decía que mamá no lo permitía. Si lloraba, se enojaba y decía que los chicos no lloran.

Mark hizo una pausa, luchando contra las lágrimas. Esra notó la tristeza en su voz mientras hablaba de su padre, sin duda su héroe. Deseó poder decir lo mismo de su propio padre, pero eso habría sido pura hipocresía. Tras todo lo que le exigió para mantener el honor familiar, no quería dedicarle ni un pensamiento. Aunque reconoció similitudes entre sus padres, no se sentía capaz de hacer una comparación justa.

—Mi mamá murió hace más de un año —continuó Mark—. Un ladrón la estranguló mientras colgaba la ropa.

—¿Atraparon al tipo? —preguntó Esra, visiblemente impactado por el giro de la historia.

—No, nunca lo encontraron. Desde ese día, mi papá estuvo inquieto, se volcó en el trabajo o en su Messerschmitt. Cuando me llevaba, no hablaba conmigo. Nunca hablábamos de mamá. Una vez le pregunté si ahora podía volar con él, y me dio una bofetada, lloró y se fue. Una semana después, se estrelló con su avión en un vuelo de prueba. El motor se incendió. El asiento eyectable funcionó, pero la cubierta de la cabina no se abrió. Se rompió el cuello y se

quemó. Me pusieron bajo la tutela de mi tío Zack, solo unos días antes de que los muertos empezaran a cazarnos. El resto ya lo sabes.

Esra asintió en silencio, compadeciendo a su amigo, que había perdido a ambos padres tan rápido y de manera tan trágica. Al menos, la prohibición de volar impuesta por su madre le salvó la vida a Mark. Un consuelo pequeño. La historia dejaba claro que eran padres cariñosos, preocupados por el bienestar de su hijo.

—Solo quería volar una vez —susurró Mark. Esra lo miró de nuevo; su amigo miraba al exterior, como paralizado, repitiendo la frase una y otra vez. Observó al chico larguirucho, con el cabello oscuro cayéndole desordenado sobre el rostro. Mark no era muy sociable, aunque le gustaba hablar. Vivía en su propio mundo. Y era más inteligente de lo que parecía. Por eso Esra lo apreciaba: compartían el mismo interés por la tecnología, la física y la ciencia ficción. En tiempos como estos, no se podía ser exigente con los amigos, y Esra estaba agradecido de haber encontrado a alguien afín. Por unos segundos, miró alrededor del avión. Sonriendo, observó a Madeline y Gunnar, que no paraban de lanzarse pullas. Su mirada pasó a Chucky, que también se divertía con el espectáculo. Luego, Esra volvió a su libro, se sumergió en él e ignoró todo a su alrededor.

En el agua

Hardy estaba sentado en la cubierta del carguero de suministros, disfrutando de los rayos del sol y mirando los restos del diario de Bartosz. Su espectacular salto desde el balcón de la mansión, el brusco aterrizaje y el agua de mar habían dejado su marca. Al deshacer el cordón de la cubierta marrón, las primeras páginas se soltaron y revolotearon hacia él. Las líneas cuidadosamente escritas estaban completamente borrosas por el agua salada, y las páginas, hechas jirones. Frustrado, cerró la cubierta de cuero y enrolló el cordón con fuerza. Luego se puso de pie, arrojó el diario al mar y se obligó a sonreír. Conocía el

legado de Bartosz de memoria, al igual que las numerosas películas que podía recitar dormido. Al fin y al cabo, el conocimiento de Hardy se basaba en repeticiones. Nada de lo que sentirse orgulloso. Conocimientos triviales que, en el pasado, le valían la admiración de los afines y las burlas de los extraños. Aun así, sabía cómo citar la frase adecuada en el momento justo y ganarse el reconocimiento.

Monty, el capitán de barba blanca del carguero, lo había estado observando y se acercó lentamente. La última y desagradable conversación con el extraño aún lo inquietaba, por lo que se aproximó a Hardy con cautela. Sabía que este hombre era peligroso, aunque en ese momento estuviera sentado en silencio, casi con aire reverente, mirando al suelo.

—Tengo que disculparme, capitán —dijo Hardy, haciendo que Monty se detuviera y lo mirara sorprendido—. No debí amenazarlo. Usted solo hace su trabajo. Últimamente, todo se ha salido de control. He perdido a muchos amigos.

—Monty —dijo el capitán, sentándose junto a Hardy y sonriéndole. Era una sonrisa afable, que Hardy correspondió—. Me llamo Monty y entiendo perfectamente lo que dice. Todos hemos perdido a seres queridos.

Se hizo un silencio en el que escucharon el sonido del mar y contemplaron el cielo, que flotaba como un lienzo azul claro sobre la escena.

—¿Cómo está…? —Hardy miró a Monty.

—William —respondió el capitán—. Algunos moretones y marcas en el cuello.

—Lo siento mucho.

—No se preocupe. Ya está recuperándose —dijo Monty. Luego, su expresión amable dio paso a una mirada escéptica.

—Pregunte lo que quiera —dijo Hardy, notando la mirada.

—¿Qué le pasa?

—Eso me gustaría saber —respondió Hardy, poniéndose de pie, agarrándose a la barandilla y mirando al mar—. Las respuestas a tantas preguntas están al final de este viaje. O eso espero. —Se volvió hacia el capitán—. ¿Cuánto tiempo estaremos navegando?

—Si nada se interpone, llegaremos a la isla en diez días.

—¿Qué podría interponerse? —insistió Hardy.

Monty se levantó y también se apoyó en la barandilla.

—No tiene idea de lo que pasa en los mares. Millones de personas huyeron al agua para escapar del horror en tierra. La mayoría murió de sed en pocos días. Otros se ahogaron en tormentas en alta mar. Los que sobrevivieron saquearon los mares, ya de por sí sobreexplotados, a una escala nunca vista. Pronto se formaron grupos que intentaron sobrevivir a su manera. Algunos recurrieron al canibalismo, diezmando a los humanos con la misma crueldad que los no muertos. Conocemos las rutas y zonas de caza de esos caníbales y las evitamos rodeándolas ampliamente. Aun así, puede haber encuentros desagradables, ya que los botes pequeños no son detectados por el radar. El mar tampoco está a salvo de los ataques de los no muertos. Hace unos meses, casi naufragamos cuando encontramos un bote de remos con sobrevivientes y los recogimos. Uno estaba infectado. Mi hijo Harry nos salvó y fue mordido. No dijo nada, solo me miró. Nunca olvidaré esa mirada. Luego se dio la vuelta, corrió a la popa del barco y saltó por la borda.

El capitán se quitó la gorra y la sostuvo frente al rostro para ocultar su expresión de tristeza. Luego se la puso de nuevo y miró a Hardy.

—Sin embargo, la historia tiene algo positivo, por extraño que suene. Los mares y sus poblaciones se están recuperando. En menos de medio año, las reservas de peces volvieron a niveles normales. Y todo porque los humanos ya no interfieren con la naturaleza. A pesar de todas las pérdidas que hemos sufrido, probablemente fue lo mejor que le pudo pasar al mundo.

—Está bien, capitán Ahab —dijo Hardy—. Antes de que nos desviemos del todo, me gustaría saber algo. ¿Qué papel juegan usted, su tripulación y este barco en este juego?

Monty se enderezó y cruzó los brazos detrás de la espalda.

—En los años 80, estuve al mando de un buque de guerra de la flota británica. Algunos oficiales y hombres de este barco ya formaban parte de mi tripulación entonces. Mi buena reputación me abrió todas las puertas. En 2015, representantes de algún gobierno se acercaron a mí. Se trataba de medidas de reestructuración, como lo llamaron cortésmente, bajo el más estricto secreto. Solo consistía en abastecer de alimentos a algunas islas o propiedades costeras. Muchos cargueros hacen lo mismo que nosotros, solo en el Mediterráneo, desde España hasta Líbano, Siria e Israel.

—¿A quién abastecen? —insistió Hardy.

—A personas como Lydia. Gente rica, poderosa y, en parte, peligrosa, que se ha aislado para seguir disfrutando de su vida de lujo. Personas que hace tiempo perdieron el contacto con la realidad y a las que no les importa el destino de los demás. Un mal generacional que ha tenido a la humanidad en un puño durante siglos. Y quien no se somete a ellos es tachado de traidor, degradado o ejecutado.

Por un momento, Hardy pensó en Tombstone, el hombre que ejecutó a sus camaradas sin remordimientos. Desde entonces, Tombstone era para Hardy el prototipo de un psicópata intocable. Incluso si lo hubiera perdonado entonces, ese oficial de alto rango nunca habría enfrentado justicia. Incluso después de muerto, seguía teniendo poder sobre Hardy. Monty se enderezó y cruzó los brazos detrás de la espalda.

—Destruyeron su reputación, ¿verdad? —preguntó Hardy.

—No solo la mía. También la de mi tripulación. No estamos aquí por voluntad propia. Estamos aquí porque no tenemos otra opción. Lo hacemos por nuestras familias. ¿Cree que no me gustaría enviar al diablo a esos tiranos responsables de todo este desastre? Desafortunadamente, no tengo los medios.

—Encontraré la manera de hacerlos rendir cuentas —dijo Hardy.

Monty se puso frente a él.

—Si supiera cuántas veces he oído eso. Tantos quisieron drenar ese pantano de corrupción. Todos fracasaron contra los escudos de los poderosos o cambiaron de bando. Apenas queda humanidad que salvar. ¿Por qué cree que usted encontrará el camino?

Hardy sonrió al capitán de mirada seria.

—Porque tengo una audiencia con una de las figuras clave de todo este lío. Alguien respaldado por esos sujetos influyentes. Cuando estas personas se sienten seguras, lo sueltan todo. Incluso cómo salvar el mundo. Eso se ve en todas las películas de espías.

—Espero que tenga razón —dijo Monty.

El capitán se puso la gorra y se alejó. Hardy lo observó con respeto antes de que su mirada se posara en sus manos. Habían cambiado, mostrando un leve patrón escamoso, como el de lagartos o serpientes. Además, su piel se volvía más gris y áspera, como papel de lija grueso. Era cuestión de días antes de que el resto también cambiara. Pero un hecho mucho más inquietante lo preocupaba. Le costaba un gran esfuerzo elegir sus palabras y hablar en frases medianamente coherentes. Desde su salto desde el balcón y el duro impacto contra la superficie del agua, algo había cambiado. Aunque sus pensamientos seguían siendo claros y lógicos, pronto perdería la capacidad de hablar. Con cada segundo que pasaba, Hardy sentía el proceso avanzando inexorablemente. Necesitaba urgentemente papel y un bolígrafo mientras aún pudiera escribir las preguntas que le quemaban por dentro. Las preguntas que O'Neill debía responder antes de que él mutara.

La ley de Murphy

Tras varias horas de vuelo, los pasajeros cayeron en un sueño colectivo que necesitaban desesperadamente. Chucky se unió al Vikingo en la cabina, porque el zumbido en el compartimento de carga le crispaba los nervios. Esto le vino bien a Max, que había estado sentado junto al silencioso piloto todo el tiempo. Se despidió y se fue a descansar un poco.

—¿Dónde estamos ahora? —preguntó Chucky.

—Sobre Hungría, en algún lugar. Pronto cruzaremos la frontera con Rumanía —respondió el Vikingo, claramente molesto.

—¿Cuánto tiempo llevas volando? —intentó Chucky iniciar una conversación desenfadada para romper el hielo.

El Vikingo giró lentamente la cabeza y lo miró por encima de sus gafas, sin decir palabra y sin mover un músculo de la cara. Chucky sintió un escalofrío y decidió dejar las preguntas. Pasaron minutos en los que miró por la ventanilla, disfrutando del cielo azul brillante y las nubes. De vez en cuando, observaba el paisaje que pasaba por la pequeña ventana a su derecha, lo que le producía una calma casi espiritual. La tarde cubrió el terreno, tiñendo el horizonte de un cálido naranja. Solo faltaba algo de música para que el rockero disfrutara plenamente del momento. Con la calma de las últimas horas, surgieron recuerdos dolorosos en Chucky. Cuando se desvanecían, eran reemplazados por temores sobre el futuro, que no eran mucho mejores.

—Mierda —dijo el Vikingo en voz alta, sacando a Chucky de sus pensamientos.

Observó cómo el hombre calvo manipulaba botones y palancas, golpeaba con el dedo los indicadores de los instrumentos y maldecía.

—¿Qué pasa? —preguntó Chucky, cada vez más inquieto.

—No tenemos combustible —respondió el Vikingo, mientras seguía toqueteando el panel de instrumentos.

Chucky se levantó, se puso detrás de él y miró el indicador de gasolina.

—Según el medidor, todavía hay tres cuartos de tanque.

—Ya lo veo, genio —maldijo el Vikingo, lanzándole otra mirada fulminante—. Eso no cambia el hecho de que los tanques están vacíos.

En ese momento, el motor de la izquierda dejó de funcionar. Con un tartamudeo y una nube de humo negro, la hélice se detuvo. Atónitos y con la boca abierta, ambos miraron por la pequeña ventana. El Vikingo se giró hacia Chucky.

—Tenemos un maldito problema.

Chucky salió corriendo de la cabina y se aferró a la barandilla de metal. Todos habían oído las maldiciones del Vikingo.

—¡Nos vamos a estrellar, gente! —gritó Chucky con un nudo en la garganta.

Max, el único además del Vikingo con experiencia de vuelo, se levantó de un salto. Corrió hacia la escalera amarilla que llevaba a la barandilla, la escaló y desapareció en la cabina. Con manos temblorosas y piernas débiles, Chucky bajó la escalera y corrió hacia Dimitrij. Madeline había ido hasta Esra y Mark, que estaban en la parte trasera del avión. Regresó con ellos y los aseguró con los cinturones de seguridad que colgaban a intervalos sobre los asientos. La Fairchild ya se tambaleaba fuertemente cuando se sentó junto a Dimitrij y se abrochó el cinturón.

Al instante, el segundo motor falló. El zumbido monótono cesó, y un silencio espectral se instaló. Los ocupantes se miraron desesperados, como esperando que alguien los despertara de esa pesadilla. Sintieron cómo el avión perdía altura abruptamente y escucharon el inquietante silbido del viento, cada vez más fuerte. El Vikingo maldecía sin parar, profetizando el fatal desenlace del viaje. Dimitrij miró por la pequeña ventana detrás de él y vio el suelo acercarse rápidamente. Pasaban a toda velocidad sobre árboles, rezando por no chocar contra una pared de roca. La velocidad de la Fairchild no disminuía, y cada vez era más difícil mantener la calma. El pánico se reflejaba en todos los rostros. Mark comenzó a llorar, y Chucky recitó todos los salmos que conocía. El golpeteo de las ramas contra el fuselaje les indicó que el impacto era inminente. El ruido se volvió más intenso y aterrador, hasta que un fuerte sacudón recorrió la Fairchild. Habían tocado tierra, deslizándose por un terreno accidentado, esperando que el avión perdiera velocidad pronto. El grupo fue sacudido sin piedad. Las fuerzas centrífugas los empujaban en todas direcciones. Sin los cinturones, habrían volado por el compartimento de carga, sufriendo heridas graves. Dimitrij, a pesar de la tensión, intentaba no dejarse dominar por el miedo, pero observaba preocupado la carga. Los amarres habían cedido, y las cajas y bidones ya se deslizaban de un lado a otro.

De repente, el avión fue impulsado hacia arriba, como si quisiera alzarse, levantando a los pasajeros de sus asientos solo para aplastarlos de nuevo contra ellos. En ese momento, los bidones de gasolina se soltaron de la paleta y rodaron descontrolados por el compartimento. Impotentes, los presentes observaron el espectáculo mientras eran sacudidos nuevamente. Árboles altos arrancaron las alas del fuselaje. Como un torpedo gigantesco, el avión plateado se deslizó por el suelo nevado, rebotando entre los árboles como una bola en una máquina de pinball. Las ventanas estallaron, y las herramientas sueltas volaban por el interior. Rocas dejaron profundas marcas en la parte inferior del avión. Una roca más grande arrancó la cola, incluida la compuerta de carga, frenando la velocidad de la maltrecha Fairchild, cuya elegancia y belleza

habían desaparecido. La carrera salvaje se detuvo abruptamente, no sin que los amarres de la carga restante se rompieran, lanzando las pesadas cajas hacia adelante, que chocaron contra los bidones de gasolina. Los bidones destrozados esparcieron su contenido por todo el compartimento. Luego, todo quedó en silencio.

Pasaron segundos sin que ocurriera nada, hasta que Jan rompió la quietud.

—¿Sigue alguien vivo? —escuchó Madeline la voz del hombre, al que no podía ver por las cajas amontonadas y destruidas frente a ella.

Se tocó la cabeza rápidamente. Aparte de una herida superficial, no tenía lesiones graves. Luego miró a Esra y Mark, que, para su alivio, parecían estar bien. También Chucky y Dimitrij, que ya se habían desabrochado los cinturones. Dimitrij escaló las cajas y se dirigió a la cabina.

—Estamos bien —respondió Madeline—. ¿Cómo están ustedes?

—Gunnar está inconsciente. Algo le dio en la cabeza.

—Entonces esperemos que el pobre no haya perdido nada de su empatía —replicó Madeline con sarcasmo, mientras liberaba a Esra y Mark de los cinturones.

El olor a gasolina era insoportable, dificultaba la respiración y le irritaba los ojos mientras pasaba junto a las cajas y observaba a Gunnar, cuya mejilla izquierda estaba cubierta de sangre. Rápidamente encontró la herida en la nuca. No podía descartarse una conmoción cerebral. Con cuidado, palpó la cabeza del sueco, pero no halló nada más preocupante.

—No parece grave. Venda esa cabeza dura —ordenó a Jan, que ya buscaba el botiquín de primeros auxilios.

Madeline miró hacia la cabina, por cuya puerta salió Dimitrij, seguido del Vikingo. El vidrio roto de la ventana de la cabina le había causado cortes en el rostro, pero parecía ileso.

—¿Qué pasa con Max? —preguntó Jan preocupado, mientras vendaba la cabeza de Gunnar.

Al no recibir respuesta, levantó la vista hacia el Vikingo, que solo negó en silencio con la cabeza.

—Una rama atravesó la ventana —explicó Dimitrij—. Lo clavó al asiento.

La mirada de Jan se perdió por unos instantes. Madeline chasqueó los dedos frente a su rostro.

—Llorarás después —le dijo—. Ahora tenemos que salir de este lío.

Jan asintió apenas y terminó de vendar la cabeza de Gunnar, que comenzaba a recuperar el conocimiento.

—¿Por qué…? —balbuceó Gunnar—. ¿Por qué sigue moviéndose el avión? Parece que estuviéramos en alta mar.

Entonces los demás también notaron que la Fairchild se movía y miraron al Vikingo, que regresó a la cabina para echar un vistazo. Los otros miraron hacia la compuerta de carga arrancada. La cola se movía ligeramente arriba y abajo. El Vikingo volvió.

—Las malas noticias no paran, gente. Estamos colgando sobre un maldito barranco.

El grupo se miró atónito, sumido en una especie de parálisis por el shock. Esra rompió el silencio.

—Eh, ¿no sería más lógico abandonar el avión entonces?

—Pequeño brillante —dijo el Vikingo, mientras Dimitrij señalaba a Esra y asentía con aprobación.

¡Todo lo que puedan llevar, y a salir de aquí ya! —ordenó Jan.

Tras instar a Esra y Mark a abandonar el avión de inmediato y mantenerse a la vista, todos se pusieron manos a la obra. Las gélidas temperaturas inundaban el interior de la Fairchild, algo que sentían claramente. Con el viento helado se colaban sonidos extraños que los pusieron en alerta. Poco después, Esra y Mark regresaron corriendo al compartimento de carga.

—¡No muertos! —gritó Esra—. ¡Vienen de todas partes!

Mientras sus palabras aún resonaban, ya podían ver los rostros azulados y pálidos de los no muertos acercándose en gran número. Todos sacaron sus armas y apuntaron a las figuras putrefactas.

—¡NIET! —gritó Dimitrij con fuerza, atrayendo todas las miradas—. La gasolina. Si disparan, esto explota.

Atónitos, bajaron sus armas y miraron el suelo cubierto por un charco de gasolina.

—Si esa horda entra aquí, el avión se irá por el borde. No es precisamente una gran alternativa —intervino Gunnar.

—¿Alguien tiene una calculadora? —preguntó el Vikingo con sarcasmo, esbozando una sonrisa desesperada.

—¿Para qué necesitas una calculadora? —preguntó Dimitrij.

—Porque ya no puedo calcular en la cabeza la probabilidad de esta mierda, Iván.

Por un momento, el comentario arrancó una sonrisa a Dimitrij, que pasó por alto el insulto. Luego miró por el gran agujero donde antes estaba la compuerta trasera del avión. Cada vez más rostros deformados por la pura voracidad aparecían detrás de la Fairchild. Cuando los primeros no muertos comenzaron a trepar por el suelo metálico hacia el interior, Dimitrij buscó una salida aceptable para el grupo.

—Tengo un plan —dijo.

Poco después, uno a uno, equipados solo con lo que llevaban encima, escalaron la pequeña escalera hacia la cabina. Dimitrij, que había agarrado la única cuerda entre los escombros, fue el primero en trepar por la gruesa rama clavada en el pecho de Max. A través de la ventana destrozada de la cabina, salió al exterior y echó un vistazo cauteloso hacia abajo.

—¡Mierda! —maldijo al darse cuenta de que, en segundos, podrían caer más de cincuenta metros al vacío.

Con dificultad, el ruso se arrastró por el exterior de la cabina, obstaculizado por su herida. Los golpes y grietas que el fuselaje había sufrido en el choque resultaron ser una suerte, ya que Dimitrij pudo aferrarse y trepar con facilidad. Tras encontrar un punto de apoyo relativamente seguro, ató un extremo de la cuerda a un árbol cercano al avión. El resto de la cuerda lo lanzó hacia la ventana de la cabina, donde Esra y Mark ya esperaban. Los chicos treparon rápido y sin problemas, al igual que Chucky, Madeline, Jan y Gunnar. Solo el Vikingo se hacía esperar.

De repente, el avión se inclinó hacia adelante. Todos perdieron el equilibrio y resbalaron por el lateral del fuselaje, aterrizando bruscamente en lo que

quedaba del ala arrancada. Tras recuperarse del susto, saltaron uno a uno del ala, aliviados de tener suelo firme bajo los pies.

—¿Dónde está el Vikingo? —preguntó Gunnar, mirando con escepticismo la Fairchild, que se hundía cada vez más hacia adelante.

Entonces vio a su amigo, que luchaba por subir aferrado a la cuerda. Otro sacudón, cuando las rocas frontales cedieron al peso del avión, hizo que el Vikingo perdiera el equilibrio. Resbaló hacia un lado, aún sobre el barranco. Aferró la cuerda con fuerza mientras el abismo se abría bajo él. Perdió la orientación, sin saber qué estaba arriba o abajo. Su última esperanza era no soltar la cuerda bajo ninguna circunstancia. La cuerda se tensó. Un tirón recorrió su cuerpo justo antes de sentir el duro impacto contra el borde rocoso, que casi lo dejó inconsciente. Gunnar corrió a ayudar a su amigo.

Mientras tanto, los no muertos notaron el movimiento junto al avión y cambiaron de rumbo. Dimitrij fue el primero en darse cuenta.

—Ayuden a Gunnar y aléjense del avión —dijo a Madeline y Jan.

Luego corrió gritando para atraer a los no muertos. A voz en cuello, lanzaba un insulto tras otro para captar toda su atención. Salvo algunas excepciones, de las que Jan se ocupó, el plan funcionó. Dimitrij dio un amplio rodeo detrás del avión, eliminando a algún no muerto de vez en cuando. Miró a su alrededor. Muchas de esas figuras grotescas se dirigían hacia él. Nada que no pudiera manejar. Pero un número considerable de no muertos salía corriendo del avión, lo que podía convertirse en un problema serio. Observó a sus amigos, que ayudaban al Vikingo a subir por el borde. Una sonrisa cómplice cruzó el rostro de Dimitrij mientras sacaba la cajetilla de cigarrillos de su bolsillo y se ponía uno entre los labios. De su pantalón extrajo el encendedor dorado que Jan le había dado de parte de Hardy y encendió el cigarrillo. Inhaló

profundamente el humo y miró el encendedor, que seguía encendido. Sus amigos ya se habían alejado del avión cuando el ruso dio otra calada decidida.

—Hardy, hermanito —pensó—. Como si supieras que iba a necesitar un encendedor.

Dimitrij tomó impulso y lanzó el encendedor encendido por la cola arrancada hacia el interior del avión. Primero rebotó en la cabeza de un no muerto, pero luego aterrizó en el suelo empapado de gasolina. Una enorme llamarada brotó de la cola, envolviendo, arrojando o despedazando a todos los no muertos cercanos. Siguió una explosión ensordecedora que destrozó la parte trasera del avión como si fuera una lata. La onda expansiva empujó el avión hacia adelante y por el borde del abismo. Lenta pero inexorablemente, la Fairchild superó el punto de no retorno. El morro se hundía cada vez más rápido, mientras la cola se elevaba. Luego, el avión, de toneladas de peso, se deslizó chirriando por el borde. Envuelto en llamas y acompañado de humo negro, los restos del avión se despidieron hacia las profundidades del barranco.

Sin decir palabra, Madeline y los demás vieron cómo el fuselaje en llamas se hacía más pequeño y se estrellaba en el fondo. Pero la calma duró poco. Algunos no muertos que sobrevivieron a la explosión vagaban en llamas, desorientados. Otros se acercaban a través del humo negro que aún flotaba. Sin saber cuántos eran sus atacantes y estando justo al borde del abismo, decidieron mantenerse en silencio y usar sus armas de fuego solo en caso extremo. Ya tenían los cuchillos listos cuando los primeros no muertos los alcanzaron. Madeline se puso frente a Esra y Mark, mientras Jan, Gunnar y Chucky eliminaban a los no muertos con golpes precisos en la cabeza. Finalmente, no llegaron más, y el olor a carne quemada y podrida les irritó la nariz. El humo seguía denso, y divisaron otra figura que se acercaba lentamente. Gunnar estaba a punto de abalanzarse cuando Madeline lo detuvo.

—Para. No es un no muerto —susurró, reconociendo al instante a Dimitrij, que emergió del humo como un fantasma, dando una calada a su cigarrillo a pesar del humo acre y sonriendo a todos.

—Dije que tenía un plan.

Juegos mentales

Hardy estaba sentado en la cama de su camarote, sin atreverse a dormir. Estaba cansado, pero no agotado ni rendido. Podía prescindir de las pesadillas que lo atormentaban con regularidad. Una inquietud interna lo obligaba a caminar de un lado a otro, sentarse y volver a levantarse. No lograba ordenar sus pensamientos ni poner en una secuencia coherente los acontecimientos de los últimos meses. Todo le parecía un sueño olvidado que lo alcanzaba una y otra vez. ¿Realmente había pasado todo esto? ¿Despertaría en cualquier momento en su cama, en Berlín o en algún otro lugar? ¿Estarían sus padres a su lado, abrazándolo y diciéndole que todo fue solo una pesadilla? No, no sería tan fácil. Hardy hundió el rostro en las manos. Aquí y ahora, esa era la realidad.

De repente, sintió que no estaba solo y levantó la vista. A su lado estaba sentado un anciano con barba blanca y gafas pequeñas en la nariz, que lo miraba amistosamente por encima de los cristales.

—Hola, Hardy —dijo el hombre.

—¿Bartosz? —preguntó Hardy, aunque lo reconoció.

—¿Esperabas a alguien más?

—A John Wayne o a Bruce Lee, si te soy honesto, habrían sido geniales. Pero esta vibra de Obi-Wan tiene su encanto, aunque le falta ese brillo azul.

Bartosz sonrió y sacudió ligeramente la cabeza. Hardy lo imitó, pero miró al suelo con reverencia.

—Me alegra saber que no has perdido tu sentido del humor.

—¿Estoy soñando o estoy perdiendo la cabeza de verdad? —preguntó Hardy.

—Obviamente, no estoy aquí. Soy un producto de tu mente, que por fin estás usando. Es una buena señal, aunque sigues confiando en tu fuerza física.

—¿Es otra de esas historias de "sabes lo que va a pasar"?

—No —respondió Bartosz—. Ya no necesito hablar de eso porque lo has entendido. Nada puede detener lo que debe venir. Lo que me preocupa es que pareces estar esperando algo. Un conflicto contigo mismo que intentas evitar. Como si fueras dos personas distintas.

Por supuesto, su mentor había dado en el clavo y ahora hurgaba en la herida. Nadie le había enseñado a Hardy a hablar de problemas o sentimientos. Un hombre hace lo que tiene que hacer. Admitir debilidades o errores no encajaba en su visión del mundo.

—De *Star Wars* a una locura al estilo *El club de la pelea*. Hay que tener talento para eso —susurró Hardy.

—Exactamente a eso me refiero —dijo Bartosz—. Ese juego de esconderte tras frases ingeniosas, chistes tontos o citas no te lleva a ninguna parte. Puede funcionar con otros, pero tú y yo estamos en tu cabeza, de la que no hay escape.

Hardy se quedó en silencio unos segundos, reflexionando sobre las palabras. Sabía que Bartosz estaba muerto y enterrado detrás de la cabaña de Dimitrij. Pero su previsión y sabiduría lo habían sobrevivido. Seguían viviendo en él y aún hacían las preguntas correctas.

—Todo el tiempo siento que debo resistirme a algo. No solo físicamente — pensó Hardy, mirando a Bartosz con aire interrogante. Este asintió apenas, instándolo a continuar—. Ya no siento que pertenezca a ningún lugar, como si fuera un paria, y dudo de todo lo que he hecho. Lamento los sacrificios de

aquellos que fueron lo bastante estúpidos como para seguirme. Ya no puedo distinguir entre el bien y el mal. Y con cada respiro, empeora.

Hardy hizo una pausa, respiró hondo y se preguntó si debía pronunciar o siquiera pensar las siguientes palabras.

—Tengo miedo.

—Bien —respondió Bartosz, pareciendo un terapeuta a punto de sacar una libreta y recetarle pastillas.

—¿Bien? ¿Qué tiene de bueno? —insistió Hardy.

—No tener miedo es algo que tu padre te enseñó. Probablemente sacó esa idea de alguna película. El miedo es una palabra con connotaciones negativas y ofrece más interpretaciones de las que crees. El miedo por las personas y otros seres vivos te hace valiente y fuerte. El miedo te protege de peligros y errores. Lo correcto y lo incorrecto son productos de la duda. La duda y la esperanza están más cerca de lo que están el genio y la locura. Y en cuanto a los sacrificios que te echas encima, déjame decirte que ellos tomaron sus propias decisiones. Sabían que sus acciones eran importantes para la humanidad. Por eso te siguieron sin dudar. Sentirte fuera de lugar es lo que yo llamo la carga del conocimiento. Conoces la verdad y no puedes compartirla con nadie. Eso desgasta tu mente y te destruirá si lo permites. Date cuenta de que ahora, en este preciso momento, estás aquí. Has emprendido un viaje cuyo desenlace desconoces. Estás generando un cambio más importante de lo que imaginas, aunque para ti no tenga sentido.

Bartosz hizo una larga pausa, observando a Hardy, que había cerrado los ojos y parecía estar en un estado meditativo. Las palabras del anciano eran más claras y contundentes que cualquier cosa que hubiera oído antes. No solo alcanzaban su mente, sino que se posaban como un velo de seda sobre su alma.

—Esa sensación de tener que resistirte constantemente se debe únicamente a tu actitud. Tu espíritu no solo se opone a los cambios físicos, sino también a las energías que te rodean. Esas fuerzas, que te han sido negadas toda tu vida, las percibes como desagradables o dañinas. Pero están limpiando tu organismo, que ha estado contaminado durante años. Este proceso lleva tiempo. Crees que debes resistirte, pero estás equivocado. Solo déjalo fluir y disfrútalo.

Hardy abrió los ojos. Bartosz había desaparecido. Repasó las palabras y se sorprendió de haber caído en ese discurso esotérico. Antes, se burlaba de cualquiera que se atreviera a mencionar tonterías de "mente sobre materia". ¿También se había equivocado en eso? Cada vez sentía más que no solo había una fuerza física a su disposición. Desafortunadamente, no tenía la menor idea de cómo usar su mente para lograr algo. Primero pensó en películas como *Scanners*, donde extraños con habilidades telepáticas hacían explotar cabezas. Luego pensó en Charles Xavier, capaz de leer mentes e imponer su voluntad. Hardy descartó esas ideas. La posibilidad de ser capaz de algo así le parecía absurda de nuevo. En el mundo real, en la realidad, eso simplemente no era posible. ¿O tal vez sí? Hardy se golpeó la frente con la palma de la mano, intentando deshacerse de las dudas que lo hacían retroceder mentalmente una y otra vez.

—Nada es imposible, pensó Hardy.

Tantas veces las cosas parecían irrealizables hasta que alguien aparecía y demostraba lo contrario. Eran personas especiales, que desafiaban la lógica y la ciencia, haciendo posible lo imposible. Nadie creyó jamás que los muertos resucitarían y destruirían a la humanidad. Y, sin embargo, ocurrió. Fue la última vez que a los críticos y autoproclamados expertos se les congeló la risa en la garganta cuando ellos mismos recibieron un mordisco en el trasero. Antes, estábamos en un punto crítico que la población, por ignorancia o desconocimiento, no percibió: el control total sobre nuestras vidas. No

reconocimos que los poderosos de este mundo eran psicópatas enfermos cuyo único objetivo era mantener nuestras vidas cortas y nuestras mentes pequeñas. Solo unos pocos notaron sus verdaderas intenciones e intentaron resistirse o alertar a otros. Solo cosecharon burlas y fueron marginados por una sociedad que, con banderas al viento, marchaba hacia su propia ruina. Fueron etiquetados como enemigos del estado o terroristas, lo que equivalía a una ejecución. Las revoluciones incipientes fueron aplastadas en su germen o reprimidas con violencia brutal por los secuaces del sistema. A pesar de todo, siguieron desarrollando sus crisis, tecnologías y armas. Solo Dios sabe desde cuándo seres artificiales con apariencia humana han estado entre nosotros. Si hace poco alguien hubiera afirmado que era posible imitar perfectamente el comportamiento humano, Hardy lo habría tildado de loco. Castor y Pollux eran la prueba. La inteligencia artificial había superado a la humanidad desde hacía tiempo, y aun así, sus creadores hacían lo de siempre, sin tener idea alguna. Continuaban, ignorando advertencias y consecuencias.

Hardy cerró los ojos y respiró relajadamente. Odiaba esos pensamientos que surgían de la nada y le recordaban que él también era parte de ese juego de poder. Más aún, él los había ayudado a llegar a esas posiciones. Pero esos tiempos habían terminado. Recordó las palabras de un médico y supuesto curandero milagroso: "¿Sabes cuál es la mejor terapia? Olvídalo y sigue adelante". Esa simple sabiduría venía de un hombre cuya vida terminó con una bomba en su coche. Las lenguas viperinas decían que era una molestia para las grandes farmacéuticas. Olvidar todo lo negativo y seguir adelante. En teoría, muchas cosas suenan simples hasta que descubres que las emociones no tienen un interruptor.

Hardy escuchó los pasos de un hombre que estimó en unos 100 kilos. Se detuvo justo frente a su camarote, dudando aparentemente si tocar o no. Hardy se le adelantó y abrió la puerta. Frente a él estaba William, la mano derecha del capitán, al que había tenido que poner en su lugar de manera brusca. Sobre el

cuello blanco de su camisa, Hardy vio las marcas amarillas y moradas que le había causado. Sorprendido, William, cuyo origen británico era evidente en su rostro, lo miró.

—¿Me estaba esperando?

—N… no —respondió Hardy, sorprendido por su repentino tartamudeo, y le estrechó la mano—. S… solo te mueves con la g… gracia de Godzilla.

Una sonrisa cruzó el rostro del hombre pelirrojo, que le ofreció la mano.

—Soy William. Los chicos quieren conocerte.

—M… me siento halagado —replicó Hardy—. Pero estoy muy cansado.

—Lástima. Vamos a tomar unas copas y charlar sobre los clásicos del cine.

Hardy se animó, aunque no lo dejó traslucir. La idea le pareció genial. Siempre había disfrutado de las discusiones sobre películas, actores y directores, especialmente cuando los demás estaban a su nivel. Por un momento, miró la cama donde había estado reflexionando. Quería introspección, dejar descansar el pasado y centrarse en la misión. William dio un paso a un lado cuando Hardy salió del camarote y cerró la puerta tras de sí.

—Está bien, me convenciste —dijo Hardy, siguiendo al hombre por el pasillo, pasando por camarotes donde descansaba el resto de la tripulación.

Vio las marcas en el cuello de William. Realmente le había dado duro, y sintió remordimientos. William notó su mirada.

—¿Todo bien?

—L… lo de tu cuello, lo siento —respondió Hardy.

—Mi padre, que ojalá se pudra en el infierno, tenía muchas reglas que nos inculcó a mí y a mis hermanos, a menudo con violencia. Una era: "Si tienes a un hombre en el suelo, asegúrate de que no se levante". Otra: "Nunca dejes que te tomen por sorpresa". Aunque no estoy orgulloso, he llevado algunas de las reglas de mi viejo por la vida y he puesto a muchos en su lugar. Tú fuiste el primero con el que ninguna funcionó. Te tenía inmovilizado con una llave especial en el escritorio, y aun así te liberaste sin esfuerzo y me pateaste el trasero. Podrías haberme acabado, pero me dejaste ir. Tal vez necesitaba esa lección para entender que no soy invencible. Mi padre no tuvo tanta suerte. Solo quería darte las gracias. Y no te preocupes por los moratones.

Los hombres se acercaron a una puerta corrediza que llevaba a una sala o área de recreo. Justo antes, William se detuvo.

—Solo hay una cosa que me quita el sueño —dijo.

—¿Y… y qué es?

—¿De dónde viene esa fuerza sobrehumana? Ni siquiera Hulk se habría liberado tan fácilmente de esa llave.

Hardy miró al suelo, pensando cómo responder. No quería contarle a William la historia de su lucha con la criatura y la grave herida que sufrió. También quería evitar el pánico, ya que todos sabían lo que un mordisco podía causar. Enfrentarse a toda la tripulación, probablemente ya lo bastante asustada y deseosa de volver a casa, no era un buen plan. Intentarían ponerlo en cuarentena, y él se resistiría. Aunque le habría gustado jugar con las cartas sobre la mesa, debía protegerse de agresiones y evitar víctimas innecesarias.

—S… si lo supiera, n… no estaría aquí —respondió Hardy, agradecido de que eso fuera cierto. Mentir nunca fue su fuerte—. M… me vi envuelto en algo. D… desde entonces, lucho por llegar a la verdad.

William asintió. La respuesta pareció satisfacerlo. Luego abrió la puerta corrediza, revelando una sala donde muchos de sus camaradas se reunían. Algunos estaban en un gran sofá, viendo *Moby Dick* en una pantalla. Otros estaban en la barra, bebiendo cerveza, contando chistes y riendo, mientras los cinéfilos les arrojaban palomitas y pedían silencio.

—¡Gente! —gritó William—. Este es Hardy.

Las risas y conversaciones cesaron abruptamente, como si alguien hubiera desenchufado la rocola. Se hizo un silencio incómodo. Todos miraron a Hardy, que se sintió como un bicho raro a punto de ser perseguido por el pueblo con antorchas y horcas. Sus ojos amarillos no ayudaban a tranquilizar a los hombres. Como si fuera a propósito, de fondo se escuchaba el discurso de Gregory Peck sobre ese demonio de ballena que surcaba los mares con las lanzas de hombres caídos en su lomo.

Sin opciones

El Vikingo solo había sufrido algunas raspaduras y moretones, que Chucky atendió de manera improvisada. Así, podría enfrentar la caminata que tenían por delante sin problemas. Mientras tanto, Dimitrij, Madeline y Jan se ocupaban de los no muertos que seguían pisándoles los talones. "No desperdiciar munición" era el acuerdo tácito, por lo que los tres recurrieron a cuchillos, palos y piedras. Finalmente, la calma regresó, y el grupo descansó entre árboles y una gran roca que bordeaba el barranco. Chucky extendió un mapa sobre el suelo pedregoso cubierto de nieve.

—¿Dónde estamos, exactamente? —preguntó al grupo, al que se unieron Jan y Madeline.

—En Moldavia, cerca de la frontera con Ucrania —respondió el Vikingo, atrayendo las miradas de los demás.

—¿Estás seguro? —insistió Madeline.

—Completamente, princesa. Soy piloto y siempre sé dónde estoy.

—Ahora que eso está claro, me gustaría saber cómo demonios pasó este maldito accidente —intervino Gunnar.

—Alguien drenó el combustible y manipuló el indicador —respondió el Vikingo, observando los rostros de los presentes.

—Espera, ¿crees que fue uno de nosotros? —dijo Jan.

—No de nosotros. De ellos —replicó el Vikingo, señalando a Madeline, Chucky, Esra y Mark—. Incluyendo al comunista que anda por ahí perdido —añadió, un comentario que irritó profundamente a Madeline.

Sin embargo, mantuvo la compostura, sabiendo que una discusión no ayudaría en su situación. Así que preguntó con calma:

—¿Y qué motivo tendríamos para hacer algo tan estúpido? Sin mencionar que nosotros mismos podríamos haber muerto.

—Esa, señora, es la pregunta que hay que responder —dijo Gunnar de nuevo.

En ese momento, Dimitrij se unió al grupo. Su herida le estaba causando problemas evidentes, algo que no pasó desapercibido para los demás.

—Bien, la zona está relativamente segura —dijo el ruso, notando el silencio y las expresiones serias—. ¿Qué pasa?

Madeline se giró hacia él.

—Nuestro piloto y su mitad aún más fea creen que tuvimos algo que ver con el accidente.

—Claro, por supuesto —dijo Dimitrij con sarcasmo—. Somos tan brillantes que decidimos matarnos a nosotros mismos. Y si sobrevivimos, nos espera una agradable caminata hasta casa, rodeados de muertos que quieren comernos. Ah, y congelarnos también suena bien.

El ruso se acercó a Gunnar y al Vikingo, que estaban sentados en el borde de la roca, mirándolo con hostilidad. Se detuvo justo frente a ellos.

—No sé quién está jugando sucio aquí. Solo sé que debemos mantenernos unidos. Si no, todos moriremos.

Gunnar se levantó, quedando frente a Dimitrij, que, siendo un cabeza más bajo, no se inmutó.

—¿Y crees que con eso basta? —gruñó Gunnar—. Nos sabotearon, el avión está destruido y perdimos a Max. Un camarada con el que pasamos por más mierda de la que tú jamás has cagado en un retrete.

—Y yo les salvé el culo a ti y a Freddy Krueger hace un rato. De nada —respondió Dimitrij, alzando la voz cada vez más, señalando al Vikingo y las heridas en su rostro.

Madeline miró a Jan, que miraba al suelo con aire ausente. No haber podido despedirse de su amigo y compañero de lucha, Max, lo carcomía. Una amarga experiencia que Madeline había vivido recientemente cuando su amigo y mentor, Frank, fue asesinado por los secuaces de Lydia. Sabía que su dolor no se desvanecería de la noche a la mañana. La discusión entre Dimitrij y Gunnar la trajo de vuelta al presente. El Vikingo también se había levantado y participaba activamente, mientras él y Gunnar empujaban al ruso hacia atrás. Como la situación podía escalar en cualquier momento, Madeline se acercó a Jan.

—Para esta mierda —susurró, pero no obtuvo respuesta.

Madeline le dio una bofetada. Atónito, él la miró, y ella señaló a los hombres.

—Haz algo o cumpliré mi promesa y lo terminaré de una vez por todas.

Pasaron unos segundos sin que Jan reaccionara. Madeline apretó los dientes, se dio la vuelta y caminó decidida hacia los hombres que discutían. Estaba a punto de sacar su arma cuando escuchó la voz de Jan.

—Basta ya.

Corrió pasando a Madeline y se interpuso entre Dimitrij, Gunnar y el Vikingo.

—Esta mierda no nos ayuda. Ustedes dos, siéntense de nuevo —dijo, mirando seriamente a sus camaradas y señalando la roca.

Los hombres obedecieron lentamente y de mala gana. Luego, Jan miró a Dimitrij, que apenas podía calmarse y caminaba de un lado a otro como un animal enjaulado. Jan se colocó en el centro del grupo y miró a cada uno a los ojos.

—Gente, no podemos cambiar lo que pasó. Si fue sabotaje o no, da igual. Tal vez nunca lo sepamos. Pero pelearnos entre nosotros no nos lleva a ninguna parte. Dimitrij tiene razón: debemos mantenernos unidos, o los no muertos nos cazarán uno por uno. Además, no sabemos qué otras sorpresas nos esperan ahí fuera. —Jan hizo una pausa, asegurándose con un breve asentimiento de cada uno de que habían entendido—. Pronto oscurecerá. El accidente se escuchó a kilómetros y el humo se vio aún más lejos. Este choque atraerá a más no muertos. —Miró al grupo con aire interrogante—. Bien. Si nadie tiene objeciones, revisemos el inventario de armas, munición y todo lo demás.

Sin decir palabra, todos se pusieron a trabajar y pronto constataron que habían salvado muy poco del avión y estaban mínimamente armados. Madeline llevaba su rifle con un cargador y la Glock con silenciador. Dimitrij tenía dos cargadores llenos para los Colts, la Beretta con silenciador y un cuchillo. Jan, Gunnar y el Vikingo habían dejado atrás sus subfusiles MP5 y solo llevaban una HK 45 con un cargador cada uno. Chucky tenía su escopeta de doble cañón con solo dos cartuchos en la funda. Esra y Mark solo contaban con sus cuchillos de caza. En la prisa, nadie había pensado en comida o ropa abrigada.

—Bastante pobre, si me permito decirlo —comentó Madeline, mirando los rostros igualmente desconcertados de sus compañeros.

Una horda más grande los superaría rápidamente, sin posibilidad de detenerla.

—Tengo algo más —dijo el Vikingo, sacando dos hachas de aspecto antiguo y mostrándolas con orgullo. Las cabezas de los hachas, decoradas con runas, estaban montadas en mangos de madera sólida ligeramente curvados.

—¿De dónde sacaste eso ahora? —preguntó Jan.

El Vikingo se levantó la camisa y se dio la vuelta. En su espalda llevaba un arnés de cuero marrón donde guardaba las hachas, listo para sacarlas rápidamente.

—¿Cool, no? Lo diseñé y cosí yo mismo —continuó el Vikingo con entusiasmo, exhibiendo las hachas de manera impresionante. Las hizo girar hábilmente en las palmas, las lanzó al aire y las atrapó perfectamente. No había duda de que había invertido mucho tiempo y práctica en esas armas. Como gran final, las lanzó contra un árbol—. Los mangos mantienen la columna recta y evitan dolores de espalda. Cuando el mundo vuelva a estar bien, patentaré este arnés.

—Tienes un tornillo suelto —dijo Madeline, negando con la cabeza.

—A mí me parece genial —comentó Dimitrij, siguiendo al Vikingo, que fue a recuperar sus hachas del árbol.

—Obvio —masculló Madeline, frotándose las sienes—. Los chicos y sus juguetes.

Su mirada se cruzó con la de Jan, que la observaba y ahora sonreía.

—¿Por qué sonríes como idiota?

—Por un momento, olvidé toda la mierda que nos rodea —respondió Jan—. Deberíamos movernos antes de que anochezca.

Tras esas palabras, Jan se acercó a Gunnar, que estaba inclinado sobre el mapa con Chucky. Madeline lo siguió con la mirada. Encontrar algo positivo en esa situación era, a sus ojos, un don que Jan, con su parecido a Ryan Reynolds, expresaba. Confiaba en sus cualidades como líder, aunque no las presumiera. Él, Gunnar y el Vikingo mantenían una cadena de mando que funcionaba bien. De alguna manera, Madeline extrañaba esas estructuras organizadas, aunque prefería tomar las decisiones importantes por sí misma. Luego observó a Gunnar, que discutía con Chucky y Jan. Decidió seguir vigilando al sueco, que desde el principio le había parecido sospechoso. Su mirada se posó en Esra y Mark, que estaban apartados, charlando. Los chicos murmuraban y hablaban sin parar sobre cosas que, a sus ojos, eran triviales. Luego miró al Vikingo, que le explicaba a Dimitrij técnicas de lanzamiento de hachas. El ruso absorbía cada palabra con entusiasmo, emocionado como un niño al sostener esas armas arcaicas. En otras circunstancias, todos podrían haber sido amigos y aprender unos de otros. Pero Madeline no se engañaba. La discusión que Jan había apaciguado sobre el accidente resurgiría y volvería a caldear los ánimos. Se resistía a sacar conclusiones precipitadas, pero tampoco creía en una casualidad. Por otro lado, no sospechaba que alguien del equipo de Jan hubiera cometido un sabotaje. Menos aún creía que fuera uno de los suyos. Por más que lo analizara, no tenía sentido. Decidió no pensar más en ello y apuró a los demás para partir, ya que las temperaturas bajaban y necesitaban encontrar un refugio cuanto antes.

—Gunnar, tú te encargas del mapa —dijo Jan, decidido a establecer una estructura mínimamente segura para proteger al grupo—. El Vikingo y yo iremos con Gunnar al frente. Madeline y los chicos mantendrán una distancia segura detrás. Dimitrij y Chucky cerrarán la marcha. Si alguien nota algo raro, que lo comunique, en voz baja si es posible. Si alguien se queda atrás, lo esperamos. Gunnar establecerá un nuevo punto de reunión cada diez kilómetros por si nos separamos. Seguiremos el barranco y buscaremos un refugio para la noche.

—Algo abrigado para ponernos no estaría mal tampoco —añadió Chucky con razón.

—Suena lógico. Esa es la máxima prioridad —respondió Jan—. Dimitrij, tú has eliminado a la mayoría de los no muertos. ¿Hay algo que podamos aprovechar?

—Da —respondió el ruso—. No es exactamente alta costura, y muchos están quemados. Pero hay chaquetas gruesas.

—Bueno, parece que no tenemos otra opción —intervino el Vikingo, dirigiéndose primero hacia el lugar de donde habían venido—. Congelarse es tan mierda como ser devorado.

—Madeline, Dimitrij, Esra y Mark se quedan aquí con Gunnar —dijo Jan—. Tres hombres son más que suficientes. No podemos arriesgarnos a perdernos de vista mientras buscamos. Dimitrij necesita descansar su pierna. Además, nos vendría bien que nuestra francotiradora nos cubriera las espaldas.

Jan le guiñó un ojo a Madeline y se puso en marcha con Chucky y el Vikingo. Madeline tomó su rifle, escaló la roca y encontró un lugar medianamente cómodo desde donde tenía una vista panorámica. Desplegó las patas del arma y se posicionó. Inmediatamente sintió el frío de la roca calándole el cuerpo. No podría mantener esa posición mucho tiempo sin arriesgarse a congelaciones. A pesar de la ligera capa de nieve que cubría el suelo del bosque y aclaraba el entorno, la oscuridad que caía rápidamente generaba inquietud. Para colmo, una niebla cada vez más densa comenzó a formarse. En pocos minutos, no podría ver a los hombres que se alejaban. El hedor de los cuerpos de los no muertos, algunos aún en llamas, le irritaba la nariz, y tuvo que reprimir una arcada con esfuerzo.

Mientras tanto, Dimitrij se había sentado y sentía el dolor de la herida de mordida que le atravesaba la pierna. Las tensiones de la última hora estaban cobrando su precio. Sus intentos de ignorar el dolor a su manera y no dejar que se notara fracasaron estrepitosamente. Sabía que la caminata por la implacable naturaleza que les esperaba no ayudaría. Miró a Gunnar, que estaba sentado no muy lejos, observándolo.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Dimitrij con brusquedad.

Gunnar negó con la cabeza, se quedó pensativo mirando al suelo unos segundos y luego se levantó. Caminó hacia Dimitrij y se agachó frente a él.

—Bájate los pantalones —le pidió al ruso.

—Oye, no tengo problema en que seamos amigos. Pero no te pases.

—Déjate de tonterías. Quiero ver tu herida.

—¿Eres médico? —preguntó Dimitrij, mirándolo con escepticismo.

—Conocimientos básicos. Al menos para heridas externas.

—Está bien —respondió Dimitrij, poniéndose de pie y desabrochando el cinturón con los Colts.

Lentamente, bajó los pantalones cargo, apretando los dientes cuando la tela rozó su pantorrilla izquierda.

—Tu vendaje está empapado de sangre —dijo Gunnar tras echar un vistazo a la pierna—. Probablemente se rompieron los puntos.

Con cuidado, el sueco desenrolló el vendaje mientras Dimitrij apretaba los dientes cada vez más, aferrándose a la roca por el dolor. Cuando el vendaje estuvo fuera, Gunnar se levantó y abrió la cremallera de su pantalón.

—Los puntos están bien —dijo.

Con los ojos muy abiertos, Dimitrij observó cómo el sueco sacaba su miembro.

—¿Qué demonios haces? —preguntó, justo cuando un chorro cálido alcanzó su herida.

Dimitrij se mordió el antebrazo y golpeó la roca con el puño para reprimir un grito. El orín de Gunnar ardía como ácido, quemándole la herida. A punto de desmayarse, el dolor cesó. Con los ojos llorosos, miró a Gunnar, que subía su cremallera y le sonreía.

—Acabo de matar dos pájaros de un tiro, amigo rojo —dijo Gunnar con una amplia sonrisa—. Desinfecté tu herida y tuve el placer de mearte encima.

El sueco soltó una carcajada. Dimitrij le mostró el dedo medio, pero no pudo evitar contagiarse de la risa sucia de Gunnar. Esra y Mark, que habían presenciado la escena, se miraron confundidos. Los adultos eran un misterio para ellos.

***

La inicial escepticismo de Hardy se desvaneció cuando varios hombres se acercaron a él, dándole palmadas en el hombro y felicitándolo. Al parecer, William era una leyenda a bordo, alguien con quien nadie se atrevía a meterse. Sin embargo, no le guardaban rencor y bromeaban como amigos. William también era un tipo relajado, que de inmediato pidió una ronda. Hardy contó ocho personas más. Un hombre joven, que Hardy estimó de unos 20 años,

había puesto una nueva película que se proyectaba en la pantalla a través de un proyector. Tras el espectáculo de la introducción, en la que un tiburón devoraba a dos personas, apareció el título: *Bait*. Hardy sonrió, divertido por la ausencia de un subtítulo, como solían añadir en las películas alemanas. La tripulación discutía sobre películas apocalípticas y los temas recurrentes que siempre se explotaban o que se basaban en profecías místicas. Se reían de las contradicciones de los escenarios de fin del mundo: a veces el mundo se congelaba, otras se convertía en un desierto ardiente o se hundía bajo el agua. El núcleo de la Tierra amenazaba con sobrecalentarse, el planeta salía de su órbita o era golpeado por un meteorito. El ambiente era festivo y, por un momento, distrajo a Hardy del verdadero apocalipsis. Hacía mucho que no se sentía tan a gusto en compañía de completos desconocidos. Con Madeline, Dimitrij y Esra habría sido perfecto. Hardy se preocupaba cada vez más por sus amigos. Incluso pensó en Chucky, el alma leal que siempre llevaba un palillo entre los dientes. ¿Habrían escapado del infierno de Lydia en su intento de liberación? La idea de no volver a verlos ensombreció su ánimo.

—¡Tengo otra! —dijo el joven, que no paraba de lanzar preguntas al grupo—. Todos conocen *Escape from New York* con Kurt Russell. La dirigió nada menos que John Carpenter.

—¡CARPENTER! —gritaron los hombres, levantando un puño en el aire.

Hardy se sintió como en una película equivocada, pero la reacción le pareció adecuada y hasta sonrió.

—El título alemán es *Die Klapperschlange* —continuó el joven—. Entonces, ¿por qué tiene Kurt Russell una cobra tatuada en el estómago?

Hardy miró los rostros desconcertados y tuvo que admitir que nunca se lo había planteado. Probablemente porque no lo había notado. Estallaron risas y

los hombres brindaron. Tras beber, William se levantó y miró al grupo hasta que se hizo el silencio.

—Gente, nos reunimos aquí para divertirnos, levantar las copas y recordar a quienes ya no están con nosotros —dijo, señalando al grupo hasta detenerse en Hardy—. Hay una cara nueva entre nosotros, y una vez más nos preguntamos: ¿qué sabe esta persona?

William sonrió a Hardy, que no sabía cómo reaccionar. William se acercó al hombre a su izquierda y le puso un brazo sobre el hombro.

—Joe aquí cree que las estelas químicas, la contaminación de nuestro agua y suelo, son las culpables de este desastre. Supuestamente, nos han rociado durante años con metales blandos como aluminio, flúor, bario y quién sabe qué más. Aunque fuera cierto y la gente muriera por eso, no explica a los no muertos.

William pasó al siguiente, un calvo mayor que a Hardy le recordaba a Vic Mackey. Le acarició suavemente la calva.

—Finley cree en un accidente en una central nuclear. La radiación hizo que los muertos se levantaran y se propagaran como moscas en un baño. Explica el fenómeno global diciendo que el viento llevó la radiación a cada rincón del planeta.

William se acercó al joven que hacía las preguntas sobre cine.

—Noah piensa que nos inyectaron chips o nanorobots con las vacunas, controlándonos mediante frecuencias. Como muchos nos vacunamos y no somos no muertos, esa teoría también se cae.

Luego señaló al hombre flaco a la derecha de Hardy.

—Albie, ahí a tu lado, también cree en la teoría de las frecuencias. Pero piensa que solo hace falta un tono específico para convertir a las personas en bestias salvajes. Los receptores serían quienes tuvieron la mala suerte de estar usando un smartphone o una computadora. Pero nosotros también teníamos móviles y computadoras. Entonces, ¿por qué seguimos vivos?

William hizo una pausa y dio un sorbo a su cerveza antes de continuar.

—Jesse aquí cree que el paciente cero fue mordido por un animal enfermo o rabioso, y que llevó la plaga a la civilización. Pero el timing global no encaja.

Hardy notó la inquietud de William ante todas esas teorías que no llevaban a ninguna parte, y recordó cómo él mismo había estado igual de perdido no hace mucho. William hablaba cada vez más rápido, limitándose a señalar a los hombres.

—Liam cree en un poder superior, o sea, extraterrestres que solo están jugando con nosotros.

—No son solo extraterrestres —interrumpió Liam—. Son los Anunnaki. Por favor, no lo mezcles todo. Es una historia completamente distinta.

—Disculpa, mi error. Y solo se les puede reconocer con unas gafas de sol especiales, ¿verdad? ¿Eran reptilianos o cambiaformas? Siempre lo confundo —respondió William con sarcasmo, continuando mientras Liam tomaba un sorbo de su cerveza y le mostraba el dedo medio—. Por cierto, Liam siempre se pelea con los defensores de la teoría de la Tierra plana, que lamentablemente no están presentes. Myles, allá, piensa que algo despertó de su hibernación al descongelarse los polos, nadó hasta aquí y vino a exterminar a la humanidad. Nathan tiene una teoría vudú muy interesante con la que lo molestamos regularmente. Chester, allá atrás, cree en una conspiración gubernamental para controlar la sobrepoblación.

Al decir “sobrepoblación”, William hizo comillas con los dedos en el aire, un gesto que Hardy detestaba. Luego señaló hacia sí mismo.

—Y yo, yo pienso que nuestro mundo es un paraíso, un gigantesco jardín verde donde nosotros somos las plagas. Alguien llamó al exterminador. Siempre nos llegan historias de sobrevivientes que se resisten con éxito o actúan a nivel global para detener esta locura. Supuestamente, un hombre está tras la pista de este virus. Ha recorrido prácticamente el mundo entero y encontró una forma de burlar a esos bastardos apestosos. Una especie de camuflaje que nos hace invisibles para los no muertos, sea lo que sea que eso signifique. Uno de los últimos científicos en Georgia tiró la toalla recientemente y destruyó el CDC con un sistema de autodestrucción. En Atlanta, al parecer, algunos grupos siguen luchando.

William hizo una pausa, miró al grupo y finalmente se detuvo en Hardy.

—Como ves, no hay teoría que no hayamos masticado ya. No hay historia que no hayamos oído. Pero las respuestas definitivas siguen sin llegar. El último año no ha sido fácil para nadie. Lloramos por personas cuyo destino ignoramos. No hay nada peor que la incertidumbre. Y ahora, por órdenes de arriba, navegamos hacia mar abierto. En medio de la nada, te dejamos en una isla que oficialmente no existe. No sabemos qué pasará. Tu apariencia no es precisamente tranquilizadora. A todos aquí nos queda claro que sabes más que nosotros.

Los hombres miraron a Hardy, que recordó su primera conversación con Bartosz. Con la pequeña diferencia de que ahora era él quien debía dar respuestas, aunque desconocía los detalles. Le habría encantado aclararles todo y soltar la verdad. Hardy se inclinó hacia adelante y tomó un sorbo de su botella de cerveza.

—Y… yo no c… conozco t… todos los hechos —comenzó, molesto por su tartamudeo—. F… fueron los gobiernos. L… los no muertos d… debían limpiar el mundo.

—¿Y cuál es tu papel? —preguntó Noah, pero solo recibió un encogimiento de hombros de Hardy—. Vamos, hombre —insistió el joven—. Algo te pasó.

Hardy miró a Noah fijamente.

—M… me mordieron.

Los hombres retrocedieron asustados, saltando de sus asientos, mientras dos sacaban sus pistolas y apuntaban a Hardy. William puso una mano sobre una de las armas y la bajó lentamente, indicando al otro hombre que también bajara la suya.

—¿Te mordió un no muerto? ¿Por qué no te transformas? ¿O estás en proceso? —preguntó William.

—N… no un no muerto. A… algo más m… me mordió. N… no sé q… qué me está pasando.

—¿No un no muerto? Entonces, ¿qué fue? —preguntó Noah.

De nuevo, solo recibieron un encogimiento de hombros de Hardy. De repente, las luces se apagaron y fueron reemplazadas por una iluminación roja de emergencia. Poco después, sonó una alarma estridente que se repetía a intervalos cortos.

—¡Mierda! —gritó William, mientras los demás ya corrían hacia el pasillo.

—¿Q… qué significa esto? —preguntó Hardy, que también se había puesto de pie.

Noah, el último en salir de la sala, se giró. Su expresión no auguraba nada bueno.

—Piratas —respondió secamente.

Perspectivas profundas

Las gruesas chaquetas que habían tomado de los muertos apenas mantenían caliente al grupo. Llevaban horas caminando y las temperaturas seguían cayendo. Todos sabían que acampar al aire libre, incluso con una fogata, no serviría de nada. La niebla se volvía cada vez más densa cuando Madeline decidió alcanzar a Jan. Antes, se aseguró de que Dimitrij y Chucky, que cerraban la marcha, vigilaran a los chicos. Con el rifle al hombro, pasó junto a Gunnar y el Vikingo, y le tomó un tiempo alcanzar a Jan. Cuando estuvo a su altura, Jan se giró brevemente hacia los demás.

—¿Saben Dimitrij y Chucky? —preguntó.

Madeline asintió.

—Tenemos que encontrar un refugio urgentemente —dijo preocupada—. En una hora, esto se pondrá realmente feo.

—Lo sé —respondió Jan—. Mientras no encontremos nada, es mejor seguir en movimiento.

Durante unos instantes, reinó el silencio. Luego, Madeline decidió aprovechar la monótona marcha para conversar.

—¿De dónde vienes y cómo terminaste con Lydia?

Jan la miró brevemente.

—Una pregunta a la vez, agente Starling —respondió con una sonrisa—. No hay mucho que contar. No sé dónde nací. Nunca conocí a mi padre ni a mi madre. Durante algunos años, simplemente me dejé llevar, estuve aquí y allá. Luego conocí a Max y decidimos hacer algo con nuestras vidas.

—¿Y cómo llegaste a Lydia?

—Quid pro quo, agente Starling —ignoró Jan la pregunta—. Ahora te toca a ti.

Madeline sonrió y comenzó con su historia.

—Nací en Calgary, Alberta, Canadá. Mis padres se mudaron al campo cuando era pequeña. Mi madre era ama de casa, mi padre era francotirador en el ejército canadiense. Era realmente bueno y me familiarizó con el tema desde muy pequeña. A los doce años, había ganado todos los torneos. Lo que empezó como un pasatiempo se convirtió en una pasión, así que me mudé a Estados Unidos y me uní a los Marines. Mi padre estaba orgulloso de mí, aunque dejé mi país. —Madeline hizo una pausa reverente—. Cuando mi madre murió en un accidente, él quedó destrozado. Se aisló de todos, incluyéndome a mí. Lo último que me dijo fue: "Olvídame. Sigue tu camino y no mires atrás".

—¿Sigue vivo? —preguntó Jan.

—Si los no muertos no lo atraparon, seguro que sí. Siempre tenía armas, munición y comida en casa para sobrevivir mucho tiempo. Uno de esos tipos preparacionistas. Probablemente está ahora en su porche, abatiendo no muertos uno tras otro. Seguí su consejo y me enfoqué en mi carrera. Tras algunos años en el ejército, quise volver a la vida civil, tener un trabajo normal, formar una familia, todo eso. Pero mis antecedentes eran demasiado buenos, así que terminé en un equipo S.W.A.T. Fue una época divertida pero dura, en la que aprendí mucho. Un día, apareció un tipo de traje y me reclutó. Mi tasa de éxito como francotiradora se había hecho conocida, y pasó lo que tenía que

pasar. Muchas misiones en el extranjero, con muchos muertos, en lugares donde no enterraría ni a mi perro. Y todo bajo el manto del silencio. El típico rollo de alto secreto.

Jan miró fascinado a la mujer de cabello oscuro, comparándola mentalmente con el francotirador Chris Kyle.

—Vaya —dijo—. Al lado de eso, mi vida parece un paseo. Lástima que esta historia del fin del mundo se cruzara en el camino.

—No se cruzó —respondió Madeline—. Me salvó el trasero.

—¿Cómo debo entender eso? —preguntó Jan.

—En mi última misión en Nigeria, desobedecí una orden directa. Mi superior exigió un disparo de sacrificio.

—¿Disparo de sacrificio? —dijo Jan.

—Disparo de señuelo es el término más común. Suena menos brutal. Oficialmente, esta táctica no existe, aunque se usa más a menudo de lo que se piensa. Consiste en herir a una persona, preferiblemente en la pierna, para que no pueda moverse. Esperas a que sus compañeros vengan a ayudarla. Luego, los eliminas uno por uno o hieres al siguiente. Si no ayudan al herido, sigues disparándole sin matarlo.

—Como en *Full Metal Jacket* —dijo Jan, recordando con repulsión la sangrienta escena hacia el final de la película.

—Sí, una de las tácticas más sucias que puedas imaginar —confirmó Madeline—. Mi padre me advirtió que nunca cayera tan bajo. Hablaba por experiencia propia, se sintió culpable toda su vida y nunca volvió a dormir

tranquilo. Así que me negué a ejecutar ese disparo. Louis, mi observador, tomó el rifle, pero nunca regresó de esa misión. Seguí el consejo de mi padre y me fui sin mirar atrás. Horas después, me detuvieron, me llevaron de vuelta a casa y terminé en una celda. Camino a la audiencia para mi sentencia, el infierno se desató. El transporte volcó en un choque masivo. El copiloto nos liberó a mí y a otros dos prisioneros antes de que los no muertos lo atacaran y lo devoraran. Mientras escapaba, pasé por una tienda de artículos militares y me cambié. Cuando salí a la calle, casi me atropellan. Para mi sorpresa, el auto se detuvo y abrieron la puerta del copiloto. Los no muertos se acercaban desde todas direcciones, así que subí. El hombre en el vehículo me puso un arma en la mano y preguntó si solo estaba disfrazada o si realmente había estado en el ejército. Le conté mi trayectoria y la situación actual. Él estaba en una misión importante y quería que lo acompañara. No tenía nada que perder, así que dije que sí. Así entró Frank en mi vida. Luego se unieron Hardy, Dimitrij y Bartosz. Y ahora estoy aquí.

—Una vida agitada —dijo Jan—. Otros ya habrían tirado la toalla.

—No siempre puedes elegir —respondió Madeline, dejando escapar un suspiro—. Ahora desembucha, ¿cómo terminaste tú, cómo terminaron todos, con esa bruja?

—Como suele pasar. Un amigo conoce a otro amigo que busca gente capaz, y un día te encuentras en una mansión, protegiéndola. Un trabajo bien estructurado, con jerarquías claras y buena paga. A Lydia apenas la veíamos. ¿Por qué habríamos de hacerlo? Ella era la señora del castillo y nosotros solo empleados. Seis meses después, empezó todo esto de los no muertos. Pero estábamos a salvo. Esos cerebritos podridos ni siquiera se acercaban a la mansión. Desafortunadamente, algunos de los hombres enloquecieron y quisieron volver con sus familias. A partir de ahí, todo cambió.

—¿Y qué pasa con Gunnar y el Vikingo? —preguntó Madeline.

—Oigan, ¿se dan cuenta de que los estamos escuchando, verdad? —se oyó la voz de Gunnar desde atrás.

Jan ignoró el comentario.

—¿Qué pasa con ellos? —respondió—. Son leales y buenos luchadores. Si no, no estarían aquí.

—¿Leales? ¿En serio? —insistió Madeline.

—¡Oigan, todavía los escuchamos! —volvió a gritar Gunnar.

Jan lo ignoró de nuevo.

—Sí, lo digo en serio. No hay más que añadir. Si quieres saber algo sobre ellos, tendrás que preguntarles directamente.

Madeline se detuvo mientras Jan seguía caminando y esperó a que Gunnar y el Vikingo la alcanzaran. Cuando estuvieron a su altura, Gunnar extendió la mano con gesto exagerado.

—Por favor, no, señorita. No tengo ganas de compartir mi historia de vida con una muñequita que busca la aprobación de papi.

Gunnar aceleró para alcanzar a Jan. Madeline se quedó con la boca abierta, mirando cómo se alejaba, cuando escuchó una risa baja.

—No se lo tomes a mal. Gunnar nació siendo un idiota latente y solo quiere ocultar su lado blando —dijo el Vikingo con una sonrisa, mirando a Gunnar, que le mostró el dedo medio sin girarse.

—¿Y cuál es tu historia? —preguntó Madeline, caminando junto al Vikingo.

—¿Por qué te interesa?

—Tenemos un largo camino por delante. Soy curiosa y necesito matar el tiempo —respondió Madeline.

—Soy el clásico hombre estafado, si quieres saberlo con detalle. Nací en Alemania, en una época en que el país aún estaba en auge y todo funcionaba perfectamente. En algún momento, no sé exactamente cuándo, se volvió insoportable. La gente cambió, solo estaba estresada y se delataban unos a otros. No creo en poderes superiores, el destino ni esas cosas. Pero en ese entonces, estaba convencido de que el universo en persona me tenía en la mira, esperando cualquier oportunidad para joderme otra vez. Estuve casado con la perra del siglo, estoy divorciado desde hace una eternidad y no tengo hijos. En realidad, siempre quise esa felicidad burguesa: casa, cerca blanca, y un perro que me recibiera al volver del trabajo. Lamentablemente, no apareció ninguna candidata adecuada, así que en algún momento dejé de pensar en eso y me aislé. Me alejé de mi familia y de los demás porque cada vez me sacaban más de quicio. Lo llevé tan lejos que realmente nadie quería tener nada que ver conmigo. Misión cumplida, diría yo. Bueno, al menos tenía mi paz. El trabajo pasó a definir mi vida. Lo único de lo que realmente estaba orgulloso.

—¿Orgulloso de tu trabajo como soldado? —intervino Madeline.

—No, yo era carpintero. Como Jesús, antes de que lo traicionaran y lo clavaran. Pero incluso eso me lo quitaron. De repente, tuve que trabajar con materiales de mala calidad y solo hacer reparaciones. Todo se volvió "rápido y lo más barato posible". Me di cuenta de que el reconocimiento que tanto anhelaba era solo una ilusión. Un espejismo al que todos sucumbimos. Noté la jaula cada vez más pequeña de la que no había escape. No importaba cuánto me esforzara, trabajara o marcara mi voto en las elecciones, nada cambiaba.

Entonces apareció Gunnar y cambió mi vida. Me preguntó si quería seguir pudriéndome lentamente o prefería un final rápido. Así que me uní a un grupo de mercenarios. Ahí se reveló mi verdadera naturaleza.

Madeline miró con escepticismo al hombre calvo.

—Soy un hijo de puta sin escrúpulos —dijo el Vikingo con una amplia sonrisa, sosteniendo la mirada de Madeline.

—¿Cómo puedes estar orgulloso de algo así? —se le escapó a Madeline, sintiendo aún más repulsión por él.

—No dije que estuviera orgulloso. Solo que reconocí y acepté mi verdadera naturaleza, mi talento. De hecho, la apocalipsis jugó a mi favor. No puedo imaginar un mundo mejor.

Madeline se quedó boquiabierta. Que el Vikingo no estaba del todo cuerdo era más que evidente, pero aquí se abrían abismos que ella no podía ni quería comprender. Este hombre estaba claramente perturbado y debería estar encerrado.

—Estás enfermo —le espetó.

—¿Yo estoy enfermo, señora? —respondió el Vikingo, riendo—. No, la sociedad estaba enferma. No importa cuán absurda fuera la corrupción, el abuso o las guerras, todos miraban para otro lado y esperaban que la mierda pasara de largo. Con la llegada de los no muertos, esa pandilla hipócrita tomó conciencia de su mortalidad, y eso los aterró. ¿Y yo estoy enfermo? No, solo soy el producto de un mundo podrido.

El Vikingo miró fijamente hacia adelante.

—Como dijiste antes, muy acertadamente: no siempre puedes elegir. Pero puedes decidir quién quieres ser.

Madeline se detuvo, intentando entender el punto de vista del Vikingo. Muchas personas habían perdido la cordura en los últimos años, no solo por decisiones cuestionables que buscaban aislar o encerrar a la gente. Madeline recordaba bien los años previos a la aparición de los no muertos, los constantes cambios de rumbo de las élites que se mantenían a salvo del caos. Pensó en las personas desesperadas que ya no sabían cómo sobrevivir. Trabajadores antes acomodados, que fueron despedidos o despojados de sus bienes, de repente llenos de odio contra todo y todos. La rabia y la desesperación dominaban sus pensamientos. Atacaban a cualquiera, menos a los verdaderos culpables, que se creían a salvo lejos del sufrimiento.

—Pero Jan tenía razón en una cosa —oyó decir al Vikingo, que se había detenido y se giró hacia ella—. Soy leal y nunca actúo sin motivo, señora.

Por un momento, Madeline lo miró y reconoció la seriedad y honestidad en los ojos del Vikingo, que se dio la vuelta y siguió caminando. Ella esperó a que Esra y Mark pasaran a su lado.

—¿Todo bien? —preguntó Esra.

—Todo perfecto. Apúrense para no perderlos de vista. Siempre manténganse cerca —respondió, instando a los chicos a seguir.

Dimitrij y Chucky se acercaron a Madeline. A pesar de su herida, el ruso parecía estar en buena forma y se movía con relativa normalidad. Madeline se unió a ellos cuando estuvieron a su altura.

—¿Cómo está la pierna?

—La orina sueca hace milagros —respondió Dimitrij con una sonrisa—. ¿Y tú cómo estás?

—Gatita, muñequita, señora, agente Starling. Ya estoy harta de estos apodos —dijo Madeline.

—¡Todos al suelo! —escucharon de repente la voz de Jan, y se agacharon.

Madeline llamó a Esra y Mark y se agazapó junto a Dimitrij y Chucky, protegiendo a los chicos. Luego vieron a los demás acercarse en posición agachada. Gunnar y el Vikingo mantenían unos pasos de distancia, vigilando los alrededores.

—Detectamos movimientos y ruidos —dijo Jan—. A unos treinta metros delante de nosotros, hay muchas personas moviéndose hacia el sur.

—¿No muertos? —preguntó Dimitrij.

—Es difícil saberlo. Se mueven lento y torpemente, pero eso no significa nada. No emiten gemidos ni lamentos.

Gunnar y el Vikingo se acercaron lateralmente, con los ojos fijos en la amenaza. Ambos sostenían firmemente sus HK. Gunnar se giró hacia el grupo y susurró:

—Escuchamos voces.

—¿Estás seguro? —insistió Jan.

—Sí. No entendimos ninguna palabra, pero suenan como nuestro amigo rojo aquí —dijo Gunnar, señalando a Dimitrij—. Definitivamente no son no muertos.

Dimitrij se levantó, sacó su Beretta y avanzó agachado hasta un árbol cercano, donde permaneció unos segundos. Levantó una mano, indicando a los demás que se quedaran en su lugar. Lentamente, el ruso se acercó a un matorral denso y luego a un árbol caído, cuyas largas raíces sobresalían de la tierra. Escuchó a un grupo de personas abriéndose paso por el bosque. Arriesgó una mirada a través de las raíces y vio las siluetas de varias figuras. Se movían con normalidad, no con el paso torpe y rígido de los no muertos. También notó que faltaba el típico olor a moho y putrefacción. Luego escuchó voces bajas, cerró los ojos y se concentró en las palabras. La conversación efectivamente estaba en su idioma natal, aunque solo captó fragmentos. El ruso suspiró aliviado y lanzó una mirada agradecida al cielo. No era tanto el hecho de encontrar vivos, sino de toparse con compatriotas lejanos. Desde el inicio del apocalipsis, había encontrado personas de todas las nacionalidades, pero no de la suya. Con el arma en ristre, salió de su escondite. Con pasos cortos, se acercó a la caravana humana, que parecía no tener fin. Cada vez más, las sombras se convertían en personas. Al verlo, retrocedieron asustadas. Un niño gritó brevemente, y todos lo miraron. Dimitrij levantó las manos, dejando claro que no representaba peligro. Bajó la Beretta y observó a las personas demacradas y pobremente vestidas que seguían avanzando en silencio. Vio ancianos, jóvenes e incluso bebés.

—¡Mierda santa! —las palabras hicieron que Dimitrij se girara.

Detrás de él estaba el Vikingo, que también bajó su arma. Del niebla surgieron los demás, uno a uno, uniéndose a ellos con incredulidad mientras observaban el flujo interminable de personas.

—¿Quiénes son y a dónde van? —preguntó Madeline.

Dimitrij se acercó a una anciana y le habló. Nadie del grupo entendió una palabra mientras Dimitrij hacía una serie de preguntas. La mujer rompió en

llanto y señaló en la dirección de donde venían ella y los demás. Dimitrij puso una mano en su hombro antes de que continuara su camino. El ruso regresó con su grupo.

—Van a Odesa. Es una ciudad portuaria ucraniana. Esperan encontrar un barco u otra forma de rescate.

—¿Y por qué no se quedan aquí? —intervino Jan—. Quiero decir, han sobrevivido tanto tiempo. ¿Huyen de los no muertos?

—Niet. La mujer dijo que hombres malvados llegaron a su ciudad. Robaron, violaron y mataron a muchos habitantes. Los no muertos llegaron después. —Dimitrij señaló en la misma dirección que la anciana—. A unos diez kilómetros en esa dirección hay una ciudad. Ahí podríamos encontrar refugio para la noche.

—Espera, ¿y si esos tipos todavía están ahí? —dijo Gunnar—. No quiero ser aguafiestas, y aprecio las comodidades de un lugar cálido tanto como cualquiera, pero no tenemos que estrellarnos contra el iceberg a toda máquina, gente.

—Tal vez deberíamos unirnos a ellos e ir a Odesa también —sugirió Esra.

—Niet —dijo Dimitrij—. No hay nada en Odesa. Es un callejón sin salida. Además, es la dirección equivocada.

—¿Y por qué no les dices que no vayan? —insistió Esra.

—¿A dónde irían? ¿A dónde los envío? —respondió el ruso, apenas ocultando su incomodidad ante la pregunta—. ¿Deberían venir con nosotros? ¿Señalo cualquier dirección y digo: vayan allá, ahí estarán seguros?

—Volviendo a mi pregunta —interrumpió Gunnar.

—Parece que no tenemos otra opción —dijo Jan, que ya había sopesado todas las posibilidades.

—¿En serio? —replicó Gunnar con escepticismo—. No sabemos cuántos enemigos hay ni cuán armados están. Con nuestras pocas armas, no podemos empezar una guerra. Podemos darnos por afortunados de que esta gente no fueran no muertos, o ya estaríamos hasta el cuello.

—Cierra la boca, Gunnar —lo cortó Jan con brusquedad—. Mira a tu alrededor. Estamos en el culo del mundo, sin provisiones, y hace cada vez más frío. Sí, que no hayamos encontrado una horda de no muertos es casi un milagro, pero es solo cuestión de tiempo. Yo prefiero estar en una casa con paredes gruesas que aquí, servido en bandeja. Así que, a menos que saques un plan maestro de tu trasero, te sugiero que cierres la boca, te largues o te unas.

Un silencio incómodo llenó el grupo mientras Gunnar solo asentía, se giraba y se alejaba sin decir nada. El Vikingo miró a Jan, negando con la cabeza, y corrió tras Gunnar.

—¿Eso va a solucionar nuestros problemas? —preguntó Madeline, con la mirada fija en Jan.

—El Vikingo lo calmará. Gunnar es un impulsivo, pero sabe que tengo razón —respondió Jan, dirigiéndose a Dimitrij—. Tú irías a la ciudad, ¿verdad?

Dimitrij asintió en silencio.

—Entonces, deberíamos ponernos en marcha.

Distracción

—Oh, Errol Flynn y Johnny Depp nos hacen una visita —pensó Hardy mientras seguía a los hombres exaltados, que no veían la situación con tanta ligereza como él.

Por supuesto, sabía que no se trataba de una visita de cortesía, sino más bien de un asalto para saquear. También tenía claro que no esperaba encontrarse con personajes pintorescos vestidos de forma extravagante y con frases ingeniosas en la punta de la lengua. Hollywood había hecho mucho para vendernos a los nómadas asesinos de los mares como héroes divertidos. Hardy conocía la realidad, así que decidió mantenerse en las sombras y evaluar la situación en silencio. Intervendría si las cosas empezaban a salirse de control. Se detuvo y vio cómo los hombres desaparecían por las escaleras hacia arriba. Tras unos segundos de reflexión, dio media vuelta y corrió hacia la popa del barco. Desde allí, subió por otra escalera hasta la cubierta. Ascendió lentamente y miró con cautela desde la esquina. Estaba en el lado de estribor y vio cómo el otro barco se alineaba junto al suyo. Si Hardy aún esperaba un majestuoso velero con grandes velas, cañones, un timón y la obligatoria bandera pirata, quedó profundamente decepcionado. Era un patrullero Mark IV en pésimas condiciones, con un patrón de camuflaje mal pintado. Los numerosos agujeros en el casco y las manchas de óxido eran una clara señal de que ese barco había vivido tiempos turbulentos. Hardy descartó rápidamente la pregunta de cómo los piratas habían logrado robarle ese vehículo acuático a la Marina de los Estados Unidos y se concentró en el armamento del patrullero. Los dos cañones de 25 mm controlados remotamente apuntaban al carguero y podían disparar en cualquier momento. Detrás de cada uno de los seis ametralladoras de calibre M2 .50 había una figura enmascarada con mirada sombría. Junto al líder, cuatro hombres más sostenían rifles AK-47 en posición de ataque. El líder, con una llamativa barba larga y negra, permanecía inmóvil, esperando a que dos de sus hombres saltaran al carguero y ataran los barcos con cuerdas.

Luego, como si fuera lo más natural, subió al carguero con la cabeza en alto, como si no esperara resistencia alguna. Esa actitud arrogante irritó a Hardy, que de inmediato lo asoció con Tombstone, quien también creía estar por encima de todos.

Monty estaba en la cubierta, con varios de sus hombres detrás, sosteniendo rifles M-16. Probablemente, los demás se habían atrincherado en algún lugar, ya con los intrusos en la mira. Lentamente, con pasos cortos, el líder se acercó al capitán, se detuvo frente a él y lo miró fijamente a los ojos. Su rostro no mostraba ninguna emoción. Los otros dos hombres subieron al carguero y se colocaron detrás de él. Hardy vio a Monty hablar, pero no entendió nada debido al ruido del motor del patrullero, que aún estaba encendido. Pasaron segundos mientras Hardy observaba el lenguaje corporal de Monty, quien claramente buscaba una solución pacífica. De repente, la mano del líder se lanzó hacia adelante y le dio una bofetada al capitán. Los hombres de Monty apuntaron al líder, mientras los cuatro enmascarados también levantaban sus rifles de asalto. Lentamente, Monty giró la cabeza. Su mirada amistosa había dado paso a una expresión sombría. Aun así, mantuvo la compostura y volvió a hablarle al hombre. Esa bofetada fue la señal que Hardy esperaba. Estaba seguro de que la situación escalaría.

Sin ser notado por los hombres en las ametralladoras, Hardy saltó al patrullero y se movió silenciosamente por la cubierta con la agilidad de un gran felino. La potencia de fuego de los extraños era su único argumento de peso, lo que explicaba la actitud prepotente de los piratas. Se presentaban como si fueran superiores a Monty y su tripulación en todos los sentidos, como si resistirse no valiera la pena. Que los cuatro acompañantes con los AK no se dispersaran para asegurar áreas del carguero indicaba que no eran tan numerosos como parecían. Además, salvo el líder, daban una impresión más bien torpe. Sin embargo, sostenían rifles de asalto, armas con las que podían causar mucho

daño. Por eso, Hardy decidió intervenir de manera silenciosa para mantener la proporcionalidad y darle una ventaja a su gente.

Se acercó lentamente al hombre detrás de la ametralladora en el lado de babor, cuya mirada estaba fija en el carguero. Al parecer, tampoco consideraba a Monty y su tripulación una amenaza; estaba relajado, sin siquiera el dedo en el gatillo. Hardy se colocó justo detrás de él, rodeó su cuello con el brazo derecho y le presionó la tráquea. Con la otra mano, sujetó la parte trasera de su cabeza y la empujó hacia adelante con un movimiento brusco. Hardy sintió el crujido del cuello al romperse y depositó el cuerpo sin vida en el suelo con suavidad. Tomó el cuchillo del cadáver y lo guardó en su cinturón. Mientras se incorporaba, notó que no había cinta de munición en la ametralladora.

—¿Ni siquiera hay jugo en la jeringa? —pensó, y miró hacia el lado de estribor, donde otro hombre estaba en una ametralladora.

Entornó los ojos y vio que el contenedor de munición también estaba vacío. Al menos, no había cinta de alimentación en el arma. Lo mismo ocurría con las demás ametralladoras, que solo servían para intimidar. Si los cañones de cadena en la proa del barco también estaban vacíos, este asalto era una completa farsa. Hardy no quiso arriesgarse, se deslizó de una ametralladora a otra y eliminó a los demás tiradores. Ni siquiera Monty y su tripulación sospechaban lo que ocurría en el patrullero. Como un gran lagarto, Hardy se arrastró por el sucio suelo de la cubierta y llegó a las escaleras que conducían al interior del barco. Con cuidado, abrió la puerta de acero, esperando que las bisagras estuvieran bien engrasadas. Solo un leve chirrido llegó a sus oídos. Poco después, estaba en una sala vacía. Dos ojos de buey en las paredes laterales proporcionaban una luz tenue. Hardy revisó los dos contenedores de munición de los cañones de cadena, que estaban tan vacíos como las ametralladoras en la cubierta.

—Solo están montando un espectáculo —sonrió Hardy para sí mismo, decidido a poner fin a la farsa, cuando unos extraños ruidos lo hicieron girarse.

Aguzó el oído y miró hacia otra puerta de acero que conducía a los camarotes o a una bodega. Sonaba como si unas manos golpearan la puerta. No era un golpeteo ni señales de Morse, como haría alguien en una emergencia para llamar la atención. Lentamente, se acercó a la puerta, abrió los cerrojos y tiró de la hoja hacia la sala. Hardy no podía creer lo que veía, mientras un escalofrío le recorría la espalda.

***

Tomó un tiempo hasta que el Vikingo alcanzó a su amigo enfurecido. Gunnar había corrido en la dirección de donde venían los refugiados. El flujo de personas, que había marcado un sendero en el suelo, ya se había detenido. Gunnar se detuvo con un resoplido, apenas conteniendo su frustración. Maldecía esa faceta suya y se irritaba por no poder deshacerse de ese hábito. El Vikingo se acercó a su amigo con una sonrisa burlona y le ofreció una cajetilla de Luckies.

—No te rías como idiota —dijo Gunnar mientras sacaba un cigarrillo de la cajetilla, esforzándose por mantenerse serio.

El Vikingo ya había encendido su cigarrillo y acercó el encendedor encendido al rostro de su amigo. Una vez que el cigarrillo de Gunnar estuvo prendido, el Vikingo cerró el encendedor de tormenta y miró a su alrededor con escepticismo, mientras sacaba una petaca de su bolsillo interior.

—Toma, un trago de la patria —dijo, pasándole el licor a su amigo.

El sueco dio un trago generoso y devolvió la petaca.

—Si esto sigue así, nuestro sueño de morir de un infarto en una orgía, literalmente, quedará enterrado —dijo Gunnar, dando una calada a su cigarrillo.

El Vikingo asintió y miró la niebla cada vez más densa, que hacía que cada árbol y arbusto pareciera siniestro. El velo opaco podía hacer creer que algo se movía en él. Las fuentes de peligro, como animales salvajes, eran mucho más difíciles de detectar, por lo que debían estar doblemente atentos. Esto generaba una tensión interna que no solo inquietaba al Vikingo.

—Realmente estamos aquí como en bandeja —murmuró el Vikingo, mirando a Gunnar con seriedad—. ¿De verdad quieres aislarte y seguir por tu cuenta?

—Claro que no —respondió Gunnar, dudando—. Solo estoy molesto por nuestra situación y no pensé bien.

—Como siempre. Ya me estaba preocupando —dijo el Vikingo, mientras tiraba el cigarrillo a medio fumar al suelo y apagaba la brasa con su bota.

—Vete a la mierda —respondió Gunnar, girándose hacia el sendero.

—¿Qué pasa? —preguntó el Vikingo, sacando su arma al igual que su amigo.

Ambos se agacharon, evitando ofrecer un blanco fácil, y apuntaron hacia la niebla.

—Alguien viene. Tal vez más de uno.

—Quizá sean rezagados —susurró el Vikingo.

—O los saqueadores los siguieron. No sería difícil con las huellas que dejaron.

Pasaron segundos mientras los amigos solo escuchaban. Quienquiera que se acercara, lo hacía abiertamente y sin dudar. Lentamente, distinguieron las siluetas de varias personas avanzando por el sendero.

—Son rezagados, Gunnar. Si fueran perseguidores, no estarían paseando tan tranquilos. Solo les falta cantar una canción —dijo el Vikingo.

Gunnar se llevó el dedo índice a los labios, y su amigo guardó silencio. Pasaron más segundos mientras el número de personas acercándose aumentaba. Pasaron junto a los hombres, que estaban agazapados a pocos metros. De repente, el penetrante olor a podredumbre les llegó a la nariz. Casi al mismo tiempo, oyeron el extraño gemido que hasta entonces había estado ausente o absorbido por la niebla. El Vikingo y Gunnar supieron que una cantidad desconocida de no muertos se dirigía hacia el resto del grupo, que no sospechaba nada.

—Mierda —susurró Gunnar—. Tenemos que advertir a los demás. Correr por los lados tomaría demasiado tiempo. Deberíamos abatir a uno de los no muertos y atraer al resto.

—No. Si nuestros compañeros escuchan el disparo, correrán directo hacia los no muertos. Tú corre a una distancia segura, pasa a los no muertos y advierte a los demás. Sé silencioso y no desperdicies munición.

—¿Y tú qué harás? —preguntó Gunnar.

—Voy a atraer a esas caras de carne picada hacia el oeste —respondió el Vikingo—. Cuando estés con el grupo, esperen hasta que el flujo de no muertos se detenga, y luego diríjanse a la ciudad. Yo los alcanzaré.

Gunnar miró a su amigo con escepticismo.

—No te dejaré atrás.

—No lo harás. Corre, se nos acaba el tiempo.

De mala gana, Gunnar se puso en marcha, moviéndose paralelo al sendero. El Vikingo lo observó hasta que su amigo desapareció en la niebla. El silencio que siguió, junto con los gemidos de los no muertos, le puso la piel de gallina. Se concentró, cerró los ojos y asimiló la situación en la que estaba. Sabía cómo actuaban los no muertos, qué los atraía y cómo matarlos. Entrar en pánico ahora sería su fin. Respiró hondo para calmar el miedo y ganar fuerzas, aunque solo funcionó a medias. Luego se levantó, guardó su arma en la funda y sacó la cajetilla de cigarrillos. Encendió uno y saboreó el tabaco. Con un chasquido sonoro, cerró el encendedor de tormenta, atrayendo la atención de algunos no muertos que comenzaron a acercarse lentamente. El Vikingo se quitó su gruesa chaqueta marrón a cuadros con cuello de piel, se puso el cigarrillo en la comisura derecha de la boca y comenzó a silbar la melodía principal de *Game of Thrones*. Lo que empezó suavemente se volvió lo suficientemente fuerte como para que ningún no muerto lo ignorara. Los caminantes que ya habían pasado dieron media vuelta y siguieron a los demás. Inmóvil, el Vikingo silbaba su melodía y observaba las figuras tambaleantes que emergían en mayor número de la niebla. Algunos estaban tan cerca que pudo distinguir sus rostros desfigurados y cuerpos destrozados. Cada vez más pares de ojos lo miraban con furia. El Vikingo alcanzó detrás de su espalda, sacó las hachas y las hizo girar sobre las palmas de sus manos. Luego, golpeó con un hacha el cráneo del primer atacante, mientras ponía un pie en el pecho del segundo no muerto, empujándolo contra la horda que lo seguía. Con un movimiento rápido, extrajo el hacha del cráneo y retrocedió. La interminable marea de no muertos lo seguía, mientras él deslizaba las manos por las correas de cuero en los extremos de los mangos.

Gunnar había dejado atrás a los no muertos y corrió directamente por el sendero hacia los demás, que aún estaban en el mismo lugar. El grupo miró al sueco con asombro, mientras este echaba varias miradas hacia atrás antes de alcanzarlos.

—¡Vaya, te calmaste rápido! —lo recibió Jan con alegría, hasta que notó la expresión seria en el rostro de Gunnar.

—Vienen no muertos por el sendero —susurró Gunnar—. Probablemente siguieron a la caravana.

El horror se dibujó en los rostros al escuchar esas palabras.

—¿Son muchos? —preguntó Madeline.

—Es difícil decirlo. Cuando me fui, el flujo no se detenía. Podrían ser docenas, tal vez cientos.

—¿Dónde está el Vikingo? —intervino Jan.

—Está atrayéndolos hacia el oeste. Aparentemente con éxito, o ya estarían aquí.

—Tenemos que ayudar —dijo Dimitrij, pero el sueco lo interrumpió con un gesto.

—No. El plan es simple. Esperamos y luego seguimos. Una vanguardia no estaría mal por si hay rezagados no muertos. El Vikingo se reunirá con nosotros cuando pueda.

—¿Y si no lo logra? —preguntó Madeline.

—Lo hará —respondió Gunnar con convicción—. Sabe lo que hace.

En ese momento, Dimitrij sacó su Beretta con silenciador y disparó. Aunque al principio pareció que atacaba a Gunnar, pronto quedó claro que un no muerto había aparecido detrás del sueco, y solo Dimitrij lo había notado. Con un punto oscuro en la frente, el no muerto cayó al suelo.

—Sí, una vanguardia no está mal —dijo Dimitrij, corriendo hacia el sendero.

Hizo un gesto a Madeline, que, junto a él, tenía la única arma con silenciador. Ella entendió la señal y se posicionó a la derecha del sendero. Con la Glock en ristre, ambos avanzaron lentamente por el borde del camino, vigilando cualquier amenaza. Con un movimiento de dedos, Dimitrij indicó al resto que los siguieran. Silenciosamente, el pequeño grupo se puso en marcha. A pocos metros, vieron las siluetas de los no muertos que habían abandonado el sendero y se dirigían al oeste. El plan del Vikingo había funcionado. Madeline levantó una mano, y el grupo detuvo su marcha. Pasaron unos minutos hasta que la caravana de no muertos se dispersó, y solo algunas figuras rezagadas seguían a la masa. Dos no muertos, que no notaron que los demás habían cambiado de rumbo, se tambaleaban hacia el grupo. Madeline les dio precisos disparos en la cabeza. Tras varios minutos más de espera, sin que aparecieran más no muertos, Dimitrij y Madeline se asintieron. Después de dar una señal al resto, todos avanzaron con cautela. Jan y Gunnar cerraban la marcha, mientras Esra, Mark y Chucky iban en el centro. Los chicos ya habían sacado sus cuchillos, y Chucky, a quien la visibilidad limitada por la niebla lo ponía nervioso desde el principio, sostenía su escopeta de doble cañón frente a él. Nerviosamente, movía el palillo en su boca de un lado a otro, concentrándose en Madeline y Dimitrij, que avanzaban en silencio al frente.

De repente, oyeron disparos provenientes del oeste. El grupo se detuvo de nuevo. Todos, excepto Gunnar, se miraron con incertidumbre. El sueco permanecía erguido, debatiéndose internamente. ¿Debería ir a ayudar a su

amigo o quedarse con el grupo? Jan reconoció esa mirada de inmediato. Puso una mano en el hombro del hombre corpulento y susurró:

—Cíñete al plan, Gunnar. Se ha salvado de situaciones mucho peores.

—Lo sé —respondió Gunnar—. Solo no me acostumbro a la idea de dejarlo atrás.

Jan asintió levemente y respondió:

—No lo estás dejando. El Vikingo tomó una decisión y nos salvó el culo. No hay mayor respeto que ese.

***

El Vikingo había recorrido varios cientos de metros sin saber que su grupo ya estaba en marcha. De vez en cuando, asestaba un hachazo a algún no muerto que se le acercaba demasiado. Cuando el embate de las criaturas, que apestaban a podredumbre, se volvía abrumador, se escondía detrás de una roca o un árbol y los dejaba pasar. A veces, cruzaba su camino, atrayendo a algunas figuras hacia el sur, dividiendo así la interminable caravana de no muertos en dos direcciones. Se aseguraba de no guiar a sus perseguidores de vuelta y se movía rápidamente hacia el oeste. Redujo la velocidad hasta detenerse y encendió otro cigarrillo. Apenas dio la primera calada, notó un extraño silencio y escudriñó la niebla, que se alzaba ante él como una pared ondulante. Miró a su alrededor con recelo. Una sensación de incomodidad lo invadió, pues era vulnerable desde todos los flancos. Odiaba sentirse observado sin poder ver a nadie. Por un momento, lo asaltó la absurda idea de que los no muertos habían evolucionado y tramado un plan perverso para asegurarse su presa. En su mente, los vio atándose servilletas al cuello y avanzando hacia él con cuchillos y tenedores. El Vikingo sonrió ante su propia fantasía, negó con la cabeza y miró al suelo para comprobar la firmeza del

terreno. En ese instante, oyó un gemido, levantó la cabeza y fue atacado de inmediato por tres no muertos que surgieron como fantasmas de la nada. Sobresaltado, retrocedió unos pasos, sintió un agarre y un dolor repentino en el hombro derecho. Giró la cabeza y se encontró cara a cara con el no muerto que ya lo había mordido. Por reflejo, le propinó un fuerte cabezazo, logrando liberarse.

Mientras tanto, los otros tres se abalanzaron y lo sujetaron. A la mujer no muerta a su izquierda logró clavarle el hacha en el cráneo en el último segundo, pero no pudo sacarla. El peso del cuerpo al caer lo desequilibró, ya que su muñeca estaba atrapada en la correa de cuero. Mientras luchaba por mantenerse en pie, otro no muerto le mordió el antebrazo extendido. El Vikingo reprimió un grito que habría atraído a más criaturas. Sujetando al tercer atacante por el cuello con la mano libre para mantenerlo a distancia, notó más figuras emergiendo lentamente de la niebla, mostrando gran interés en la escena. El segundo no muerto había arrancado un pedazo de carne y lo masticaba con avidez, mientras la sangre brotaba del antebrazo del Vikingo. Sintió que alguien le agarraba la pierna derecha. Un segundo después, los dientes del no muerto que antes lo había mordido en el hombro se hundieron en su muslo. Las lágrimas le inundaron los ojos mientras un odio feroz crecía en su interior. Morir aquí y ahora, en el culo del mundo, no era una opción, como tampoco lo era rendirse. Con un gruñido fuerte y los dientes apretados, soltó al atacante a su derecha, lo agarró por el cuello de su camisa destrozada, lo jaló hacia sí y le dio un cabezazo en la nariz. El crujido resonó mientras lo empujaba y volvía a atraerlo. Su frente golpeó de nuevo el ya hundido órgano olfativo del adversario. Aturdido, el no muerto lo soltó y retrocedió tambaleándose. El Vikingo giró la muñeca hacia abajo, tomó el mango del hacha, la levantó y la clavó en la frente de su torturador. Con presencia de ánimo, deslizó la mano fuera de la correa y golpeó con el puño el rostro del no muerto a su izquierda, que intentaba morderlo de nuevo. Su mano izquierda aún estaba atrapada en la correa de la segunda hacha, incrustada

profundamente en el cráneo de otro no muerto. El Vikingo alcanzó hacia atrás, agarró el cabello del atacante que sujetaba su pierna y tiró de su cabeza hacia atrás con fuerza. Como el no muerto no soltaba a su presa, el Vikingo perdió más piel y carne. En la fracción de segundo que sostuvo la cabeza, evaluó a los otros atacantes que ya se acercaban peligrosamente. Contó entre cinco y siete no muertos más, mientras trasladaba su peso a la pierna izquierda y empujaba al no muerto con la derecha.

Rápidamente, el Vikingo sacó la HK de la funda y disparó a la cabeza del no muerto a su derecha. Repitió la acción con los otros atacantes, que cayeron ante él y quedaron inmóviles. El eco de los disparos resonó en sus oídos como un himno de victoria. El olor a azufre le resultaba más familiar que nunca. Tras varios intentos, logró sacar el hacha del cráneo del no muerto y examinó sus heridas.

—Esto fue más bien una victoria pírrica —pensó.

Por el rabillo del ojo, vio que algo se levantaba a su derecha. Era el no muerto que le había mordido el hombro y la pierna. Lentamente, el Vikingo se acercó y, con varios golpes, le cortó la cabeza a la figura de mirada maligna que seguía masticando el trozo de carne arrancado. Luego se sentó sobre el cadáver y respiró profundamente.

—Espero que la última cena te haya sabido bien, bastardo podrido.

Notó el cigarrillo aún encendido en el suelo, que se le había caído durante el ataque inesperado.

—Parece que la suerte está cambiando —murmuró, inclinándose para recogerlo.

Se lo puso en la boca y aspiró el humo con deleite. Lentamente, dejó escapar el vapor azul por la nariz y observó los cuerpos inertes frente a él. A lo lejos, ya escuchaba los gemidos y lamentos de los no muertos que no habían pasado por alto los disparos.

—Claro, ahora sí hacen ruido, idiotas —susurró, examinando la herida en su antebrazo.

Sangraba, pero el mordisco no había dañado ningún tendón. Para confirmarlo, movió los dedos y cerró el puño. Arrancó la manga derecha de su uniforme y la enrolló firmemente alrededor de la herida. Usó la manga izquierda para vendar la mordedura en la pierna y miró su hombro. Gracias a su rápida reacción, el atacante no había logrado arrancarle un pedazo. No sangraba, pero el dolor era intenso. El Vikingo no le dio más vueltas, se levantó y comenzó a correr. El ardor en su muslo lo obligó a detenerse brevemente. Solo entonces se dio cuenta de lo maltrecho que estaba y de que no estaba al cien por cien. Esto dificultaba calcular su avance y el tiempo necesario. De paso, sacó la HK y disparó a la cabeza de tres no muertos más que lo habían detectado. Con cautela, el Vikingo siguió adelante. Primero hacia el sur, luego al este y finalmente al norte para reunirse con el grupo. Ese era el plan. Sin el antisuero que corría por sus venas y evitaba que mutara, probablemente ya se habría disparado. Si volvía a encontrarse en una situación así, usaría la última bala para eso. Tomó una chaqueta de un cadáver, ya que la pérdida de sangre y el frío lo estaban afectando. Decidido a evitar otro combate, el Vikingo emprendió el camino de regreso.

***

Dimitrij, Madeline y los demás habían recorrido muchos kilómetros y estaban agotados. Habían pasado horas desde que oyeron los disparos. Gunnar, que quería correr en ayuda de su amigo, se había calmado a regañadientes y cubría

la retaguardia del grupo. Creía firmemente que su amigo y compañero de lucha aparecería en algún momento de la niebla para reunirse con ellos.

—Ya deberíamos estar cerca del pueblo, la ciudad o lo que sea —dijo Jan, caminando entre Madeline y Dimitrij—. Por cierto, ¿cómo se llama este lugar? —preguntó, mirando al ruso con curiosidad, al igual que Madeline.

—Ni idea —respondió Dimitrij—. ¿Acaso conocen todos los pueblos de su país?

Los tres se detuvieron lado a lado y observaron las casas de una pequeña ciudad enclavada en un valle entre árboles y rocas. Una torre de iglesia sobresalía por encima de los demás edificios, algunos de los cuales estaban en llamas. A diferencia del bosque, la niebla en la ciudad no era tan densa, permitiendo una visibilidad relativamente clara. Madeline se quitó el rifle del hombro, se tumbó al borde de una roca y miró a través de la mira. Se tomó su tiempo, examinando cada calle y cada callejón. Luego se levantó y le pasó el rifle a Dimitrij. El ruso también inspeccionó la ciudad.

—¿Qué ves? —preguntó Madeline, esperando pacientemente.

—Hay velas o lámparas de aceite encendidas en un edificio grande. En el piso superior hay personas —dijo Dimitrij, observando el edificio de tres plantas—. No puedo distinguir cuántas exactamente. Tal vez ocho o más. Probablemente también haya algunas en los pasillos. En la azotea, hay dos observadores. Están fumando cigarrillos.

—El segundo ventana desde la derecha —indicó Madeline.

Dimitrij examinó la ventana con más detalle y vio a niños acurrucados contra la pared.

—Rehenes. Niños. Al menos seis.

—¿Rehenes? —dijo Madeline, intentando mantener la compostura—. Qué forma tan amable de decirlo.

—Bien, atengámonos a los hechos —intervino Jan—. Nos enfrentamos al menos a diez hombres, probablemente más. Si lograron llegar hasta aquí y expulsar a todos los habitantes, no serán precisamente monaguillos, sino tipos sin escrúpulos. Si nos mantenemos en silencio, podríamos tomar un edificio en las afueras y pasar desapercibidos para seguir adelante. Solo necesitamos un refugio para la noche.

Dimitrij se giró y le lanzó una mirada fulminante a Jan. Madeline solo negó con la cabeza.

—¿Por qué deberíamos exponernos a este peligro, que podría costarnos la cabeza a todos? —preguntó Jan, mirándolos alternadamente.

—Porque es nuestro deber —se oyó la voz de Gunnar, que se unió al grupo con los demás—. Si no empezamos a trabajar por un mundo mejor y a librarlo de escoria, ¿quién lo hará? ¿Están muy armados esos idiotas? —preguntó el sueco al grupo.

En ese momento, resonaron varios disparos desde la ciudad. Dimitrij miró de nuevo a través de la mira. Desde el primer piso, justo encima de la entrada, disparaban contra los no muertos que se habían congregado allí.

—Los no muertos rodean el edificio. Es una buena protección contra intrusos —dijo Dimitrij con una amplia sonrisa—. No será fácil. Los malos tienen muchas armas y munición.

—¿Y qué tiene de gracioso? —preguntó Jan.

—Nada —respondió Dimitrij—. Me encantan los desafíos.

Formaron un semicírculo y discutieron varias tácticas para salir de la situación con el menor daño posible. La estrategia era simple: actuar de forma silenciosa y sigilosa, lo que no les supuso un gran dilema, pues sabían con qué tipo de personas estaban tratando. La petición de Madeline de poner a Esra y Mark a salvo primero resultó problemática, ya que un adulto debía quedarse cuidándolos. El tímido comentario de Esra de que ellos podrían arreglárselas fue ignorado por Madeline. Chucky fue elegido como cuidador, y se retiraría con los chicos a un edificio seleccionado en las afueras de la ciudad para atrincherarse hasta que los demás regresaran. Ante la observación de Gunnar de si no deberían esperar al Vikingo para mejorar sus posibilidades, Madeline respondió:

—Cada segundo que esos niños sufren es inaceptable.

Luego, desenroscó el silenciador de la HK 45 y se lo pasó a Jan para que también pudiera actuar sin hacer ruido. Mientras tanto, Dimitrij tomó los cuchillos de Esra y Mark para ahorrar balas el mayor tiempo posible. Le dio una de las cuchillas a Gunnar, cuya arma no tenía silenciador. Finalmente, Dimitrij le entregó su cinturón con los Colts y el cuchillo de caza a Chucky.

—Son muy ruidosos. Dispara solo si es necesario —le dijo Dimitrij al rockero, que, aparte de su escopeta de doble cañón con solo dos cartuchos, no tenía otras armas.

Chucky, que movía nerviosamente el palillo de un lado a otro de la boca, asintió y juró cuidar de los chicos. Era una tarea que tomaba muy en serio. Una vez aclarados los detalles de la misión, el grupo se puso en marcha. Bajaron lentamente por el pequeño sendero. Al llegar a las afueras de la ciudad, giraron a la derecha para acompañar a Chucky, Esra y Mark al edificio donde debían esperar hasta que todo terminara. A diferencia del bosque, la niebla en la

ciudad no era tan densa, lo que resultó ser una ventaja. El grupo podía ver bien los alrededores y evitar peligros. Dimitrij, aferrando la Beretta con silenciador, iba al frente. Vieron algunos no muertos deambulando por las calles, atraídos por los disparos incesantes, dirigiéndose hacia los intrusos.

El pequeño grupo entró en el edificio de aspecto fantasmal, recorrió el estrecho pasillo y subió las escaleras. Cada piso fue revisado silenciosa pero cuidadosamente en busca de ocupantes no deseados. La mayoría de las puertas estaban cerradas, por lo que no tardaron en llegar al último piso sin encontrar resistencia. Madeline acomodó a Chucky y a los chicos en una habitación del tercer piso que daba a la parte trasera, para que los extraños no los vieran por casualidad. Les insistió en que se mantuvieran en silencio. Además, le dio a Chucky la instrucción de poner a los chicos a salvo si la misión fallaba y nadie regresaba. Madeline miró a Esra y Mark con preocupación una última vez antes de desaparecer por las escaleras con Dimitrij, Jan y Gunnar.

Contacto con el enemigo

Una horda de no muertos se apretujaba a través de la estrecha puerta de acero, pasando junto a Hardy, que observaba la escena con horror. Además de algunas mujeres, se trataba exclusivamente de niños de entre cuatro y diez años que tropezaban a su lado y salían al exterior por la segunda puerta. Algunos de los niños lo miraron antes de continuar su camino sin inmutarse. Sus miradas se clavaron en el alma de Hardy mientras intentaba comprender qué estaba pasando. El traqueteo de los rifles de asalto lo arrancó de sus pensamientos, y corrió hacia arriba, pasando entre los no muertos. Hasta ese momento, nadie había notado a los no muertos. Hardy vio a varios miembros de la tripulación heridos y gritando en el suelo, mientras los demás apuntaban a sus adversarios, pero no disparaban.

—Era obvio que las AK de los enemigos sí tenían munición —pensó Hardy.

Entonces vio la razón por la que los hombres no respondían al fuego. El líder usaba a Monty como escudo humano, presionando un revólver contra su sien. La tripulación de Monty ya había matado a uno de sus hombres, pero la amenaza del líder los hacía dudar. Para entonces, los no muertos que se habían dispersado por el patrullero no pasaron desapercibidos para el líder. Su orden a sus hombres de capturarlos y devolverlos a la bodega era una locura absoluta. Hardy observó con incredulidad cómo colgaban sus rifles al hombro, regresaban al barco e intentaban atrapar a los no muertos. Le habría gustado seguir viendo ese intento imposible, pero el líder exigió a la tripulación que dejara las armas. Silenciosamente, obedecieron después de que el líder amartillara la pistola para mostrar que iba en serio. Luego ordenó al primer hombre que se acercara. Era Noah, el joven que lo había impresionado con su conocimiento de cine. Hardy intuía lo que seguiría, pero esperaba desesperadamente estar equivocado. Noah se acercó con cautela, con las manos en alto, miró a Monty y dijo:

—Todo estará bien, capitán.

Apenas terminó de hablar, el líder le apuntó y disparó. Como en cámara lenta y con los ojos muy abiertos, Hardy vio cómo la bala perforaba la frente del joven, saliendo por la parte trasera de su cabeza con un chorro de sangre. La cabeza de Noah se sacudió hacia atrás, y su cuerpo se desplomó. Por un momento, Hardy no quiso aceptarlo y se quedó petrificado. La idea de haberse topado con otro hombre como Tombstone era difícil de digerir. Noah, que apenas había cruzado el umbral a la adultez, era otra víctima sin sentido de este mundo desquiciado. Hardy respiró pesadamente, fijando su mirada en el líder. La sangre en sus venas comenzó a hervir, y su rostro se transformó en una mueca sombría. El odio puro lo recorrió mientras se enderezaba lentamente y rugió.

Todos los presentes se sobresaltaron al escuchar el rugido ensordecedor, que parecía provenir de un león. Luego vieron una figura grande y oscura saltar desde el patrullero al agua. Pasaron segundos de tensión en los que nadie se atrevía a respirar. De repente, la figura emergió del agua fría como una fuente y voló en un arco alto hacia el líder y Monty. Hardy aterrizó junto al líder y se irguió lentamente frente a él. El villano, que se había girado incrédulo de Monty, miró los ojos amarillo-naranja de una criatura que simplemente no debería existir. Presa del pánico, el líder levantó su arma, apuntó a Hardy y disparó. Con presencia de ánimo, Hardy inclinó el torso hacia un lado, vio la bala pasar rozando su rostro, agarró la muñeca del líder y apretó sin piedad. Con un grito desgarrador, el adversario cayó de rodillas y soltó el arma. Con la mano libre, se sujetó el antebrazo, como si eso pudiera detener el dolor infernal. El grito del líder se convirtió en una súplica lastimera. Con los ojos llorosos, rogó por clemencia.

—¿Clemencia? —dijo Hardy con una voz gutural.

Los gritos de los hombres que intentaban capturar a los no muertos llenaron el silencio. Uno tras otro, caían víctimas de las mujeres y niños no muertos. Pasó un tiempo hasta que el último quedó en silencio. Solo quedó el sonido voraz de los no muertos desgarrando y devorando a sus presas. Hardy ladeó la cabeza y miró a los ojos del hombre frente a él, que, a pesar del dolor, se calmó. De un movimiento brusco, Hardy giró la mano que lo sujetaba hacia un lado. Con un crujido audible, la muñeca del líder se rompió, y un fragmento de hueso sobresalió de la herida abierta. Gritando, el hombre barbudo se desplomó. Hardy miró a Monty, dio un paso a un lado y señaló al hombre que gemía a sus pies. Lo dejó en manos del capitán, quien asintió agradecido. Monty miró a su alrededor. Contó dos heridos y tres tripulantes muertos, incluido Noah, a quien Hardy ya sostenía en sus brazos. Lentamente, Monty recogió la pistola del líder, se agachó frente a él y miró brevemente hacia el patrullero. Solo entonces notó que los no muertos eran principalmente mujeres y niños.

—¿Por qué todo esto? —preguntó Monty con rostro apesadumbra.

—Porque no tenemos nada —respondió el líder, mirando al capitán con ojos tristes—. No tenemos comida ni munición.

—Tenían suficiente munición para matar a mis hombres.

—Eran las últimas balas —replicó el líder, lanzando una mirada horrorizada a su muñeca destrozada.

—¿Por qué no pidieron ayuda? —insistió Monty.

—Porque no sabemos hacer otra cosa.

—Porque no saben hacer otra cosa —repitió Monty con reverencia, mientras veía a su tripulación llevarse los cuerpos de sus amigos.

Solo Hardy y William permanecían inmóviles, esperando la decisión del capitán.

—¿Por qué hay mujeres y niños no muertos en su barco?

El líder bajó la cabeza. La respuesta le costó pronunciar.

—Son nuestras mujeres y niños. Cuando regresamos a casa hace unas semanas, ya estaban así. Nadie seguía con vida. Tuvimos que abandonar nuestro hogar. —Levantó la cabeza y miró a Monty—. ¿Qué habríamos hecho? ¿Dejar atrás a nuestras familias? —gritó.

Por unos instantes, el capitán hizo una pausa, comprendiendo por qué el hombre había tomado esa decisión, por absurda que pareciera. Sin embargo, no tenía comprensión alguna por haber abordado su carguero y matado a su tripulación. Se puso de pie y se acercó a William.

—Llévenlo con su familia —ordenó Monty, y William, sin dudar, cumplió.

Llamó a dos hombres. Juntos, arrastraron al líder, que se debatía, de vuelta al patrullero. Monty, sin mostrar emoción, tomó el cuerpo de Noah de los brazos de Hardy, le asintió una vez más y siguió a los otros hombres bajo cubierta. Hardy observó cómo William ataba al líder a la barandilla del patrullero con bridas, mientras los otros dos lo protegían de los no muertos. Las criaturas, que apestaban a podredumbre, no pasaron por alto el alboroto y se dirigieron hacia la proa. Una vez que el líder estuvo bien asegurado, William y los hombres saltaron de vuelta al carguero y soltaron las cuerdas que unían los barcos. Lentamente, el patrullero se alejó. Hardy, William y los dos tripulantes observaron cómo las mujeres y niños no muertos se abalanzaban vorazmente sobre su presa. Al principio, el líder intentó alejarlos con los pies, incluso arrojando a algunos por la borda. Pero finalmente lograron atraparlo. Durante un tiempo, los gritos agónicos del hombre, despedazado poco a poco, llegaron

hasta ellos, mientras su sangre corría en regueros rojos por el costado del barco y goteaba al mar. William miró a Hardy y le dio una palmada en el hombro.

—Eres un tipo escalofriante, pero me alegra que estés de nuestro lado.

***

Tras comprobar que los Colts funcionaban y asegurarse de que había balas en los cargadores, Chucky los volvió a enfundar. Caminaba inquieto de un lado a otro en la sala de estar, espartanamente amueblada. La idea de quedarse de brazos cruzados, haciendo de niñera mientras sus amigos arriesgaban sus vidas, le resultaba incómoda. Que Esra y Mark estuvieran sentados en el sofá, inusualmente callados y observándolo, no ayudaba. La preocupación por los chicos en caso de que los demás no regresaran era otro peso que le revolvía el estómago. La responsabilidad nunca había sido lo suyo. Por eso siempre actuaba en segundo plano, evitando involucrarse en decisiones importantes. Sin embargo, incluso como subordinado, cumpliendo sus tareas lo mejor que podía, había tenido suficientes problemas cuando los responsables no consideraban algo y le echaban la culpa. Por un momento, su mirada se detuvo en las botellas de vodka de la estrecha vitrina, que parecían sonreírle desde hacía minutos. Desechó la idea de emborracharse. Que Madeline le hubiera confiado a los chicos sin dudar era una muestra de confianza que no quería traicionar. Por otro lado, se sentía excluido, como el eslabón más débil de una cadena de soldados curtidos, apenas útil para hacer de cuidador. Chucky cerró los ojos, negó con la cabeza e intentó desesperadamente alejar los pensamientos negativos. La distracción parecía la mejor solución, así que abrió la puerta al pasillo, salió y miró a su alrededor.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Esra.

—Solo voy a la parte delantera. Tal vez pueda ver algo desde allí. Ustedes quédense aquí —respondió Chucky, saliendo al pasillo y dejando la puerta entreabierta con una rendija.

Sacó uno de sus Colts y avanzó por el estrecho corredor, rezando para que nadie lo sorprendiera desde arriba. La luz que entraba por las ventanas rotas del pasillo era la única guía en el corredor oscuro. Cada crujido de las viejas tablas del suelo le hacía sentir que se delataba. Miraba constantemente a su alrededor para asegurarse de que nadie lo tomara por sorpresa. La barandilla de la escalera hacía un giro de 180 grados y subía en diagonal hacia el tejado. Tras asegurarse de que no había peligro desde allí, Chucky se acercó a la ventana, se apoyó contra la pared y miró con curiosidad al exterior. Reconoció bien la calle y el edificio de enfrente, pero todo más allá quedaba engullido por la niebla. Solo tres edificios los separaban del enemigo. Más disparos, ahora más fuertes que hace unos minutos, lo hicieron estremecerse. Casi apretó el gatillo por error. Volvió a mirar a su alrededor.

—Tranquilo, hombre, no estés tan nervioso —pensó, imaginando que los disparos provenían de un enfrentamiento con sus amigos, que ya podrían estar perdiendo la vida—. No —intentó calmarse—. Acaban de irse. Son profesionales, saben exactamente lo que hacen. Los disparos son de los otros, que solo están abatiendo no muertos.

Chucky se puso frente a la ventana y miró hacia la calle. Reconoció figuras tambaleantes dirigiéndose al edificio ocupado. Con cada disparo, Chucky veía la inutilidad de esa acción. Quien hubiera sobrevivido el último año sabía que el ruido solo atraía a más. Ese debía ser exactamente el plan de los intrusos. Los no muertos formaban un muro protector impenetrable alrededor del edificio. Eso planteaba la pregunta de cómo Madeline y los demás planeaban entrar. No tenían cuerda, y el camino habitual por la calle sería suicida. Decidió no pensar más en eso y volvió a mirar la calle con curiosidad.

Chucky no oyó los pasos suaves que se acercaban lentamente por detrás. Solo cuando se volvieron más rápidos y fuertes, prestó atención. Se giró bruscamente y vio una figura oscura abalanzarse sobre él, empujándolo con fuerza a través de la ventana. Escuchó el vidrio romperse, perdió la orientación y no sabía dónde estaba arriba o abajo. La caída libre, en la que giraba sin control, duró solo un segundo. Luego chocó contra el asfalto. Antes de desmayarse, registró el crujido de varios huesos.

Solo pasaron unos segundos cuando Chucky abrió los ojos de nuevo y respiró hondo. Una vez que los puntos negros que bailaban ante sus ojos desaparecieron y se alegró de no haber caído de cabeza, miró hacia abajo. Aunque aún no estaba del todo lúcido, reconoció que sus piernas estaban rotas y retorcidas, una sobre la otra. Como si alguien hubiera pulsado un botón, el dolor atravesó su cuerpo, y reprimió un grito con gran esfuerzo. Se mordió el antebrazo, gruñendo fuerte, mientras con la otra mano alcanzaba el Colt que yacía a su lado. A pesar de la situación, no quería renunciar al legado de su amigo. Esas armas eran todo lo que quedaba de Zack y su plan para la humanidad. Una vez que se acostumbró al dolor lo mejor que pudo, miró hacia la ventana del tercer piso, sorprendido de haber sobrevivido a la caída. Entonces oyó un gemido que le heló la sangre y vio las primeras figuras acercarse. De repente, tomó conciencia de la situación en la que estaba. Frenéticamente, guardó el Colt en la funda, se giró boca abajo y se arrastró con las manos por el asfalto hacia la entrada de la casa. Fijó la mirada en la puerta de madera mientras avanzaba por el bordillo. En dos metros, que le parecían veinte, alcanzaría la puerta, la cerraría tras de sí y estaría a salvo por el momento. Cada movimiento le provocaba dolores infernales, como puñaladas, en las piernas retorcidas. Detrás de él, oía los gemidos y el chasquido de los no muertos que lo seguían de cerca. Un metro más. Con un último atisbo de esperanza, Chucky extendió la mano hacia el pomo, lo agarró y lo intentó girar desesperadamente. Pero no pasó nada. El pomo no se movió.

—¿Se necesita una maldita llave para abrir la puerta desde fuera? —pensó.

En ese momento, el primer no muerto lo alcanzó, cayendo torpemente de rodillas y mordiéndole la pantorrilla. Con los dientes apretados, el rockero gritó. Se giró rápidamente sobre la espalda, apoyándose contra la puerta maciza, y miró al grotesco no muerto que le había arrancado un trozo de carne y lo masticaba. Chucky sintió cómo su sangre tibia se acumulaba bajo sus piernas mientras sacaba la escopeta de doble cañón. El no muerto, un hombre relativamente joven, ignoró la escopeta apuntada directamente a su cabeza. La carne, la comida entre sus dientes, era más importante. Con el dedo en el gatillo, a solo milímetros de disparar, Chucky se detuvo. Le daba igual que el disparo atrajera a más no muertos. El estruendo alertaría a los malos y tal vez delataría a sus amigos. Dos figuras más se acercaban. Con reverencia, Chucky miró al cielo y encontró un claro en la niebla que le permitió ver el cielo estrellado. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras se prometía no gritar. Pero no se rendiría sin luchar. Agarró al no muerto por el cabello, lo jaló a su lado y golpeó repetidamente con la culata de la escopeta hasta que la cabeza se convirtió en una masa pegajosa de fragmentos de cráneo y cerebro. Por el rabillo del ojo, vio que dos no muertos más lo habían alcanzado. Chucky golpeó descontroladamente. Derribó al primero con la culata, haciéndolo perder el equilibrio, pero el segundo se abalanzó sobre él y le mordió el cuello. Chucky, que ya sentía la sangre corriendo por su garganta, lo empujó. Aunque todo giraba ante sus ojos y los puntos negros bailaban, reunió sus últimas fuerzas, agarró la escopeta con ambas manos y destrozó el cráneo del no muerto. No pudo hacer nada contra el ataque del tercer no muerto, que ya hurgaba en su abdomen. Completamente agotado, intentó repeler al atacante, pero solo golpes débiles y descoordinados alcanzaban al no muerto, que ya había hundido sus dedos huesudos y grises en su vientre. Las entrañas y la sangre brotaban de la herida. Borrosamente, Chucky vio más figuras acercarse. Sentía el dolor, las mordeduras, pero se concentró en no gritar. No gritó ni una sola vez.

***

Madeline, Dimitrij, Jan y Gunnar habían entrado por la puerta trasera del edificio de enfrente. Una vez que Jan se aseguró de que la entrada principal estaba cerrada, subieron sigilosamente al primer piso y revisaron todos los apartamentos. En uno de ellos, que Jan y Gunnar inspeccionaban, el sueco se detuvo unos segundos en el dormitorio.

—No es momento para echarse una siesta —dijo Jan, que ya lo esperaba.

—No —respondió Gunnar—. Solo se me ocurrió algo.

Madeline y Dimitrij esperaban, ya algo molestos, a los dos hombres, que se tomaban un tiempo inusual. Dimitrij estaba a punto de ir a ver qué pasaba cuando Gunnar apareció con sábanas y una parte rota de un perchero.

—¿Qué es esto? —susurró Dimitrij.

—Tenemos que entrar al otro edificio de alguna manera —respondió Gunnar, dejando las sábanas y el improvisado gancho de abordaje en el suelo.

Sorprendida de que el sueco aportara algo útil a la misión, Madeline levantó el pulgar.

—Este es el plan —dijo ella—. Jan sube conmigo al tejado. Dimitrij y Gunnar se quedan en el primer piso. Jan le dará una señal a Gunnar una vez que haya eliminado a los guardias en el otro tejado. Para entonces, ustedes deberían haber localizado a los tiradores que están abatiendo no muertos y neutralizarlos también. Luego se reúnen con nosotros.

Esta vez, los hombres levantaron los pulgares.

—Primero, atamos las sábanas para llegar directamente al otro tejado —añadió Gunnar.

Los demás asintieron y se pusieron manos a la obra. Poco después, Madeline y Jan, con la cuerda improvisada al hombro, se dirigieron al tejado. Mientras Gunnar los observaba, Dimitrij vigilaba el edificio de enfrente. De vez en cuando, veía los destellos de los rifles disparando contra los no muertos e intentaba memorizar las posiciones. Intentó calcular la posición de las cabezas de los tiradores, a las que debía acertar a toda costa. Pronto se dio cuenta de que necesitaría más de una bala por tirador para neutralizarlos. Si fallaba, el ataque sorpresa estaría comprometido. Gunnar se colocó al otro lado de la ventana y estaba a punto de decir algo cuando Dimitrij lo detuvo con un gesto y señaló la escalera.

—Ve al pasamanos —susurró el ruso—. Cuando Jan dé la señal, me avisas.

Gunnar asintió, se dirigió al pasamanos de la escalera y centró su atención hacia arriba.

Madeline y Jan llegaron al tejado, abrieron la puerta lentamente y observaron el tejado de enfrente. A pesar de la niebla, se veía claramente a dos hombres patrullando de un extremo al otro, revisando los alrededores. Como no esperaban un ataque, estaban relajados, fumando un cigarrillo, hablando de forma audible e incluso riendo.

—¿Se están contando chistes o por qué se ríen tanto esos idiotas? —preguntó Jan, irritado por las risas rasposas.

—No los entiendo más que tú —susurró Madeline, aparentemente imperturbable.

Estaba allí para cumplir una misión, y lo haría.

—Ve al pasamanos y da la señal a Gunnar cuando haya eliminado a esos payasos.

Jan siguió la instrucción y se sorprendió al ver que Gunnar ya estaba en el pasamanos, observándolo. Levantó el pulgar para indicarle al sueco que estaban en posición y que la misión comenzaría en segundos. Gunnar respondió con el mismo gesto. Jan cerró el puño y observó a Madeline, que usaba las sábanas para mantener la puerta entreabierta. Cerró los ojos, respiró hondo y se puso erguida. Con el rifle en ristre, esperó. Jan estaba asombrado de que no se acercara al borde del tejado para reducir la distancia. Tampoco entendía por qué Madeline no apoyaba el rifle para apuntar con más estabilidad. Se tranquilizó pensando que nunca había sido francotirador y que solo conocía su método en teoría. Durante minutos, la joven permaneció inmóvil, concentrada en los hombres que cumplían su tarea en el tejado opuesto. Jan no pudo evitar sentir cierta admiración por Madeline. Nunca había conocido a una mujer que no solo fuera atractiva, sino que también tuviera el coraje y la confianza necesarios.

Dimitrij apuntaba a la ventana izquierda del edificio de enfrente. Esperaba tranquilamente la señal de Gunnar para neutralizar rápida y precisamente a los enemigos que seguían disparando contra los no muertos. Los minutos pasaban mientras el sudor que se formaba en su frente le goteaba lentamente en los ojos. Sin inmutarse, Dimitrij mantuvo la mirada fija en el objetivo, ignorando el penetrante hedor y los gemidos de los no muertos un piso más abajo.

Madeline descifró el patrón con el que los hombres se movían. Uno iba de norte a sur, el otro de este a oeste. Sus caminos se cruzaban en el centro del tejado, lo que ella vio como un desafío para disparar en el momento exacto. Cuando sus trayectorias volvieron a cruzarse, apretó el gatillo y mató dos pájaros de un tiro. La bala atravesó la sien del primer hombre, salió por el otro lado y alcanzó

la cabeza del segundo. Ambos cayeron sin vida al suelo, mientras Madeline celebraba su espectacular disparo con una amplia sonrisa. Jan abrió el puño. Los dedos extendidos eran la señal que Gunnar esperaba.

—Dispara —susurró Gunnar.

Dimitrij disparó dos veces hacia la ventana izquierda. En una fracción de segundo, giró hacia la ventana derecha y disparó dos balas más. Durante unos segundos, reinó un silencio helado mientras el ruso movía el arma entre las dos ventanas. Inseguro, bajó la Beretta, pero mantuvo los ojos en las ventanas. Al no haber resistencia ni gritos, consideró su tarea cumplida.

—Vamos —ordenó a Gunnar, siguiéndolo por las escaleras hacia el tejado.

Cuando llegaron, Jan ya había lanzado el gancho improvisado al otro lado. Este se enganchó en el borde bajo que rodeaba el tejado. Jan ató el otro extremo a una de las varillas entre las que estaban tendidas las cuerdas de ropa. Mientras tanto, los demás se preparaban mentalmente para la trepa.

—Esto debería aguantar —dijo Jan, mirando al grupo con escepticismo—. ¿Quién quiere ir primero?

—Pues, como soy la más ligera, me tocó la peor parte —respondió Madeline, a punto de acercarse a la cuerda, cuando Dimitrij intervino.

—Niet. Yo no peso mucho más. Vigila el tejado por si vienen más hombres —dijo, poniendo una mano en el hombro de Madeline y echando un vistazo por el borde del tejado.

La calle y los alrededores del otro edificio estaban plagados de no muertos.

—Si me caigo y sobrevivo, necesito que alguien me remate. No quiero que me coman.

—Entendido —dijo Madeline, ayudando a su amigo a cruzar el borde.

Dimitrij aferró la cuerda con fuerza. Se colgó y cruzó los pies sobre las sábanas. Los gruesos nudos en las telas hacían imposible un cruce rápido como con una cuerda normal. Así, el ruso avanzó metro a metro, rezando para que las sábanas y los nudos soportaran su peso. Colgando cabeza abajo, se acercó al otro edificio, maldiciendo en voz baja. El esfuerzo lo sintió especialmente en su pierna herida, que comenzó a dolerle de nuevo. Dimitrij llegó al tejado, se agarró con ambas manos, se balanceó hábilmente sobre la cuerda y se arrastró lentamente hacia el borde. En ese momento, la puerta que llevaba al tejado se abrió, y un tipo gordo y grasiento con un rifle al hombro salió. Como si estuviera en bandeja, Dimitrij colgaba allí y oyó al hombre llamar a los guardias que Madeline había abatido. Pronto descubrió los cadáveres, miró alrededor frenéticamente y vio a Dimitrij, que se aferraba desesperadamente al borde. Por suerte, el hombre estaba demasiado confundido y tenía dificultades para quitarse el rifle del hombro en lugar de dar la alarma.

Antes de que pudiera apuntar a Dimitrij, un silbido suave rompió el silencio. Un punto rojo apareció en la frente del hombre gordo. Chocó contra la puerta aún abierta, esparciendo su cerebro por la superficie. Lentamente, se deslizó por la hoja, dejando un rastro de sangre. Dimitrij trepó rápidamente por el borde, sacó su Beretta, se arrodilló, apuntó unos segundos a la salida del tejado y escuchó. Nadie había seguido al hombre ni dio la alarma. El ruso miró al otro tejado, donde Madeline aún estaba con el rifle, también apuntando a la puerta abierta. Ella vio el pulgar levantado de su amigo antes de que este corriera agachado hacia la puerta y mirara dentro. Con un breve gesto de la mano, señaló a los demás que el camino estaba despejado. Jan y Gunnar cruzaron la brecha entre los edificios sin problemas. A Madeline, que tuvo más

dificultades, la ayudaron a subir al tejado. Mientras Gunnar la ponía en pie, Jan se unió a Dimitrij.

—¿Alguna idea de qué nos espera?

—Niet —susurró el ruso.

—Deberíamos tomar las armas de estos tipos.

—Niet.

—¿Por qué niet? —insistió Jan.

—Son demasiado grandes y ruidosas para pelear dentro de un edificio —explicó Dimitrij—. Podemos tomarlas cuando terminemos el trabajo. Cuando todos estén muertos, habrá tiempo para eso.

Señaló a Madeline, que, a regañadientes, dejó su rifle, sacó la Glock con silenciador y se unió a ellos.

—Quiero mi rifle de vuelta —susurró, mirando a Gunnar, que solo llevaba el cuchillo. Su HK 45, que no debía usar por ahora, estaba en la funda—. Recuérdalo —le dijo—. Solo si nos descubren puedes disparar. No antes.

En ese momento, un hombre pasó por el rellano inferior de la escalera. El estrecho pasillo que bajaba estaba completamente oscuro. Solo la luz de algunos apartamentos abiertos se filtraba al pasillo principal, iluminando apenas los escalones inferiores del hueco de la escalera.

—Voy primero —susurró Gunnar, avanzando con el cuchillo firmemente agarrado, pasando junto a Dimitrij hacia la escalera.

El ruso intentó detenerlo, pero oyó la voz de Jan detrás de él.

—Déjalo.

Silenciosamente, el sueco de casi dos metros bajó las escaleras. A su derecha estaba la pared. Más abajo, ya veía a través de los barrotes del pasamanos y distinguió dos puertas de apartamentos abiertas. Al llegar abajo, se apoyó contra la pared y miró a la izquierda. Justo antes del rellano, vio otra puerta. Gunnar supuso que había otro apartamento a la derecha, al final del pasillo. Con una rápida mirada por la esquina, quiso confirmar su suposición y vio a un joven de pelo largo sentado en el suelo, fumando un porro.

—Mierda —pensó Gunnar, retirando la cabeza rápidamente.

No podía estar seguro de si lo habían visto. Entonces oyó pasos acercándose claramente hacia él. Se pegó a la pared, sosteniendo el cuchillo de caza frente a sí, esperando al hombre que probablemente pensaba que era una broma de sus compañeros. ¿Quién más podría bajar del tejado de un edificio rodeado de no muertos? Gunnar vio la larga sombra que proyectaba el hombre y calculó cuidadosamente el momento para apuñalar. De repente, se dio cuenta de que nunca había matado a nadie de esa manera, ni a un no muerto ni a un vivo. Hasta ahora, siempre había una cómoda distancia entre él y sus enemigos, que solo requería el uso de un arma de fuego. Tranquilamente, el joven se acercó a Gunnar, sin sospechar lo que le esperaba. Dio una última calada profunda a su porro y miró despreocupadamente al doblar la esquina. Antes de que pudiera reaccionar, el sueco le clavó el cuchillo en la garganta y lo jaló hacia sí por el pelo. Lentamente, dejó el cuerpo en el suelo, extrajo el cuchillo y escuchó los últimos gorgoteos del joven. El humo de la última calada salía de su nariz y boca. Por un momento, Gunnar temió que alguien hubiera notado la acción o escuchado algo. Echó un vistazo rápido al pasillo y volvió a cubrirse. Miró hacia las escaleras y vio a los demás esperando una señal. Gunnar levantó el pulgar. Dimitrij, Madeline y Jan bajaron lentamente las escaleras mientras Gunnar revisaba el pasillo en ambas direcciones. De repente, oyó una voz

desde el apartamento frente a él, pero no entendió las palabras. Levantó la mano, y los demás, que ya casi estaban abajo, se detuvieron. El sueco miró dentro del apartamento vacío frente a él. Junto a la puerta principal, una puerta entreabierta llevaba al baño, donde parpadeaba una luz.

—¿Alguien está teniendo una reunión ahí dentro? —pensó Gunnar, retrocediendo al instante siguiente cuando la puerta se abrió y salió un hombre mayor de origen asiático.

Como estaba ocupado abrochándose los pantalones, no notó al sueco, que ya avanzaba con el cuchillo. Antes de que el hombre pudiera reaccionar, Gunnar lo empujó contra la pared y le clavó el acero en el cuerpo. Con la otra mano, le tapó la boca. Con los ojos muy abiertos, el anciano se desplomó, exhalando su último aliento. El sueco extrajo el cuchillo del pecho y miró a su alrededor. Revisó la cocina y el dormitorio en busca de intrusos no deseados para evitar más sorpresas.

Dimitrij y Madeline ya aseguraban el pasillo en ambas direcciones cuando Gunnar salió del apartamento. Frente a él, Jan le dio una palmada en el hombro y señaló a Madeline, que estaba contra la pared, apuntando con su Glock a la última puerta del pasillo. Gunnar corrió hacia ella y se apoyó en la pared. Miró hacia atrás y vio a Dimitrij entrar en el segundo apartamento mientras Jan vigilaba el apartamento en el rellano. Apenas audible, todos oyeron cómo el ruso disparaba su Beretta. Jan dio dos pasos adelante y apuntó hacia el apartamento, asegurándose de que Dimitrij no hubiera sido alcanzado y que el enemigo no irrumpiera en el pasillo. Pronto vio al ruso en el apartamento débilmente iluminado, que ya había asegurado la última habitación. Con pasos silenciosos, Dimitrij regresó al pasillo y levantó tres dedos antes de seguir a Jan hacia la siguiente puerta.

—Tres menos —susurró Gunnar a Madeline, que no mostró reacción.

Ella se concentraba en el último apartamento, donde estaban los niños. De vez en cuando, veía sombras largas deslizarse por el suelo y, en su tensión, casi disparó. Ninguno de sus compañeros sospechaba lo que pasaba por la mente de la joven. Imágenes del lavadero en Omsk y de los hombres que intentaron abusar de ella resurgían una y otra vez. Pero mientras ella escapó con miedo y algunos golpes, los niños estaban viviendo un infierno. Atribuía la inquietante calma al agotamiento de los secuestradores. Después de todo, acababan de tomar una pequeña ciudad, matando, violando o expulsando a sus habitantes. Personas que, como por milagro, habían sobrevivido el último año solo para perderlo todo ahora.

Dimitrij contó lentamente con los dedos desde tres. Entonces, Jan abriría la puerta. Dimitrij acababa de bajar el último dedo cuando un fuerte estruendo desde la planta baja los hizo congelarse. Por una fracción de segundo, los cuatro se miraron desconcertados, luego oyeron gritos. Alguien abrió de golpe la puerta frente a la que estaban Dimitrij y Jan. Los hombres retrocedieron sobresaltados. Jan disparó dos balas que se incrustaron en el pecho de una mujer, que fue arrojada hacia atrás dentro de la habitación.

—Ya no hay razón para ser sigilosos —dijo Gunnar, sacando su HK 45, pasando junto a Madeline y acercándose al último apartamento.

Madeline se quedó unos pasos detrás del sueco, mirando repetidamente hacia Dimitrij y Jan, que disparaban sin cesar mientras más personas salían del apartamento. Un piso más abajo, alguien gritaba a todo pulmón por el edificio. Solo Dimitrij entendió las palabras desesperadas que sonaban a puro pánico. Un segundo después, resonaron disparos. Los cuatro se agacharon y permanecieron en esa posición. Luego, los primeros gritos de muerte llegaron hasta ellos.

—No nos están disparando —gritó Gunnar.

—Niet —respondió Dimitrij, mirando los rostros de sus compañeros—. Los no muertos están en el edificio. Y están subiendo.

Huida hacia la perdición

Los no muertos se apretujaban por la puerta de entrada y se dispersaron rápidamente por la planta baja del edificio. Irrumpieron en los apartamentos abiertos, esperando encontrar alimento. Con ellos llegó el hedor agrio y pútrido, que se extendió por la casa tan rápido como las moscas. Muchos de los no muertos tomaron las escaleras hacia el primer piso, donde ya había personas en el pasillo, despertadas por la explosión. Creyéndose a salvo, no hicieron ningún intento de huir. Confusos, somnolientos y algunos en ropa interior, estaban en el pasillo y se dieron cuenta demasiado tarde de lo que subía hacia ellos. Cuando reconocieron a los caminantes en la luz parpadeante de las puertas abiertas, estalló el pánico puro. Las personas huyeron de vuelta a sus habitaciones, cerraron las puertas y empujaron armarios y cómodas contra las entradas. Algunos tomaron sus armas y dispararon contra los no muertos, alcanzando a su propia gente. Estos cayeron gritando al suelo, convirtiéndose en las primeras víctimas del asalto imparable. Ahora, los últimos también se atrincheraron en sus apartamentos, mientras el pasillo se llenaba aún más de no muertos. Tambaleándose y tropezando, pasaron junto a las personas que aún se retorcían y gritaban, siendo devoradas vivas. Rápidamente encontraron los escalones hacia el segundo piso, donde ya había hombres con rifles en el pasamanos, abriendo fuego. Las balas impactaron en los cuerpos inertes de los enemigos, algunas atravesándolos y alojándose en el siguiente no muerto. A pesar de numerosos disparos a la cabeza, esto no detuvo a los no muertos, que trepaban sobre los cadáveres en busca de nuevas víctimas en el piso superior. La inutilidad de su acción pronto quedó clara para los tiradores, que huyeron a sus apartamentos, mientras otros buscaban suerte en el siguiente piso.

***

En el último segundo, Gunnar notó al hombre en el marco de la puerta que apuntaba a Madeline con su revólver. Apretó el gatillo de la HK dos veces, acertándole en el pecho. El hombre cayó de rodillas y luego se desplomó hacia adelante.

—Mierda, qué susto me dio ese imbécil —dijo Gunnar, nervioso—. ¿Qué hacemos ahora?

Antes de que alguien pudiera responder, unos hombres subieron corriendo las escaleras. Dimitrij disparó al primero en la cabeza. La bala lo lanzó hacia atrás, chocando contra los demás y haciéndolos caer. Los gritos de muerte resonaron de nuevo por los pasillos, pues los no muertos seguían avanzando.

—Tenemos que salir de aquí —gritó Gunnar, ya en los primeros escalones hacia el tejado.

—No —gritó Madeline—. No dejaremos a los niños a merced de los no muertos —dijo, señalando hacia abajo, de donde venían los gritos de muerte.

De repente, Jan apuntó a Madeline y disparó. Por reflejo, la joven se agachó y lo miró horrorizada. Luego se giró y vio a una mujer mayor con un gran cuchillo de carnicero tirada en el suelo. Con un asentimiento, le dio las gracias, decidió no perder más tiempo y entró en el último apartamento del edificio. Dimitrij y Jan la siguieron, mirando preocupados hacia las escaleras, donde ya veían las primeras cabezas de los no muertos.

—No me importa lo que hagan —dijo Madeline a los hombres—. Pero no me iré sin los niños.

Dimitrij sonrió a su amiga.

—Gunnar —llamó Jan a su camarada, que ya estaba en la puerta del tejado—. Corre con Chucky y los chicos. Espéranos allí.

—¿Están locos? —respondió secamente—. No vale la pena.

—Haz lo que digo —gritó Jan desde las escaleras, mirando los primeros rostros grisáceos de los no muertos que se acercaban rápidamente.

—Es tu funeral —respondió Gunnar.

Mientras Madeline, Dimitrij y Jan se atrincheraban en el apartamento, el sueco arrastró el cadáver del hombre gordo que bloqueaba la puerta del tejado para cerrarla. Confundido, miró el pomo desgastado, que ni siquiera necesitaba ser accionado para abrir la puerta. Tras asegurarse de que no había llave, vio a las primeras figuras tambaleándose por las escaleras. Cerró la puerta y empujó el pesado cuerpo del hombre contra la salida para ganar algo de tiempo. Su mirada cayó sobre el rifle de francotirador de Madeline, que se colgó al hombro. Corrió al borde del tejado, donde las sábanas estaban atadas al otro edificio. Con cuidado, trepó por el pequeño muro donde estaba anclado el gancho. Gunnar se deslizó hacia el tejado opuesto. A los pocos segundos, oyó que los no muertos habían empujado la puerta, desplazado el cadáver y se acercaban. Con una rápida mirada, confirmó su suposición. Había recorrido un tercio del trayecto cuando la cuerda se hundió de repente. Los no muertos tropezaban con el borde y chocaban contra la cuerda antes de caer al vacío. Con cada impacto, el gancho se deslizaba un poco más hacia arriba. Era cuestión de segundos antes de que se soltara y Gunnar cayera. El sueco aceleró, deslizándose frenéticamente por las telas. Cuando había recorrido la mitad, otro no muerto tropezó con el borde, pero se enganchó con una pernera en el gancho, soltándolo finalmente de la pared. Un tirón recorrió el cuerpo de Gunnar, que solo pensaba en no soltar la cuerda bajo ninguna circunstancia. Mientras lo arrastraba hacia abajo, rezó para haber avanzado lo suficiente

como para no estrellarse contra la calle. Cuando la cuerda se tensó, se precipitó hacia la pared, esperando romper una ventana y sufrir menos daño. Su esperanza se estrelló contra la pared tan fuerte como su cuerpo. Sintió varias costillas romperse en el lado izquierdo, se quedó sin aire y luchó contra la oscuridad de un desmayo. Con los dientes apretados, se aferró a la cuerda y trató de orientarse. Tras unas respiraciones, Gunnar miró hacia abajo y vio que estaba a unos tres metros del suelo. Se deslizó el último tramo. Los no muertos seguían cayendo del tejado y chocando contra el asfalto. Para sorpresa de Gunnar, algunos se levantaban y se unían a los que continuaban asaltando el edificio. Así, su arriesgada maniobra pasó desapercibida, y se alejó sigilosamente, con la mano apretada contra las costillas. Lo atormentaba la pregunta de cómo los demás podrían escapar de ese infierno. Al menos, el rifle de Madeline había salido ileso, un consuelo mínimo frente al dolor. Cada paso se sentía como una puñalada. El sueco ya temía otro largo trayecto si los demás regresaban. Tras unos minutos, sin más encuentros con el enemigo, por lo que estaba muy agradecido, Gunnar llegó al punto de encuentro. Al acercarse a la entrada, vio un cuerpo destrozado frente a la puerta abierta. Con cada paso, reconoció de quién se trataba. Era Chucky.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —susurró Gunnar, acercándose al cadáver de Chucky con el arma en ristre.

Vio los Colts que Dimitrij le había dado y la escopeta de doble cañón que Chucky siempre llevaba. Tras recomponerse, echó un último vistazo al muerto a sus pies y entró en el oscuro pasillo. Por un momento, estuvo tentado de llamar a los chicos. Entonces oyó el familiar gemido de los no muertos y miró el arma en su mano antes de guardarla en la funda. Atraer más no muertos no estaba en el plan. Sacó el cuchillo de caza, se acercó al rellano y miró hacia arriba. Esra y Mark o habían huido o estaban escondidos en el edificio. Con cautela, Gunnar subió los primeros escalones. El dolor punzante en el costado se intensificó, pero intentó ignorarlo. Sus ojos se adaptaron rápidamente a la

oscuridad, y vio a un no muerto caminando lentamente por el pasillo del primer piso. Al llegar arriba, el último escalón crujió bajo sus pies, haciendo que el no muerto se girara. Con un gruñido, la figura desfigurada corrió hacia el sueco, que le clavó el cuchillo a través del ojo hasta el cráneo. Gunnar quiso sujetar el cuerpo, pero las costillas doloridas no se lo permitieron. El no muerto cayó ruidosamente por las escaleras. El sueco cerró los ojos por unos segundos y negó con la cabeza.

—Podría haber llamado a los chicos directamente —pensó, y al momento siguiente vio la sombra de otro no muerto, atraído por el ruido, tambaleándose por la puerta principal y subiendo las escaleras.

Gunnar corrió hacia él con el cuchillo en alto, cuando de repente algo se enrolló alrededor de su cuello y lo jaló hacia atrás. Desconcertado, de puntillas, oyó cómo una brida se apretaba cada vez más alrededor de una baranda del pasamanos. Jadeando por aire, incapaz de girarse, Gunnar vio al no muerto acercarse e intentó no entrar en pánico. Con una patada precisa al cráneo, envió a la figura podrida escaleras abajo. Esta quedó inmóvil unos segundos, pero se levantó sorprendentemente rápido y volvió a subir. Desesperado y debilitado, Gunnar intentó cortar la brida con el cuchillo, hiriéndose el cuello en el proceso. En un nuevo intento por liberarse, alguien agarró la mano que sostenía el cuchillo y la ató con otra brida a una baranda. Gunnar estaba indefenso, apenas podía respirar e intentaba desesperadamente alcanzar su arma con la mano libre. Llevaba la HK en la pierna derecha y no podía alcanzarla con la izquierda. Cada intento le robaba más fuerza, que se le escapaba lentamente. Gunnar pateó, intentando encontrar apoyo en el desgastado pasamanos, pero resbalaba. Debilitado y jadeando, apenas percibió al no muerto que lo alcanzó en ese momento.

***

Dimitrij y Jan habían asegurado la puerta y revisado todas las habitaciones cuando se unieron a Madeline. Sus ojos se toparon con una escena aterradora al entrar en la habitación con los niños atados. La mayoría estaban apenas vestidos, sucios y cubiertos de moretones, raspaduras y cortes. Estaban gravemente desnutridos y los miraban con ojos somnolientos.

—¿Qué clase de monstruos pueden hacer algo así? —preguntó Madeline mientras liberaba al primer niño, visiblemente aterrorizado, de sus ataduras.

—No son monstruos. Humanos —respondió Dimitrij, también desatando a los niños—. No necesitamos monstruos mientras existamos nosotros.

—¿Cómo pudieron los padres permitir esto? —insistió Madeline—. ¿Quién deja a su hijo atrás?

—Alguien con miedo —replicó Dimitrij, visiblemente abrumado por la situación.

—No hay escalera de incendios —se oyó la voz de Jan desde la sala de estar.

—Claro que no —respondió Dimitrij con sarcasmo—. Esto no es América.

Tras liberar al último niño, miró a Madeline con una expresión interrogante.

—¿Y ahora qué?

—Sinceramente, no pensé tan lejos. Solo quería saber que los niños estaban a salvo —respondió Madeline, acariciando el cabello de una niña para calmarla—. Diles que ya no tienen que temer a las personas malas y que los llevaremos a casa.

—Para no haber pensado tanto, tienes grandes planes —dijo el ruso—. ¿Y los muertos frente a la puerta? ¿Les digo a los niños que son Mickey y Donald pasando por un refrigerio? ¿O mejor aún…?

Madeline se levantó de un salto, agarró a Dimitrij por el cuello y lo empujó contra la pared.

—Para con esa mierda y ayúdame a sacar a los niños de aquí —siseó—. ¿O olvidaste lo que te hicieron a ti y a tus hermanos?

Las facciones rígidas de Dimitrij dieron paso a una expresión de tristeza. Miró a los niños. Sus ojos llenos de lágrimas le recordaron el dolor amargo y la pérdida que una vez sufrió. Pero también que simplemente se fue, dejando a sus hermanos a su suerte. Que sus padres adoptivos recibieran el castigo adecuado no cambiaba el hecho de que durante años pudieron cometer sus atrocidades. Por eso se odiaba. Pero Dimitrij, como cualquier otro humano, tenía que lidiar con las cartas que le tocaban, aunque doliera.

—Perdón —susurró a Madeline, quien lo soltó—. Busquemos una salida.

—Gente, vengan aquí —llamó Jan desde la cocina.

Madeline y Dimitrij corrieron hacia él y miraron una trampilla metálica abatible en la pared.

—¿Qué es eso? —preguntó Madeline.

—Un conducto de basura —respondió Dimitrij, empujando la trampilla hacia adentro y echando un vistazo. Rápidamente retiró la cabeza, sacudiéndose de asco—. Sí, definitivamente basura.

—Esto ya es bastante americano, ¿no? —bromeó Jan, recibiendo solo un dedo medio de Dimitrij, que ya se apresuraba a buscar a los niños.

Madeline lo siguió y se detuvo unos segundos en la puerta del apartamento, que cedía cada vez más bajo la presión de los no muertos.

—Tenemos que darnos prisa —gritó, oyendo poco después los gritos de las personas en los pisos inferiores, cuyas puertas ya no resistían la presión de los no muertos.

Dimitrij apuró a los niños, que pasaron junto a Madeline y corrieron a la cocina. Lentamente, Madeline se alejó de la puerta y entró en la cocina, donde el delgado ruso ya se metía en el conducto de basura.

—No tenemos más tiempo —le gritó.

—Lo sé —respondió Dimitrij, desapareciendo en el oscuro conducto.

El descenso fue vertical a lo largo de tres pisos hasta el sótano, donde Dimitrij aterrizó en un contenedor grande y desbordado. Mientras los sacos de basura se desparramaban por el borde, luchó contra las náuseas. La mezcla de olores fétidos que le invadían la nariz era demasiado. Tras asegurarse de que su cuerpo estaba intacto, la voz de Jan llegó desde arriba.

—¿Estás bien?

—Da —gimió—. Ahora los niños.

Antes de que el primer niño aterrizara en el contenedor, el ruso salió y se aseguró de que no hubiera peligro en el sótano. La puerta principal que llevaba a las salas del sótano estaba cerrada, y no había un solo no muerto en los húmedos y grises corredores. Sin embargo, escuchaba los gemidos de los

podridos justo al otro lado de la puerta. El primer niño aterrizó en el contenedor. Dimitrij ayudó a la niña a salir, lamentando no tener tiempo para bajar a los pequeños con cuerda. Una vez que todos los niños llegaron sanos y salvos, Madeline y, poco después, Jan los siguieron.

—Justo a tiempo —jadeó Jan tras salir del contenedor—. Los no muertos ya estaban por todo el apartamento cuando me deslicé.

—Hay una ventana pequeña. Podemos salir por ahí —dijo Dimitrij, ya subido en una vieja lavadora, abriendo una ventana de rejas de doble hoja.

—Esta vez voy primero —dijo Madeline, saltando junto a su amigo en la lavadora.

Con mucho esfuerzo, trepó por la pequeña ventana tras asegurarse de que no había peligro afuera. Miró al edificio de al lado y notó que estaba conectado por un muro alto con la casa de la que acababan de escapar. Estaba en un callejón sin salida, con solo un camino para salir.

—Genial —maldijo, mientras ayudaba al primer niño a salir por la ventana.

A cada niño, con un dedo en los labios, le indicaba que guardara silencio. De vez en cuando, veía no muertos tambaleándose por la oscura callejuela, siguiendo a la horda hacia el edificio. Cuando Dimitrij y Jan estuvieron arriba, también comprendieron que su situación solo había mejorado parcialmente. Dimitrij se arrastró hasta la esquina del edificio y arriesgó un vistazo hacia la entrada principal. La calle seguía llena de no muertos, cuyo único objetivo era el edificio ahora abarrotado. El ruso miró a la derecha y vio dos no muertos aún lejanos, pero también acercándose al edificio. Rápidamente, cruzó al otro lado del callejón, se agachó y se apoyó contra el muro. Solo entonces notó los cuerpos cayendo del tejado y estrellándose en la calle. Levantó la vista. Apenas distinguía las figuras deambulando en el tejado. Era cuestión de tiempo antes

de que los no muertos cayeran por todos los lados. Miró rápidamente hacia el oscuro callejón y llamó a los demás. Primero vio a Jan, seguido por los niños en fila india, y luego a Madeline, que cerraba la marcha. El plan de Dimitrij era dejar pasar a los dos no muertos, doblar la esquina y, con suerte, escapar sin ser vistos.

De repente, ruidos extraños surgieron del edificio abarrotado. El fuerte crujir y chirriar no pasó desapercibido para Madeline y Jan, que miraron confundidos hacia la estructura. Cada vez más grietas, de las que ya se desprendían escombros, se extendían en zigzag por la pared.

—¿Qué mierda está pasando aquí? —preguntó Jan tras alcanzar al ruso.

—La casa no soporta el peso de los no muertos —respondió Dimitrij, retrocediendo al instante siguiente.

El primer no muerto se estrelló junto a ellos. El estruendo de la estructura cediendo era inconfundible y hacía sudar a todos. Dimitrij descartó su plan y dobló la esquina, directo hacia los dos no muertos, a los que disparó entre los ojos. Jan no le quitó la vista de encima cuando el edificio ocupado por los no muertos se hundió de repente media planta y se inclinó hacia ellos. Horrorizado, Jan miró la fachada desmoronándose rápidamente, mientras, segundos después, decenas de cuerpos de no muertos caían frente a él.

—¡Corran! ¡Corran! ¡Corran! —gritó Dimitrij.

Madeline, sosteniendo a un niño en brazos, empujó a los demás fuera del callejón en pánico. Jan arrastraba a dos niños de la mano. Dimitrij corrió hacia ellos, tomó a otro niño en brazos y jaló a uno más de la mano.

—¡Dawei! ¡Dawei! —gritó el ruso, corriendo detrás de Jan y los niños.

Una rápida mirada por encima del hombro le mostró que Madeline también corría como loca. En ese momento, el edificio colapsó detrás de ella con un estruendo ensordecedor. Cascotes y cristales rotos caían frente, junto y detrás de los que huían, que encontraron refugio en la siguiente esquina, protegidos de los escombros voladores.

—No se detengan —gritó Dimitrij, adelantando a Jan y tomando la delantera.

Sabía que aún no estaban a salvo, habiendo presenciado varias demoliciones de edificios. A lo lejos, Dimitrij divisó una pequeña tienda con un gran escaparate cubierto de anuncios exageradamente cursis. Corrió hacia la puerta, soltó la mano del niño y sacó la Beretta. Disparó al cerrojo desde el cañón y entró corriendo. Rápidamente dejó al niño en el suelo y jaló al otro, que lo había seguido, dentro de la tienda. Cuando salió de nuevo, Jan ya corría hacia él con dos niños más. Dimitrij corrió hacia Madeline, que traía a cuatro niños detrás, y vio la enorme nube de polvo que avanzaba entre los edificios y sobre los tejados. El ruso tomó a dos de los niños, se los echó a los hombros y dio media vuelta. Vio a Jan recibiendo a Madeline mientras lo apuraba. Segundos después, el ruso irrumpió por la puerta de la tienda y, antes de dejar a los niños, gritó sin aliento:

—¡Cierren la puerta!

Jan no había cerrado del todo la puerta de cristal cuando la gigantesca nube oscura alcanzó la tienda. Al límite de sus fuerzas, todos miraron por el gran escaparate, donde el denso humo se apretaba contra el vidrio, moviéndose como un organismo vivo. Una oscuridad absoluta llenó el local. De vez en cuando, piedrecitas y suciedad golpeaban el cristal, arrastradas por la nube, lo que asustaba especialmente a los niños. Jan encendió una pequeña linterna que sacó del bolsillo de su chaleco. La luz calmó los ánimos agitados, mientras Dimitrij hacía lo suyo hablándoles a los niños. Madeline no entendía una

palabra, pero observaba al delgado ruso, que ponía una expresión amable y acariciaba la cabeza de algunos niños. Muchos de los pequeños brillaban con los ojos iluminados mientras Dimitrij, casi como un predicador, sostenía las manos frente a sí y daba un discurso.

—Esto es una tienda de ropa —oyó decir a Jan—. Aunque solo para adultos.

—Entonces ajustaremos la ropa —respondió Madeline, acercándose a Dimitrij—. ¿Qué les dijiste? —preguntó con curiosidad.

Dimitrij la miró, esbozó una sonrisa y respondió:

—Que serán héroes cuando lleguen a casa.

El corazón de Madeline dio un vuelco mientras contenía las lágrimas que las palabras de Dimitrij le provocaron. Su amigo, que siempre se esforzaba por no mostrar emociones y no reprimía ningún comentario fuera de lugar, tenía un lado sensible.

—Aunque nunca lo admitirías, tu corazón está lleno de bondad —le dijo a Dimitrij.

La mirada atenta del ruso dio paso a una expresión de aburrimiento. Su respuesta trajo a Madeline de vuelta a la realidad.

—Y mi intestino está lleno de mierda. Déjate de tonterías.

Pérdida y partida

Hardy estaba apartado, observando a Monty y su tripulación reunidos en la cubierta para rendir homenaje a sus camaradas caídos. Además de Noah, otros dos miembros de la tripulación habían muerto, ahora envueltos en sábanas blancas, listos para ser entregados al mar. El dolor por la pérdida, que Hardy podía sentir claramente, estaba escrito en el rostro de cada uno. El capitán dio un discurso conmovedor que Hardy no quiso escuchar. Había oído suficientes discursos fúnebres y detestaba ese ritual que solo generaba más incomodidad. Como si todo no fuera ya lo bastante trágico, una fuerza superior decidió cubrir el cielo con nubes oscuras y derramar lluvias torrenciales sobre los dolientes. La mirada de Hardy se desvió al mar abierto, que, a pesar del aguacero, permanecía tranquilo ante él. Inspiró profundamente el aire salado y pensó en su madre, que también habría despreciado este discurso fúnebre. Probablemente, él había heredado esa actitud de ella y lamentaba no haber cumplido su último deseo. Ella insistió en que, cuando llegara su hora, los que quedaran debían celebrar su vida: bailar, beber y reír de corazón. Cuando Josefine Mora murió, Hardy fue el único que, consumido por el dolor y llorando, estuvo junto a su tumba. No estaba para celebraciones ni risas, por lo que ahogó su frustración en alcohol.

—Al menos lo del beber lo hice bien —pensó Hardy, sonriendo ante ese error que casi lo llevó al abismo.

Volvió a centrarse en el entierro en el mar. Era la primera vez que presenciaba este ritual, que solo conocía por películas antiguas. Cuatro miembros de la tripulación tomaron la camilla donde yacía Noah y deslizaron lentamente su cuerpo por la borda hacia el mar. Repitieron el proceso con los otros hombres mientras el capitán se acercaba a Hardy. Una vez que el último cuerpo se hundió en las profundidades, Monty lo alcanzó, se quitó la gorra de capitán y, junto con su tripulación, guardó un minuto de silencio. Si hace unos minutos

Hardy solo había sentido el dolor de los hombres, ahora lo inundaba una tormenta de emociones que no podía explicar. Sentía cada corazón roto, la amargura, cada lágrima derramada y también los recuerdos de aquellos hombres que ya no estaban. Con igual intensidad percibía el desprecio y el odio hacia quienes les habían arrebatado a sus amigos. En la mente de Hardy se formó un torbellino emocional que conocía bien y que definía el ser humano.

—Ellos lo sienten —dijo la voz de Monty, trayéndolo de vuelta.

Confundido, Hardy miró a su alrededor. El minuto había pasado, y los hombres habían regresado abajo. Solo Monty y él, con la ropa empapada por la lluvia, permanecían en cubierta. El capitán lo miró.

—Cuando abandonamos nuestro hogar hace más de un año, nadie imaginaba lo que nos esperaba —comenzó Monty—. Desde entonces, he perdido a diecisiete hombres, incluido mi hijo. Pensé que con cada caído sería más fácil, pero no fue así y nunca lo será. El dolor me alcanza una y otra vez, atormentando lo poco que queda de mí. Solo desaparecerá cuando yo ya no esté. Tuve que envejecer para entender qué es lo que realmente importa en la vida: la familia. Honrarla, cuidarla y hacer todo lo que esté en mi poder para protegerla. Eso debería ser la prioridad absoluta. Todo lo demás es solo sal en el mar. Esos hombres de abajo son mi familia, mis hermanos, que sin saberlo se vieron envueltos en una guerra que no querían y que no entienden, como yo. Probablemente nunca regresen a casa ni abracen a sus familias de nuevo. Cada uno lo sabe, pero nadie lo dice. La esperanza los impulsa.

El capitán se quitó la gorra y levantó la cabeza. Las gruesas gotas golpeaban su rostro, y él las recibió con una sonrisa. Luego volvió a mirar a Hardy.

—Ayer fui testigo de algo que nunca creí posible. No me interesa por qué eres capaz de hacer esas cosas. Reconociste la injusticia y luchaste a nuestro lado. Eso te hace nuestro hermano y parte de esta familia. Sea lo que sea que te

motive y te haya traído aquí, sirve a una buena causa, no solo para ti, sino para otros, ¿verdad?

Una leve sonrisa de Hardy confirmó las palabras del capitán, que se puso la gorra de nuevo.

—No creo en el destino ni en la providencia divina ni en esas cosas. Pero quiero creer que todo este sufrimiento y los sacrificios no han sido en vano. Mañana llegaremos a la isla.

Tras estas palabras, Monty abandonó la cubierta, dejando a Hardy en un estado de reflexión, mirando hacia el mar.

***

Madeline, Dimitrij y Jan se habían envuelto en gruesos abrigos de piel, disfrutando del reconfortante calor. Una bolsa con más chaquetas para el resto del grupo estaba lista. Sonriendo, observaban a los niños, que con jerséis y pantalones recortados o enrollados ofrecían una imagen divertida. Menos divertido era el hecho de que nadie sabía qué hacer con los niños. Incluso con suficiente comida, las penurias del viaje serían tan grandes que las pérdidas serían inevitables. Una realidad que Madeline no podía aceptar. No habían enfrentado a los enemigos y a los no muertos para ahora abandonar a los niños a su suerte. El cansancio, el hambre y la sed los afectaban, dificultando pensar con claridad.

—Tenemos que encontrar comida y dormir —dijo Jan—. En estas condiciones, ni siquiera saldremos de esta maldita ciudad. ¿Por qué no hay un grifo en esta tienda?

Madeline ignoró la pregunta y se sentó junto a Dimitrij, que estaba en una mesa frente al gran escaparate, mirando hacia fuera. La nube de polvo se había

disipado en gran parte, y la visibilidad mejoraba. A pesar de la oscuridad, podían distinguir bien las calles y los edificios cercanos. En silencio, miraron hacia afuera mientras Madeline apoyaba la cabeza en el hombro de Dimitrij. El silencio ayudó a que sus párpados se cerraran lentamente. Bajo la protección vigilante de Dimitrij, se permitió unos minutos de descanso. Si alguna vez llegaban a su destino, dormiría una semana entera y añadiría otra más.

—Mierda —la voz de su amigo la despertó bruscamente.

Madeline se sentó recta en la mesa, observando con visión borrosa cómo Dimitrij, pegado al cristal, maldecía.

—Todos al suelo —susurró, mientras veía varias figuras acercándose lentamente a la tienda.

—¿No muertos? —susurró Madeline, sentándose débilmente en el suelo.

—Quizá —respondió el ruso.

—No puedo más —dijo Madeline, desesperada, escondiendo el rostro en las manos—. Esto tiene que acabar alguna vez.

Pasaron segundos de silencio en los que la joven habría cerrado los ojos de nuevo. Por primera vez, dudó de esta vida que exigía una lucha casi diaria. El propósito de su existencia no podía reducirse a violencia, huida, matar y buscar comida. Lentamente, la idea de dejar todo atrás y rendirse parecía una liberación a la que solo debía entregarse. Así, los dolores musculares y las torceduras que la atormentaban desde el accidente serían historia. Antes, se sumergía en un baño de agua caliente con aromas deliciosos para aliviar las tensiones del día. Música relajante y una copa de vino tinto completaban el ritual para dejar atrás la rutina. Soñaba con una vida sencilla, sin presiones, obligaciones ni tener que rendir cuentas a un jefe. La cabaña de Dimitrij y una

compañera igual de alegre eran su idea de la felicidad perfecta. Ahora, esos recuerdos y deseos parecían un sueño lejano, a punto de desvanecerse para siempre.

—Humanos —la voz de Dimitrij la sacó de su letargo—. Son mujeres.

Madeline se levantó de un salto y corrió al cristal. Varias mujeres, abrigadas, se acercaban con las manos en alto. Muchas tenían las manos juntas como en oración. Estaban desarmadas y vestidas de forma distinta a los intrusos. Mientras Dimitrij abría la puerta para aclarar la situación, Madeline y Jan, con las armas desenfundadas, se colocaron detrás de él, mirando a su alrededor. Una de las mujeres habló con Dimitrij, quien le pidió que se detuviera. Tras un breve intercambio, el ruso se giró hacia sus amigos.

—Son madres. Vienen por sus hijos.

Un peso enorme se levantó del corazón de Madeline, y llamó a los niños. Cuando los primeros reconocieron a sus madres y, en algunos casos, a sus padres, no hubo quien los detuviera. Corrieron fuera de la tienda. Las lágrimas de alegría abrumaron a los padres, que abrazaron a sus hijos y se inclinaron repetidamente ante Dimitrij. A pesar del tumulto, Dimitrij, Madeline y Jan permanecieron alerta. Pronto divisaron figuras tambaleantes que no habían quedado enterradas bajo los escombros y seguían buscando presas. Su número se había reducido considerablemente, lo que solo tranquilizaba parcialmente al grupo. La situación podía cambiar en cualquier momento. Tras intercambiar más palabras con la mujer, Dimitrij asintió y despidió con la mano a los niños, que, tomados de las manos de sus madres, desaparecieron en las oscuras calles.

—Realmente no abandonaron a sus hijos —dijo Madeline, avergonzada por haber dudado, aunque fuera por un segundo, del amor de los padres.

—Niet. No lo hicieron —susurró Dimitrij, igualmente aliviado—. A la vuelta de la esquina hay una tienda. Allí conseguiremos agua y comida. Lo dijeron las mujeres.

—Entonces pongámonos en marcha antes de que aparezcan más cabezas de trapo —intervino Jan, tomando la delantera.

Dimitrij agarró la bolsa con las chaquetas y siguió a Madeline. Juntos, los tres llegaron al centro comercial de la pequeña ciudad. Desde fuera, la tienda no parecía gran cosa, por lo que se prepararon para una cosecha escasa. Entraron con cautela por una de las puertas abiertas y se sorprendieron gratamente. Había abundantes alimentos y botellas de agua en los estantes. No solo conservas, sino también frutas y verduras en buen estado, lo que indicaba una buena cadena de suministro en esta pequeña ciudad.

—Esto empieza a darme mala espina —dijo Madeline, que ya había tomado una manzana y le dio un mordisco con gusto.

—Entonces aprovechemos la racha antes de que se acabe —intervino Jan, mientras Dimitrij asentía.

Poco después, el ruso empujó un carrito de compras por los pasillos, y Madeline arrojó en él todo lo que podían necesitar. Jan encontró un botiquín de primeros auxilios, desinfectante y gasas.

—¿Por qué hay tanta comida aquí? —preguntó Jan—. Hace más de un año que la gente pasa hambre, y aquí hay comida a montones. ¿Es una ciudad de preppers o qué?

—Incluso antes de que la agricultura fuera destruida y tomada por las corporaciones, cada vez más personas se mudaban al campo porque no querían comer la basura que les ofrecían —respondió Madeline—. Las

ciudades pequeñas, pueblos y comunidades siempre se autoabastecieron antes de que las obligaran a mudarse a ciudades inteligentes, claro, bajo estrictas regulaciones legales y por su salud, por supuesto. Nadie podía imaginar que todo se vendría abajo y que la pobreza, el hambre y las enfermedades se extenderían.

—Sarcasmo cruel —comentó Dimitrij, sorprendido por el conocimiento de Madeline sobre el verdadero colapso de la sociedad.

—No fue mi intención —se disculpó ella—. Solo me enojo por no haberlo visto venir. Era tan obvio. Para terminar la lección de historia: mucha gente se negó a abandonar sus hogares y se valieron por sí mismos, lo que funcionó de maravilla. Al menos hasta que aparecieron los no muertos. Esta ciudad resistió más que muchas otras, probablemente porque, lejos de todo, llevaban una vida sencilla, sin tecnología avanzada ni trastos inútiles.

—Hasta que llegaron los saqueadores. Entonces todo se fue al carajo —añadió Jan.

—Habla mucho de la sociedad —intervino Dimitrij—. Algo que funciona es destruido por idiotas. Siempre. Vámonos, los chicos deben estar hambrientos.

Madeline cubría a Dimitrij por delante y Jan por detrás mientras este empujaba el carrito por las calles. A una calle de su destino, Jan se detuvo de repente.

—Gente, alguien nos sigue.

Madeline y Dimitrij miraron en la misma dirección que Jan.

—¿Estás seguro? —preguntó Dimitrij, apoyándose junto a Madeline contra una pared—. Quizás sean no muertos.

—No, no era uno de esos apestosos, ni de lejos —respondió Jan—. Sus movimientos eran demasiado rápidos. Se escondió en esa esquina.

—¿Solo uno? ¿Estás seguro? Tal vez sea uno de los saqueadores —dijo Madeline, con la Glock en ristre—. ¿Sabe que lo viste?

—Definitivamente era solo uno. No sé si sabe que lo vi —respondió Jan, uniéndose a Madeline y Dimitrij—. Sigan caminando. Hagan como si no notaran nada. Yo me encargo.

Madeline y Dimitrij sabían que Jan no era novato y siguieron sus instrucciones. Continuaron lentamente mientras Jan se apostaba en un portal y esperaba. Pasaron los minutos. De vez en cuando, miraba el pasillo del edificio para no ser sorprendido por detrás, ni por vivos ni por muertos. Más minutos transcurrieron mientras escuchaba atentamente, tratando de captar pasos u otros sonidos. Volvió a mirar el pasillo vacío detrás de él. Al girarse, una figura oscura pasó rápidamente por la entrada sin notarlo. Jan retrocedió. Su corazón dio un vuelco. Se recompuso y corrió tras la figura, que cojeaba ligeramente. Al final del edificio, la figura se detuvo y miró cautelosamente la esquina por donde Madeline y Dimitrij habían desaparecido minutos antes. El extraño llevaba un abrigo de invierno grueso hasta las rodillas, con la capucha puesta. Silenciosamente, Jan continuó la persecución hasta estar a pocos pasos. La distancia era suficiente para neutralizar al extraño si no seguía sus órdenes.

—Manos arriba, imbécil —dijo Jan con voz firme.

Tras un segundo de sorpresa, el extraño obedeció.

—¿Jan, eres tú? —dijo de repente, girándose lentamente.

Confundido, Jan tensó el dedo en el gatillo de la HK. Entonces, el hombre se quitó la capucha, y Jan reconoció el rostro familiar del Vikingo. Aliviado, bajó el arma, se apoyó contra la pared y respiró profundamente.

—Mierda —dijo Jan—. Realmente pensé que estabas muerto.

—Igual yo con ustedes. Después de llegar a este pueblo, tuve que esperar una eternidad hasta que el polvo se asentara. ¿Qué pasó? ¿Demolieron la ciudad?

—Es una larga historia que te contaré en otra ocasión —respondió Jan, feliz de que su compañero hubiera encontrado el camino hacia ellos.

Le dio una palmada en el hombro y tomó la delantera. Minutos después, vieron a Dimitrij acercándose.

—Mira quién nos seguía. Nuestra racha de suerte no se acaba —dijo Jan, notando recién entonces la expresión mortalmente seria del ruso, que se detuvo abruptamente frente a ellos.

—Qué bueno que estás de vuelta —saludó Dimitrij al Vikingo brevemente—. Tenemos un problema —continuó, señalando a Madeline, que estaba arrodillada frente a un cadáver ante la puerta de la casa.

Con pasos rápidos, los hombres corrieron hacia ella y reconocieron que se trataba de Chucky.

—Adiós a la racha de suerte —comentó Jan, mirando por la puerta abierta al pasillo.

—¿Dónde está Gunnar? —preguntó el Vikingo, sin ocultar que la muerte de Chucky no le importaba mucho.

—Se supone que debería estar aquí —respondió Jan.

El espantoso espectáculo de su amigo había conmocionado tanto a Madeline que solo ahora podía pensar con claridad.

—Dios mío, los chicos —dijo, levantándose y a punto de irrumpir en el pasillo, cuando Dimitrij, que había colocado el cinturón con los Colts y la escopeta en el carrito, la interceptó en el último momento y la empujó contra la pared.

—Suéltame —gritó Madeline, luchando desesperadamente por liberarse.

—Shhh —susurró el ruso entre dientes—. Vas a atraer a los no muertos. Eso no nos ayuda.

La soltó, la tomó por el hombro y la miró seriamente a los ojos.

—No fue un accidente. No fueron los no muertos. Hay vidrios rotos por todas partes. Alguien empujó a Chucky por la ventana. Tal vez esa persona aún esté ahí dentro. Tal vez sean varias. No puedes ayudar a los chicos si estás muerta. Piensa.

Sus palabras surtieron efecto. Madeline se calmó con dificultad e intentó replantear su estrategia. Jan se le adelantó.

—Esto es pan comido, gente. Vamos juntos, piso por piso, habitación por habitación. Luego sabremos más. Yo voy primero.

—¿Dónde demonios está Gunnar? —insistió el Vikingo.

—No lo sabemos —respondió Jan, conteniendo las ganas de gritar—. No nos des la lata ahora, ayúdanos. Cuanto antes terminemos, antes sabremos dónde está Gunnar.

—Tal vez tomó a los chicos y se escondieron en otro lugar —sugirió Madeline como otra posibilidad.

—Tal vez. Tal vez no. Las suposiciones no nos llevan a ninguna parte. Vigila la puerta —respondió Dimitrij, siguiendo a Jan, que acababa de entrar en el edificio.

Con los brazos cruzados, la pistola en la mano derecha y la linterna en la izquierda, Jan avanzó por el oscuro pasillo. En el rellano, notó al no muerto con un agujero en el ojo izquierdo. Señaló al cadáver, lo que Dimitrij percibió y transmitió a Madeline y al Vikingo. El ruso, también con la Beretta en ristre, cubría la retaguardia de Jan, que entró en el primer apartamento para inspeccionar las habitaciones. Aún fuera del edificio, el Vikingo, con un gesto amistoso y una sonrisa, cedió el paso a Madeline.

—Un verdadero caballero —dijo ella con desprecio, empujando el carrito lleno por el oscuro pasillo.

Se aseguró de que no obstruyera el camino por si debían salir rápidamente. El Vikingo cerró la puerta tras de sí, examinó al no muerto en el rellano y miró hacia las escaleras. Sus ojos aún no se habían adaptado a la oscuridad, por lo que no veía nada. Sin embargo, escuchó sonidos de masticación y un lamento propio de los no muertos. Tras desenfundar su hacha, sacó una linterna del bolsillo de su chaleco. Al encenderla, un haz de luz brillante iluminó directamente a un no muerto en lo alto de las escaleras, arrancando las entrañas de un cuerpo sin vida. Voraz, extraía los intestinos y hundía sus dientes podridos en las vísceras ensangrentadas. La luz captó su atención, y primero miró confundido, luego con curiosidad, hacia abajo. El Vikingo vio un rostro seco, manchado de sangre, tan repugnante como podía ser. Giró la luz a la derecha y se sobresaltó. Reconoció la ropa del hombre colgado del pasamanos: era el mismo uniforme que el suyo. De repente, su corazón latió con fuerza. Algo en él se resistía a dirigir la linterna hacia el rostro del muerto. Finalmente lo hizo y vio los ojos de su amigo Gunnar, mirándolo fijamente. Alrededor de su cuello, una brida mantenía el cuerpo inerte sujeto al pasamanos. Al Vikingo

se le cortó la respiración, mientras la rabia pura se apoderaba de él. Furioso y con un grito, lanzó el hacha al cráneo del no muerto, que ya avanzaba hacia él. La fuerza del arma hizo retroceder la cabeza del no muerto. Lentamente, el cuerpo cayó hacia atrás, golpeó las escaleras y rodó hasta detenerse a los pies del Vikingo. Este subió corriendo, mientras Madeline, abajo, lo observaba.

—¿Por qué gritas como loco? —le espetó, percatándose al instante de la razón.

Dimitrij y Jan corrieron al pasillo y a las escaleras, donde Madeline estaba con la mano levantada. Los hombres miraron al Vikingo, que había alcanzado a su amigo e iluminaba su rostro con la linterna.

—Mierda —se le escapó a Jan, apartando a Madeline y subiendo rápidamente los crujientes escalones hacia el Vikingo.

—Alguien lo sorprendió y lo ató como animal —susurró el Vikingo, iluminando la mano atada de Gunnar.

La pistola del sueco aún estaba en la funda, al igual que el rifle M110 colgaba de su hombro, mientras el cuchillo yacía a sus pies.

—Como tenía la mano atada, Gunnar no pudo alcanzar el arma —continuó el Vikingo, sacando la HK de su amigo muerto—. Ni siquiera pudo defenderse, maldita sea.

—Vikingo —dijo Jan—. Quien haya sido, lo encontraremos y entonces…

Rápidamente, el Vikingo se giró, empujó a Jan contra la pared con el antebrazo y le apuntó la HK bajo el ojo. Espumando de rabia, no aceptaría la muerte de su amigo ni la dejaría pasar.

—¿Ah, sí? ¿Lo haremos? —gritó—. Primero, nuestra nave se estrella, apestando a sabotaje que me da náuseas. Luego, alejo a una horda de bastardos podridos mientras ustedes empiezan una pelea con idiotas con los que no tenemos nada que ver. Y ahora, algún imbécil mató a mi amigo, ¿y debo esperar que el universo me lo entregue en bandeja? ¿En serio? ¿Quién me dice que no fue uno de ustedes? Tal vez fue Chucky antes de que lo hicieran picadillo.

Su mirada se posó en Madeline y Dimitrij, que ya le apuntaban desde el inicio de su discurso.

—O nuestro amigo rojo y su amiga lesbiana.

Lentamente, el Vikingo soltó a Jan, pero mantuvo la pistola en su rostro.

—O tal vez los chicos están detrás.

—Basta —interrumpió Madeline, furiosa—. Ninguno de nosotros lo hizo. Tipos despreciables tomaron la ciudad y retuvieron a los niños. El escenario más probable se te escapó, claro: que los saqueadores sean responsables de todo esto.

—Tal vez —respondió el Vikingo, bajando el arma y mirando a Madeline con furia—. Sea quien sea, pagará por esto, maldita sea.

Los dedos en los gatillos se relajaron, mientras el Vikingo insertó el cargador lleno de la pistola de Gunnar en su propia HK. La última bala de su cargador la guardó en el bolsillo, bajó las escaleras y extrajo su hacha del no muerto. Con dificultad, subió de nuevo. Con un golpe preciso, liberó primero la mano y luego el cuello de su amigo muerto. Sostuvo el pesado cuerpo del sueco, lo cargó sobre el hombro, lo bajó por las escaleras y lo depositó con cuidado en el pasillo. Luego tomó el M110 y se lo entregó a Madeline.

—Lo enterraré después —susurró el Vikingo.

—Da. Junto con Chucky. También perdimos a un buen amigo —dijo Dimitrij.

—Lo haremos. Pero ahora busquemos a los chicos —dijo Madeline, cada vez más preocupada por Esra y Mark.

Los cuerpos de Chucky y Gunnar no habían fortalecido su esperanza de encontrar a los chicos ilesos. Con cada apartamento y cada piso que revisaban, el miedo de hallarlos en un estado similar la abrumaba. Que el Vikingo avanzara como un toro enfurecido, frenado repetidamente por Jan, era una tensión adicional para los demás. Madeline incluso consideró neutralizar al Vikingo, ya que su actitud imprudente los ponía en peligro. Al mismo tiempo, intentaba darle sentido a los eventos, siguiendo el principio de eliminación lógica. Este método había dado éxito a Sherlock Holmes y otros perfiladores. Pero por más que lo analizaba, no tenía sentido. De entrada, descartó a los chicos. Esra era uno de ellos y había demostrado su lealtad. Mark, el último remanente del grupo de Zack, era demasiado pequeño y temeroso para hacer daño a alguien. Su esperanza recaía en Dimitrij, que la había impresionado como rastreador y por su enfoque racional. Sin que el Vikingo ni Jan lo notaran, el ruso lanzaba miradas regulares y un leve movimiento de cabeza a su amiga tras revisar el segundo piso. Al llegar al tercer y último piso, Dimitrij corrió a la ventana rota por la que empujaron a Chucky. Madeline lo siguió, mientras Jan y el Vikingo aseguraban los apartamentos.

—¿Qué encontraste? —preguntó Madeline al ruso, que miraba pensativo la calle.

—Sin rastros de lucha. Alguien empujó a Chucky por la ventana. Luego esperó. Gunnar volvió solo. Buena oportunidad para matarlo también. Casualidad que fuera él. Podrías haber sido tú o yo.

—¿Pero por qué? ¿Qué gana el asesino? Ni siquiera tomó las armas —insistió Madeline, recibiendo solo un encogimiento de hombros.

—Tal vez no deberíamos descartar la idea del Vikingo —dijo el ruso, frunciendo el ceño.

—¿Cuál exactamente? —preguntó Madeline, intuyendo ya a qué se refería su amigo.

—¿Quién sabía dónde estábamos? Recuerda la explosión en el edificio. Alguien voló la puerta y dejó entrar a los no muertos. No hay granadas ni dinamita por ningún lado. Solo conozco a una persona que usa explosivos…

—Para —interrumpió Madeline, levantando la mano—. Si estás sugiriendo que Esra es responsable de todo esto, te recomiendo un terapeuta.

—Todo encaja. Chucky está muerto. Tú, Jan, Gunnar y yo estábamos fuera. El Vikingo no sabía del escondite. Y nunca habría matado a Gunnar.

Madeline bajó la mirada, sacudiendo la cabeza, y maldijo la teoría del ruso, que, por desgracia, encajaba demasiado bien. Para descubrir la verdad, solo había un camino.

—Tenemos que encontrar a los chicos.

—Da —respondió el ruso—. Pero primero necesitamos un nuevo escondite. Es malo que el enemigo sepa dónde estás.

La isla

Hardy subió de inmediato cuando William le informó que la isla estaba a la vista. El sol ardía implacable sobre el carguero, en cuya cubierta se habían reunido los hombres y también Monty. Miraban hacia la isla, que no debería existir y que hasta ahora se consideraba un mito. Aunque Hardy había imaginado un lugar oscuro, azotado por aguas turbulentas y vientos salvajes en medio de la nada, quedó muy sorprendido. Aguas turquesas lamían rítmicamente un largo playa de arena blanca, que habría dejado sin palabras a cualquier turista. Detrás de la playa crecían innumerables palmeras altas y otras plantas en diversos tonos de verde, formando el corazón de la isla. Cientos de aves de diferentes tamaños, colores y formas volaban sobre las copas de los árboles, emitiendo sonidos inconfundibles. A lo lejos, divisaron una montaña de la que caían varias cascadas, como un guardián gigante que dominaba la belleza de esta naturaleza casi intacta. Solo una gran antena parabólica, situada en medio del verde y aparentemente idílico paisaje, empañaba la imagen de un paraíso perfecto. Además, nadie sabía qué peligros acechaban en la densa selva. Hardy recordó el diario de Bartosz, en el que el anciano describía el origen de la pandemia. Todo comenzó en esta isla, con Musui, el hombre que fue mordido allí y llevó la plaga al continente a través del mar. Y la mentira de que la isla había sido arrasada para evitar más daño a la humanidad. Las mentiras fueron el indicador clave del inevitable colapso. Monty se acercó a Hardy y miró largamente hacia la isla.

—El bote inflable ya está en el agua —dijo el capitán de barba blanca—. William está llenando el motor, luego podremos partir.

—¿N… Nosotros? —preguntó Hardy.

—William y yo te acompañaremos a la isla. No sé qué pasará después. ¿Deberíamos esperarte o…?

—No —interrumpió Hardy—. H… Huyan lo más rápido que puedan. No miren atrás. Ol… Olvídense de mí.

Monty asintió con solemnidad y volvió a mirar la isla.

—¿Y si algo sale mal? —insistió el anciano.

Hardy rio y dio una palmada amistosa en el hombro del capitán.

—Y… Ya todo salió mal.

Poco después, Hardy, William y Monty estaban en el bote inflable negro, rumbo a la isla. Monty pilotaba mientras Hardy miraba hacia atrás, observando a la tripulación alineada en la cubierta, saludando militarmente. El gesto conmovió a Hardy, que lamentó tener que dar la espalda al carguero y a sus nuevos amigos. Estaba allí para descubrir la verdad y, probablemente, para cumplir una misión.

—Mierda —gritó William, señalando la playa, aún a cien metros.

Varias figuras emergieron de la espesa vegetación, cruzaron la fina arena y se dirigieron al agua. El ruido del motor las había alertado y atraído. Ni Monty ni William estaban ansiosos por enfrentarse a los no muertos, que parecían nativos de una tribu. Aun así, el capitán sacó su pistola y apuntó a uno de ellos. Antes de que pudiera disparar, Hardy bajó suavemente el arma, sonrió a Monty y negó con la cabeza.

—No… No es necesario. Acérquenme lo más que puedan. Y… Yo nadaré el resto.

—Pero estás desarmado —dijo Monty, mientras más no muertos se reunían en la orilla—. Te despedazarán.

—N… No, no lo harán —respondió Hardy, extendiendo la mano a William.

El hombre de cabello negro, cuyo rostro marcado ahora lucía una barba de tres días, la tomó y sonrió.

—La próxima vez te patearé el trasero, amigo —dijo William, apretando la mano con fuerza.

—S… Sí, seguro que lo harás —respondió Hardy, apretando también la mano de su amigo.

Luego se giró hacia Monty, que ya tenía la mano extendida.

—G… Gracias. Por todo —dijo Hardy, tomando la mano del capitán.

—Nosotros somos los agradecidos —respondió Monty, a quien claramente le costaba dejar a Hardy a su suerte.

Hubiera preferido arrasar la isla y hacer de Hardy un miembro de su tripulación. Pero el anciano, con expresión triste, sabía que no sería así. William ya navegaba paralelo a la playa cuando Hardy se levantó, a punto de saltar al agua. La voz del capitán lo detuvo.

—Y recuerda tu promesa, Hardy.

Una última vez, se giró hacia Monty y asintió al hombre de mirada preocupada.

—L… Los haré rendir cuentas. Lo prometo.

Tras estas palabras, Hardy se zambulló de cabeza en el agua y nadó solo unos metros antes de sentir el suelo bajo sus pies. Lentamente, avanzó por el agua y pronto estuvo frente al primer no muerto, que lo ignoró y miró hacia el bote.

Hardy caminó por la playa mientras más no muertos salían de los arbustos y pasaban junto a él. Monty y William no daban crédito a sus ojos; parecía un milagro. Hardy hizo un gesto con la mano para que regresaran al carguero, cuando una voz lo hizo girarse.

—Entonces es verdad —dijo un hombre rubio y alto, idéntico a Castor, que corría hacia él.

La diferencia era que ninguna cicatriz desfiguraba su rostro. Hardy adoptó una postura de combate mientras el hombre se acercaba. A unos metros, se detuvo y le sonrió amistosamente.

—Como dice el refrán: hay que verlo para creerlo —continuó el gigante rubio, mirando el bote que se alejaba—. Usted ya es una leyenda en esta isla, Hardy. ¿Sabe cómo lo llaman aquí? El que habla con los muertos.

—Y… Yo no hablo con ellos.

—Aún no —respondió el hombre con convicción.

Hardy no estaba seguro de si era un humano o, nuevamente, una máquina la que le hablaba. Que pudiera moverse libremente entre los no muertos sugería lo segundo.

—Disculpe mi descortesía —continuó—. Olvidé presentarme.

—D… Déjame adivinar —lo interrumpió Hardy—. P… Pegaso.

El gigante rio, dejando claro con su respuesta lo que realmente era.

—La afinidad de mi creador por personajes históricos, dioses, mitos y leyendas es innegable. En mi caso, optó por Apophis, el dios egipcio de la oscuridad, el ataque y la destrucción.

La tensión de Hardy creció mientras Apophis cruzaba los brazos detrás de la espalda y seguía mirando el bote inflable, que ya había alcanzado el carguero.

—Puede relajarse, Hardy. No lo trajimos para hacerle daño. A diferencia de otros sujetos, usted es un bien valioso que debe protegerse.

Apenas terminó de hablar, algo rápido pasó zumbando sobre sus cabezas. Hardy aguzó la vista y reconoció un misil, dejando tras de sí una fina nube de humo blanco, directo hacia el carguero. Un segundo después, el proyectil impactó en el lateral del barco y detonó. Una explosión colosal despedazó el carguero en pedazos. En los ojos abiertos de par en par de Hardy se reflejó la bola de fuego que ascendió y se transformó en una nube oscura, arrastrada por el viento. Los escombros ardientes cayeron del cielo al mar, donde se extinguieron.

—¡Nooo! —gritó Hardy, cayendo de rodillas, incapaz de aceptar que sus amigos acababan de ser víctimas de un ataque traicionero.

El latido de su corazón resonaba claramente en sus oídos mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Se inclinó hacia adelante, apoyándose con las manos, antes de presionar la frente contra la arena cálida. La sangre corría cada vez más rápido por su cuerpo, elevando la adrenalina hasta que Hardy sintió que iba a explotar. De repente, su torso se alzó. Extendió los brazos y gritó de nuevo. El grito humano se transformó en un rugido ensordecedor que alertó a los no muertos. Jadeando, miró a Apophis con ojos amarillo-naranja brillantes, llenos de odio. Mechones oscuros se habían soltado de su coleta cuidadosamente atada y colgaban frente a su rostro grisáceo, distorsionado por la sed de venganza. Impasible, Apophis observaba con una amplia sonrisa cómo Hardy se levantaba de su posición arrodillada y se acercaba amenazante, en cuclillas. Rápido y sin previo aviso, Hardy saltó hacia Apophis, dispuesto a romperle los huesos metálicos, arrancarle los circuitos y borrar su arrogante

sonrisa. Pero ocurrió algo extraño. Hardy pasó directamente a través del cuerpo de Apophis, como si fuera un holograma. Tras rodar por el suelo, convencido de haber fallado, saltó de nuevo hacia él. El resultado fue el mismo: atravesó su cuerpo, esta vez sintiendo como si deslizara por un líquido. No poder agarrar y despedazar a su adversario enfureció aún más a Hardy. Intentó un nuevo ataque, pero esta vez se detuvo frente al gigante e intentó golpearlo con las garras. Cada golpe atravesaba el cuerpo de Apophis como un cuchillo caliente a través de la mantequilla, y él se reformaba una y otra vez. A pesar de su furia descomunal, Hardy sabía que su acción era inútil. Se detuvo, se alejó unos pasos y lo miró con furia.

—¿Ya te rindes? —preguntó la máquina, inmóvil, con los brazos aún cruzados detrás de la espalda.

—¿T… T-1000? —dijo Hardy con voz grave, provocando otra risa.

—Ah, el cinéfilo sigue ahí. No estás tan equivocado. Si Castor y Pollux eran el T-800, yo soy el prototipo avanzado. Pero no estoy hecho de metal líquido, sino de micropartículas sintéticas que interactúan mediante magnetismo.

La expresión de odio de Hardy dio paso a una de curiosidad.

—Nanotecnología —continuó Apophis—. Investigada, patentada y desarrollada hace décadas. Pero solo cuando una inteligencia artificial se asignó al proyecto se lograron los resultados deseados. La complejidad de las estructuras es difícil de comprender para la mente humana, así que las unidades de cálculo tomaron el control, con una velocidad y capacidad de combinación que superaban todo lo imaginable. Solo faltaba algo que no existe en la tabla periódica. Algo que buscamos durante mucho tiempo.

Un ruido hizo que Hardy se girara. Rápidamente, adoptó una posición lista para saltar, apoyándose con las manos en la arena cálida. Detrás de él, entre

altos árboles, dos grandes puertas de acero se deslizaron hacia muros de roca, revelando un pasillo iluminado.

—Ya lo esperan —dijo Apophis—. Continuaremos nuestra charla más tarde. Tal vez para entonces sepa más.

Tras recuperar la postura erguida, Hardy miró al mar. A lo lejos, vio los restos del naufragio en llamas hundiéndose, donde minutos antes una tripulación leal servía a un capitán sabio. Con el corazón apesadumbrado y los puños aún cerrados, se giró y siguió a Apophis hacia la entrada de la cueva. Aunque le costaba reprimir su odio y no masacrar a todo el que se cruzara en su camino, sabía que aún no era el momento. Pero el día de la venganza llegaría. Antes de imaginar cómo sería ese castigo, llegó con Apophis a una segunda puerta que se abrió a ambos lados. Entraron en una gran cueva bien iluminada, con tuberías fijadas a las paredes de piedra. Un grueso cable eléctrico alimentaba computadoras, monitores y aparatos de aspecto extraño. Los equipos se distribuían en dos niveles conectados por una escalera. En la plataforma superior, personas con batas blancas caminaban por un suelo de rejilla metálica. Algunas, incluidas mujeres, se giraron, observaron al recién llegado con miradas extrañas y volvieron a sus tareas sin inmutarse. Hardy se detuvo para examinarlos. Sus movimientos eran rígidos, como los de un robot aprendiendo a caminar.

—Autistas —dijo Apophis, que se había detenido y notó la mirada escéptica de Hardy—. Cuando dije que la mente humana no puede comprender ciertas estructuras y complejidades, solo dije media verdad.

Lentamente, Apophis se acercó a Hardy, que lo miró brevemente antes de volver a fijarse en las extrañas personas. Nunca había conocido a un autista, pero sabía de sus habilidades, aunque con limitaciones en otras áreas. Al

menos, creía haberlo aprendido de *Rain Man*. Apophis señaló con un gesto rápido a los hombres y mujeres en batas.

—Trastorno del desarrollo neurológico. En el pasado, fueron marginados, rechazados y considerados incapaces de valerse por sí mismos. Sin embargo, poseen un cerebro extraordinario. Durante mucho tiempo se los vio como el siguiente paso en la evolución, y lo son.

Hardy miró al gigante con escepticismo, y este le devolvió una mirada sin emoción.

—Por supuesto, a oídos de un lego suena a disparate. Y ese era el plan. Las habilidades sobresalientes de estas personas fueron ocultadas durante generaciones. Su existencia se consideraba, en el mejor de los casos, una carga, no un milagro. Una carga insoportable para la sociedad. Así que cayeron en manos de quienes aprovecharon sus habilidades y avanzaron la investigación.

Apophis chasqueó los dedos y señaló a Hardy que lo siguiera. Bajaron por un camino ancho y descendente hacia una gran jaula de vidrio con orificios de ventilación, que Hardy reconoció de los relatos de Bartosz. Con un nudo en el estómago, ya intuía lo que le esperaba. Sin notarlo, Apophis continuó.

—Por supuesto, esta historia también tiene su lado oscuro. Contrario a lo que se afirmó durante mucho tiempo, el autismo no está previsto en la naturaleza, ni en humanos ni en animales. Mediante la prueba científica de exclusión, respaldada por estudios, solo hay una explicación lógica para este fenómeno.

Apophis levantó una mano y movió el pulgar lentamente entre el índice y el dedo medio separados, como si accionara una jeringa.

—Una vez más, los humanos manipularon la evolución para su beneficio. Al menos, esa es la teoría que sostienen.

Apophis tocó la larga superficie de vidrio de la jaula.

—Llegamos a la parte incómoda de este recorrido. Debe entrar ahí. Si es posible, sin resistirse.

Tras asentir, Hardy fue guiado por el hombre rubio hacia una puerta robusta incrustada entre muros de piedra maciza. Tras pasar por ella, cruzaron una segunda puerta que llevaba al interior de la jaula de vidrio. Hardy ya había visto la entrada desde fuera y se maravilló con las puertas de acero, que ni un monstruo verde y musculoso podría derribar. Inspeccionó su prisión al entrar: una mesa pequeña, una silla y un sofá debían hacer su estancia más cómoda.

—Por favor, entrégueme el contenido de sus bolsillos —pidió Apophis.

Hardy le entregó el USB y el papel donde había anotado sus preguntas.

—¿T… Tiene O'Neill miedo de mí?

—Todos sabemos de lo que es capaz, Hardy —respondió Apophis, fijando los ojos en el papel—. Las escaladas innecesarias no le interesan a O'Neill y solo retrasarían el verdadero motivo de su presencia aquí.

Apophis dobló el papel y se dirigió a la puerta.

—Tengo una pregunta más. ¿Por qué odia a los Estados Unidos?

Hardy miró al gigante. Durante mucho tiempo, no tuvo buena opinión del Occidente, pero eso fue en otra vida, cuando buscaba un culpable para los problemas del mundo. Ahora sabía que las demás naciones no eran mejores.

—N… No a las personas. L… La política. C… Como cualquier otra.

Tras una ligera reverencia, Apophis desapareció, cerrando con llave la primera puerta de acero y luego la segunda. Hardy se quedó frente al cristal de su prisión, viendo a Apophis alejarse y observando a las personas en batas blancas que continuaban su trabajo sin inmutarse. Se preparó para una espera larga y aburrida cuando, de repente, las luces principales de la cueva se apagaron, dejando solo una tenue iluminación básica que alumbraba el lugar. Solo entonces notó cuánto le había dolido a los ojos la luz intensa. Luego escuchó pasos acercándose por el amplio camino. Rápidamente divisó una figura desgarbada, también con bata de médico, que avanzaba con calma hacia la jaula. El doctor, al parecer, disfrutaba de entradas espectaculares. En la penumbra, parecía más misterioso de lo que habría sido a plena luz. Su rostro se hacía cada vez más claro, y Hardy notó el parecido con Jack Nicholson. La descripción de Bartosz no dejaba duda: era el doctor O'Neill. Al llegar a la jaula, se acercó al grueso cristal y examinó a Hardy de pies a cabeza.

—Bienvenido a mi isla, Hardy. Soy el doctor O'Neill.

Preguntas inquietantes

O'Neill se sentó en una silla plegable, desdobló el papel y miró a Hardy, que permanecía inmóvil en su prisión de plástico, observándolo en silencio. Los ojos de O'Neill volvieron al papel, y leyó con calma las preguntas que Hardy había listado. Observó cómo el doctor se levantaba, caminaba lentamente de un lado a otro frente a la jaula y se masajeaba la sien.

—Bien —comenzó O'Neill—. He notado la estructura de sus preguntas. Permítame responderlas en orden inverso. Eso lo hace un poco más dramático.

Hizo una pausa, se colocó frente a Hardy y lo miró a los ojos.

—Hay algo que debe entender, Hardy. Nada es lo que parece. Del mismo modo, todo está conectado. Detrás de todo el caos y la absurdidad impuestos a la humanidad, hay un plan. Más precisamente, una cadena causal que culmina en las Criaturas Económicas. Por supuesto, este hecho nunca se mencionará. Además, quiero distanciarme de su tercera pregunta. Claro que tengo parte de la culpa y algún día rendiré cuentas ante una instancia superior. Pero no tengo nada en común con esas personas. Ni comparto sus ideologías ni persigo objetivos similares. Solo soy un hombre ambicioso que ansía respuestas. Como los científicos de las viejas películas de terror que usted y su padre tanto admiraban.

Con estas palabras, O'Neill se apartó de la jaula y comenzó a caminar de nuevo, cruzando los brazos detrás de la espalda. Hardy se puso en alerta. Este hombre conocía a su padre.

—También comparto la pasión por las buenas películas. Son la mejor prueba de la creatividad humana. Las ideas, la fantasía, la interacción compleja de imágenes, música y efectos siempre me han inspirado. Hablamos, claro, de producciones de calidad con profundidad, no de ese horrible cine comercial.

Es una lástima que pronto perderá el habla. Me habría encantado filosofar con usted sobre alguna película.

Hardy le mostró el dedo medio.

—Bien, me considero uno de esos científicos destinados a llevar a la humanidad, o más bien al mundo, al siguiente nivel de la evolución.

Hardy rio. El doctor se detuvo y lo miró con curiosidad.

—¿Lo duda?

Hardy señaló a O'Neill.

—D… Doctor Mu… Mureau —balbuceó.

Ese molesto "bien" con el que O'Neill iniciaba sus frases lo irritaba más que las comillas imaginarias. Sonriendo, el doctor continuó su paseo.

—Doctor Frankenstein sería más apropiado. Después de todo, he resucitado a los muertos. Pero no nos enredemos en detalles. Para responder a su tercera pregunta, por qué le hicieron esto al mundo… —dijo O'Neill, dibujando comillas en el aire, que Hardy aceptó sacudiendo la cabeza—. ¿Qué cree que desea alguien que lo tiene todo? Miles de millones en el banco, mansiones lujosas, autos, islas y la capacidad de hacer lo que quiera. Eso incluye rituales aberrantes en los que no entraré en detalle. Incluso los gobiernos y las leyes son una broma para ellos. Hay más de estas personas de las que imagina. Entonces, ¿qué anhela alguien a quien nada puede tocar?

O'Neill detuvo su caminar y miró a Hardy. Este lo observó largamente a los ojos, viendo la locura que Bartosz había descrito.

—Inmortalidad. Quieren disfrutar de su riqueza, su poder y sus inclinaciones sádicas para siempre. No tienen intención de dejar que otros jueguen en su arenero. Y que Dios ayude a la pobre criatura que intente robarles sus moldes. Aquí entramos yo y otras personas. Pusimos en práctica todas las teorías conocidas sobre la inmortalidad. Los recursos financieros eran ilimitados. Congelar cuerpos y cargar la mente humana en computadoras fueron los primeros enfoques. Podemos almacenar los recuerdos de toda una vida en un litro de agua y recuperarlos a voluntad. La regeneración celular continua la obtuvimos del ADN de una medusa. Con la genética interespecies, podemos regenerar partes del cuerpo e incluso cultivar órganos para trasplantes. La simbiosis entre vida orgánica y tecnología moderna existe desde hace décadas. Ni hablar del clonamiento. El paso al transhumanismo era, para algunos, inevitable. ¿Por qué cree que las tasas de natalidad disminuyeron? Porque ese era su verdadero objetivo, ejecutado ante sus ojos. Una esterilización global para controlar la supuesta sobrepoblación. Y a pesar de nuestro progreso y los recursos disponibles, muchos de los poderosos se aferran a sus ideas conservadoras.

Hardy volvió a señalar a O'Neill.

—¿U… Usted? ¿In… Inmortal?

Lentamente, O'Neill se acercó hasta casi tocar el cristal. Con un gesto, lo invitó a acercarse y susurró por uno de los orificios.

—Le contaré un secreto. No hay inmortalidad para la vida basada en carbono. Solo se puede retrasar lo inevitable.

O'Neill dio un paso atrás y guiñó un ojo a Hardy.

—Sin embargo, la perspectiva de vivir cien, doscientos o trescientos años es muy tentadora, ¿no?

Volvió a cruzar los brazos detrás de la espalda y reanudó su caminar.

—Se preguntará por qué le cuento esto, ¿verdad? Después de todo, no es la respuesta a su pregunta, que debo reformular. No se lo hicieron al mundo, sino a la creación. El mundo no ha cambiado. Y la razón por la que se lo hicieron de nuevo fue… porque podían.

—¿D… De nuevo? —preguntó Hardy, recordando algo que Lydia dijo durante la cena:

"¿De verdad creen que es la primera vez que hacemos esto? ¿Por qué creen que las riquezas del mundo están en manos de tan pocos? ¿Por qué los libros de historia siempre los escriben los vencedores? Para nosotros, el mundo es solo una computadora gigante en la que podemos presionar el botón de reinicio cuando queramos. Y con cada reinicio, sabemos más sobre ustedes y su comportamiento. Aprendemos de nuestros errores."

—Sí, de nuevo —la voz de O'Neill lo sacó de sus pensamientos—. Con la diferencia de que esta vez será definitivo. No pueden imaginar lo difícil que es comprender el comportamiento humano y canalizarlo en ciertas direcciones. Los humanos no siguen algoritmos ni una lógica impecable, lo que los hace impredecibles y peligrosos. Así que tuvieron que manipularlos y condicionarlos desde el nacimiento para que el juego siguiera a su favor. La pregunta correcta sería: ¿por qué dejaron que les hicieran esto? Fueron creados a imagen y semejanza de Dios.

Hardy puso los ojos en blanco. El aspecto espiritual era lo que le faltaba. De inmediato, le vinieron a la mente los predicadores de las películas, que ponían a prueba su paciencia con sus discursos. Solo Harvey Keitel había ganado puntos para esa banda de hipócritas, y apenas durante 90 minutos. Hardy esperaba que O'Neill saliera con algo simple como "en el infierno no hay más

espacio". Eso habría sido algo con lo que podría haberse reconciliado. O'Neill notó su distracción y continuó solo cuando los ojos de Hardy volvieron a él.

—Siempre se someten a estructuras impuestas cuya verdadera. No solo les quitaron la razón, sino también su derecho innato a la libertad. Los hicieron insensibles a la vida. Fueron extras en el mayor programa de alteración de la conciencia de la historia. MK Ultra, reemplazado luego por el Proyecto Monarch, funcionó perfectamente. Por cierto, el Proyecto Monarch no tiene nada que ver con la nobleza, sino que lleva el nombre de la hermosa mariposa. Solo uno de muchos símbolos con significados más profundos de lo que parece a primera vista. Lo de arriba se volvió abajo, lo negro se hizo blanco, y la guerra se convirtió en una lucha interminable por la paz. Objetivos loables, claro. Cuando se volvió insoportable y no quedó lugar donde esconderse, esperaron a un salvador que nunca tuvo intención de aparecer. Abandonaron su conciencia colectiva, el don de sanarse a sí mismos y a otros. Y luego hicieron algo imperdonable: les entregaron a los niños. Su prestigio social era más importante que protegerlos. Olvidaron quiénes eran en realidad. No se defendieron. Por eso llegó tan lejos.

Tras estas palabras, O'Neill se giró y comenzó a alejarse lentamente, dándole al prisionero la oportunidad de reflexionar. Tras unos pasos, se detuvo y miró al suelo. Luego, giró la cabeza hacia Hardy por encima del hombro.

—Maldigo el día en que los dioses volvieron a ser monos.

***

Hardy llevaba horas acurrucado contra la pared de su prisión. Miró a su alrededor. Con cada minuto, las gruesas paredes de vidrio parecían acercarse, robándole el espacio que tanto anhelaba. Desde la pared hasta el cristal blindado de la jaula había, como mucho, tres metros. La ventana frontal era enorme; Hardy la estimó en unos ocho metros por dos y medio, con un grosor

de unos diez centímetros. Tras desechar una vez más la idea de estar encerrado, recordó las últimas palabras de O'Neill. Solo ahora comprendió la magnitud de esas palabras y que la humanidad no había avanzado, sino retrocedido. Su desarrollo había sido saboteado sin que se diera cuenta. Habían interferido en la evolución, manipulándola, y ahora él mismo era el siguiente paso. ¿Qué paso sería ese? ¿Volver a patrones primitivos y matar a otros seres vivos sin razón? Eso difícilmente podía considerarse progreso. Hardy sentía que pensar le resultaba más difícil. Más aún, le daba igual. No quería seguir rompiéndose la cabeza con teorías absurdas. Un golpe lo alertó. A través del cristal blindado no había oído al hombre que se acercaba a la jaula. O'Neill estaba frente a él con una taza.

—¿Qué tal le sentó la pausa? Tuve que atender algunos asuntos y me preparé un té. Una mezcla de hierbas que me relaja enormemente.

Un hombre pequeño y de apariencia insignificante apareció detrás de O'Neill, trayendo una silla que desplegó y colocó junto al doctor. Sin que O'Neill, que ajustaba su asiento, lo notara, sus miradas se cruzaron. El hombre, cuyo rostro pálido y demacrado lo hacía parecer uno de los no muertos, le hizo un leve gesto con la cabeza. Hardy vio la desesperación en sus ojos y sintió que tampoco estaba allí por voluntad propia. Era sorprendente cuántas personas había encontrado en su viaje que actuaban contra sus convicciones, que estaban en un lugar contra su voluntad o encerradas. Hardy percibió el peso en el alma de aquel hombre, su miedo a no salir nunca de allí y tal vez a morir de forma cruel. La desesperación y la humillación lo habían reducido a una sombra de sí mismo. Pero también sintió un pequeño destello de esperanza, escondido en lo profundo de su corazón. No había lugar para el odio en su alma.

—Gracias, Thomas. Puede volver a su trabajo —dijo O'Neill sin dignarse a mirar al hombre, que se alejó lentamente.

En cambio, mantuvo los ojos en Hardy, como esperando una reacción.

—¿Sabe quién era?

Hardy negó con la cabeza.

—Era Thomas Schneider. El paleontólogo suizo que trabajó con Bartosz.

Hardy recordó a Thomas.

—Pensó que lo habíamos eliminado, ¿verdad? Eso mencionó Bartosz en su diario antes de que tuviera que huir. Bueno, en cierto modo es cierto. Tras la trágica pérdida de su esposa, Thomas se negó a seguir apoyando nuestro trabajo. Solo la seguridad de su hija lo hizo cambiar de opinión.

Hardy cerró los ojos y bajó la cabeza. ¿No había condenado O'Neill hacía poco a quienes entregaban a sus hijos a esos monstruos? Ahora él mismo ocupaba el trono de aquellos a los que había puesto en la picota.

—Aprovecho esta pausa para abordar la segunda pregunta de su lista. Quiere saber quién está detrás de los planes de destrucción, ¿verdad? Bueno, no le diré nada nuevo. Son los sospechosos habituales. Rostros sin nombre a los que nadie puede acercarse. Son discretos, casi tímidos, y especialmente reacios a las cámaras. Sus nombres han sido, digamos, diluidos a lo largo de la historia. Los que vemos son solo peones, portavoces o lacayos dispuestos que no desean más que unirse al club. Por desgracia, los descendientes de las élites levantaron demasiado polvo. Principalmente, sus inclinaciones sexuales generaron titulares que pusieron en aprietos al establecimiento. Fue mucho trabajo encubrir las fechorías de esos mocosos. Nuestra amiga común, Lydia, es el ejemplo perfecto de esos niños que deshonraron el nombre de su familia.

O'Neill tomó un sorbo de su taza, que tenía la imagen de un alienígena verde con ojos negros y la frase "I BELIEVE".

—¿Qué pasaría si no hubiera un mañana? Podrías hacer lo que quisieras, nada importaría ni tendría consecuencias. Un lema al que los poderosos se han suscrito desde siempre. Lydia representa a aquellos que, tontamente, se creyeron superiores a ustedes. Nacida con una cuchara de oro, creció sabiendo que no había nada más que lograr. El camino estaba pavimentado para ella desde generaciones atrás. Ella y su familia solo se mueven entre iguales, cuyo único objetivo es matar el tiempo y acumular más poder. Por supuesto, solo se reproducen con otras grandes casas. Todos fuera de su linaje no son ni cucarachas para ellos.

El doctor tomó otro sorbo. Si Hardy hubiera sabido que O'Neill se extendería tanto, habría masticado y tragado el papel. Hasta ahora, no le había dicho nada nuevo.

—Imagínese el mundo como un tablero de ajedrez donde está en juego la mayor apuesta imaginable. Con la diferencia de que no son Dios y el Diablo quienes juegan, sino demonios con forma humana. Son más de dos jugadores, y aunque afirmen seguir caminos distintos, sus objetivos son siempre los mismos: el control absoluto. Movida tras movida, alteran los acontecimientos, usando cualquier medio necesario. Nos llevaron al punto en que estamos ahora. Son el principio y el fin de cada era. Y el rey y la reina permanecen tranquilos en sus casillas, en el alto norte y el profundo sur. Envían a sus peones, caballeros y alfiles a la batalla. Mientras hablamos, sus planes para el nuevo mundo ya están en marcha a toda velocidad. No importa cuán moderno o tecnológicamente avanzado sea esta vez. El final ya está predeterminado, y los rostros de los responsables seguirán en las sombras.

O’Neill quiso mostrarle a Hardy la futilidad de su lucha. Tal vez solo era una táctica para desmoralizarlo y disuadirlo de su propósito. Que estuviera en esa prisión era una señal de que lo temían. O lo temerían, si realmente se volviera tan poderoso como todos afirmaban.

—Es tarde —dijo O’Neill, tapándose la boca al bostezar—. Intente dormir. Mañana será un día agotador. Tal vez sea el día que he esperado tanto tiempo. Buenas noches, Hardy.

El doctor se alejó de la jaula. Hardy se acostó en el sofá, pero no pudo conciliar el sueño.

Thomas

Hardy caminaba inquieto de un lado a otro. No había dormido en horas, y todo a su alrededor se había vuelto muy silencioso. Solo una lámpara, colgada justo sobre su prisión, emitía luz. De vez en cuando, intentaba pronunciar palabras simples, pero no lo conseguía. Ningún sonido humano volvería a salir de sus labios. Era una sensación extraña, como cuando algo que sabías que ocurriría finalmente sucede, pero no querías aceptarlo. Comparable al proceso de envejecimiento, que nadie quiere reconocer.

—Qué más da —pensó, esbozando una sonrisa—. De todos modos, solo decía tonterías. El mundo está un poco mejor ahora.

Físicamente, se sentía como un atleta capaz de enfrentar cualquier desafío. De repente, Hardy se detuvo. Escuchó a alguien acercándose sigilosamente a la jaula. Se agachó y observó el lugar donde la persona debía aparecer. Descartó la idea de que quisieran eliminarlo discretamente; después de todo, lo tenían exactamente donde querían. Para ofrecer menos superficie de ataque, se agachó aún más, casi tocando el suelo. Era Thomas, que se deslizó hacia el cristal lateral y lo miró con temor. La tensión de Hardy dio paso al alivio. Lentamente, se acercó al hombre demacrado. Con la agilidad de un felino, recorrió los pocos metros hasta el cristal y se irguió frente a Thomas, superándolo ampliamente en estatura.

—Sé quién es usted —susurró Thomas—. Y usted sabe quién soy. Teníamos un amigo en común. Estoy tan cansado… No importa cuánto o poco duerma, despierto exhausto y me acuesto sin fuerzas. Bartosz y yo compartíamos algo: sufríamos del complejo de Casandra, nombrado por Casandra de Troya. Ella vio venir la desgracia, pero no pudo evitarla. No se trata tanto de habilidades proféticas como de reconocimiento de patrones. Hace años, desperté, me miré al espejo y me pregunté qué más debía pasar para que la gente despertara.

Llegó un punto en que no podía mirarme al espejo; me repugnaba a mí mismo porque entendí algo: debí haber tomado la iniciativa en lugar de preguntarme por qué otros no lo hacían. En mi búsqueda de respuestas, no solo descuidé a mi familia, sino que olvidé mi vida y a mí mismo. Ahora es demasiado tarde. ¿Sabe cómo se quiebra a una persona? Quitándole la esperanza. La esperanza de que todo mejorará. Desafortunadamente, la esperanza suele ir acompañada de lo que llamamos decepción. Creí en esas mentiras demasiado tiempo. No vi que se beneficiaban de mi conocimiento y lo usaban contra la humanidad, como siempre han hecho. Nuestros logros siempre cayeron en manos de quienes convierten todo en un modelo de negocio. Bartosz lo sabía y tomó un camino distinto. Nunca dejó que le quitaran su voluntad ni su orgullo, sin importar el precio. Usted es muy parecido a él. Eligió el camino difícil, aceptó las pérdidas, las soportó y no se dejó intimidar. Son cualidades admirables que, lamentablemente, han caído en el olvido.

Thomas se agachó y se dejó caer lentamente sobre las rodillas.

—No caiga en la trampa de O'Neill. Es peor que las personas para las que trabaja. Detrás de su fachada hay una mente perturbada que envenena con sus palabras.

Hardy ladeó la cabeza, lo que llevó a Thomas a explicarse.

—Intenta convencerlo de que se convertirá en una bestia asesina sin razón. Lo repetirá hasta que lo crea y actúe en consecuencia. No lo deje entrar en su mente. Los últimos pensamientos antes de la transformación son cruciales para sus acciones futuras.

Thomas puso una mano en el cristal mientras continuaba.

—No es consciente de lo poderoso que será. Si cree que es invencible ahora, espere a la última etapa de la metamorfosis. Sus habilidades mentales

superarán cualquier imaginación. He visto candidatos llegar y partir, pero a todos les faltaba algo que usted tiene: la voluntad de decidir. Eran hombres y mujeres brillantes, mucho más que usted, sin ofender, pero eso fue su perdición. Entraron a la fase de transformación adoctrinados.

Thomas hizo una pausa. El discurso lo había agotado, y apenas podía mantener los ojos abiertos. Hardy chasqueó los dedos contra el cristal. Thomas se sobresaltó, pero volvió al tema.

—Está ante el último y decisivo paso, que O'Neill disfrutará al máximo. Lo llama el dulce shock de una tragedia. Ese shock desencadena un proceso al que no podrá resistirse. Su conciencia, lo que lo define, no desaparecerá, pero dará un paso atrás. Podrá tomar decisiones. Solo hay una regla que debe seguir: proteja su cabeza.

De repente, un hombre apareció detrás de Thomas. Hardy se desconcertó, incapaz de entender cómo alguien pudo acercarse sin ser notado. No lo había oído ni percibido de ninguna forma. Un gruñido escapó de su garganta. El hombre ya había agarrado a Thomas por el cabello y le había echado la cabeza hacia atrás. Antes de que pudiera reaccionar, le cortaron la garganta. Instintivamente, Thomas se lanzó hacia adelante, apoyándose en el cristal, y miró a Hardy con los ojos muy abiertos. La sangre brotó a borbotones de la herida, manchando el vidrio y corriendo en largos regueros. Hardy soltó un rugido, se arrodilló y colocó sus manos paralelas a las de Thomas en el cristal. Algo similar a una descarga eléctrica recorrió su cuerpo, obligándolo a cerrar los ojos. Al abrirlos, creyó estar frente a un espejo y se sobresaltó. Lo que horas antes recordaba a Hardy había desaparecido. Otra descarga lo atravesó, y comprendió: estaba dentro del cuerpo de Thomas. Pronto sintió el sabor metálico de la sangre que inundaba su garganta tan rápido que le salía por la boca. Luego sintió el dolor de la profunda herida y se llevó la otra mano al cuello. Hardy percibió el miedo de Thomas: el miedo por su hija, a quien nunca

volvería a ver; el miedo a dejar de existir. El espíritu de Thomas dio un salto a otro lugar, a otro tiempo. Hardy se vio rodeado de personas frente a O'Neill, que señalaba un monitor y decía algo.

—El fin de la pandemia.

Hardy no solo sentía el cuerpo de Thomas, sino también sus pensamientos y emociones. Las palabras de O'Neill lo habían conmocionado. Su odio hacia el doctor creció hasta lo inconmensurable. Podrían haberla detenido en cualquier momento. Quería matar a ese despreciable miserable, pero el miedo por su hija era demasiado grande. La mano de Thomas comenzó a temblar. Sus nervios cedían. Hardy despertó, retrocedió del cristal ensangrentado donde Thomas exhalaba su último aliento. La cabeza golpeó el vidrio y resbaló con un chirrido. Jadeando, Hardy miró sus manos, brazos y piernas. Estaba de vuelta en su cuerpo. Vio a O'Neill junto al cadáver, sosteniendo un bisturí. Se inclinó hacia adelante y lo miró con una sonrisa diabólica.

—¿Y bien, fue lo bastante trágico para un dulce shock?

***

Madeline, Jan y el Vikingo estaban frente a las tumbas donde yacían Chucky y Gunnar, mientras Dimitrij clavaba las cruces de madera en la tierra. Permanecieron en silencio, con las manos entrelazadas, dedicando un minuto de respeto a sus amigos. Solo Madeline tenía la mente en Esra y Mark, que seguían sin aparecer. Habían pasado dos días, y la esperanza de encontrar a los chicos ilesos se desvanecía con cada minuto. El refugio en una casa aislada al borde de la ciudad y los suficientes víveres no eran consuelo para ella. Las últimas noches habían sido una mezcla de desesperación y miedo. Las profundas ojeras de Madeline hablaban por sí solas. Ni los intentos de Dimitrij por hacerla dormir habían tenido éxito. Por el rabillo del ojo, vio las lágrimas corriendo por las mejillas del Vikingo.

—¿Para qué la hipocresía? —le dijo directamente.

El Vikingo giró lentamente la cabeza hacia Madeline y la miró con furia.

—¿Cómo dices? —respondió con voz contenida.

Madeline lo miró desafiante a los ojos. Dimitrij y Jan se interpusieron entre ambos. Estaba claro que Madeline buscaba pelea, probablemente por su agotamiento. Sin previo aviso y con un grito, el Vikingo se lanzó hacia ella, pero Jan y Dimitrij lo detuvieron. Con las manos, intentó alcanzar a Madeline por encima de sus brazos, queriendo agarrarla por el cuello, mientras ella permanecía inmóvil.

—¡Te mataré, zorra! —gritó el Vikingo.

—Esas fueron tus palabras, no las mías —dijo Madeline, dando un paso adelante.

Solo unos centímetros la separaban de las manos del hombre calvo.

—¿Lo recuerdas ahora? Te envuelves en silencio y piensas que nadie te descifrará. Eres un libro abierto para cualquiera que sepa contar hasta tres. Es fácil juzgar a los demás, burlarte de sus sentimientos y miedos, mientras crees que estás por encima de todo. Pero cuando el destino te golpea, tu sistema de valores adquiere un nuevo significado.

Los forcejeos del Vikingo cesaron. Jadeando, miró a Madeline y dejó caer los brazos. Su sollozo se convirtió en llanto; bajó la cabeza y escondió el rostro entre las manos. Madeline se acercó, apartó a Dimitrij y Jan, y susurró:

—He conocido a tantos de tu tipo que me da náuseas solo mirarte. Idiotas engreídos que se creen duros y lloriquean como niños cuando la vida los agarra

por las pelotas. Gunnar era un cretino, pero leal. Lamento tu pérdida. Pero Chucky también era leal. Ambos fueron asesinados a traición. La única razón por la que no te he eliminado está a tu lado.

El Vikingo levantó la cabeza y miró a Jan.

—Él dice que eres leal, y le creo. Ahora demuéstralo. Apóyanos a Dimitrij y a mí, como apoyaste a Jan y a Gunnar, o lárgate al diablo.

Dimitrij y Jan observaron a Madeline mientras corría hacia la casa. Sin decir palabra, la siguieron. Dentro, el ruso arrojó un leño al horno para mantener el salón cálido. Madeline estaba frente a la ventana que daba al jardín, contemplando las tumbas y el árbol desnudo detrás, antes de que su mirada se perdiera en el cielo. El día llegaba a su fin y, como las noches anteriores, sería frío e incómodo. Nubes oscuras cruzaban sobre la casa, mientras un trueno anunciaba una tormenta a lo lejos. El paisaje gris y desolador que se presentaba ante ella aplastaba aún más su ánimo ya debilitado.

—Los colores vivos no cambiarían nada —escuchó decir a Jan, que se acercó y le ofreció una taza de té.

—Gracias —murmuró Madeline, dando un sorbo a la bebida caliente.

Poco a poco, sus párpados se volvían pesados. El vapor de la taza entre sus manos y el calor reconfortante del horno empezaban a afectarla. Como poseída, miraba hacia afuera, esforzándose por mantener los ojos abiertos. Su cuerpo se tambaleaba mientras observaba los relámpagos que destellaban en el horizonte. No podía dormir hasta que Esra y Mark estuvieran a salvo. Jan miró a Dimitrij, cada vez más preocupado por su amiga. El ruso se acercó a ella, mientras Jan se unió al Vikingo para cambiarle los vendajes.

—Se avecina una tormenta —dijo Madeline, sin apartar la vista del paisaje.

—Da. Debes dormir. No podemos seguir si estás agotada.

—No dejaré este lugar sin los chicos.

—Lo sé —respondió Dimitrij, le quitó la taza de las manos, la colocó en el alféizar y la abrazó.

La confianza de Madeline en Dimitrij era tan grande que cerró los ojos. Él respetaría su deseo de no marcharse sin los chicos. El ruso la llevó hasta un segundo sofá y la recostó con cuidado. Cubrió a Madeline con una manta, se la ajustó hasta el cuello y le acarició la mejilla.

—¿Y cómo manejamos lo de los chicos? —preguntó el Vikingo—. Son prácticamente niños. ¿Qué probabilidades hay de que sigan vivos? No podemos quedarnos aquí para siempre. En algún momento se nos acabarán los víveres o los no muertos asaltarán la casa.

—O el asesino regresará —añadió Jan.

—Todo es una mierda, lo sé —respondió Dimitrij—. No sé qué pasa con Mark, pero Esra está vivo. Es un superviviente.

Jan y el Vikingo miraron a Dimitrij con incredulidad. Este fijaba la vista en un viejo cuadro en un marco de madera tallada, perdido en sus pensamientos.

—Traeré más leña antes de que llueva. No tengo ganas de congelarme el culo —dijo Jan, levantándose y saliendo por el estrecho pasillo hacia la puerta trasera.

Su mirada cayó en la estructura de madera podrida que protegía los leños de la intemperie. Pasó junto a las tumbas y estaba a punto de tomar el primer leño cuando un relámpago cegador, acompañado de un trueno, iluminó los

alrededores. Como si se hubiera abierto una compuerta, la lluvia comenzó a caer en gruesas gotas.

—¡Mierda! —maldijo Jan, apilando leños bajo el brazo.

Los relámpagos volvieron a destellar, bañando el entorno en una luz intensa por una fracción de segundo. Sin que lo notara, una figura oscura se acercaba a Jan.

***

—¿Y qué te hace estar tan seguro de que Esra sigue vivo? —insistió el Vikingo.

—Es listo —respondió Dimitrij, observando la lluvia que comenzaba a caer—. Ha sobrevivido mucho tiempo. Solo.

El ruso se levantó, caminó hacia la ventana, tomó la taza de té humeante y miró hacia afuera. La oscuridad había caído con una rapidez vertiginosa. Estaba a punto de dar un sorbo cuando un estruendo lo alertó. Como no había sido precedido por un relámpago, se puso en guardia y buscó a Jan, que llevaba demasiado tiempo fuera. La oscuridad y la lluvia torrencial hacían imposible distinguir nada. Una sensación inquietante invadió al ruso mientras se alejaba lentamente de la ventana.

—Algo no está bien —susurró, sacando ya su Beretta y dirigiéndose al pasillo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el Vikingo, apagando las velas y siguiéndolo.

Se mantuvo unos pasos detrás del ruso, que ya había abierto la puerta y observaba antes de salir. Armado con su HK, el Vikingo también inspeccionó los alrededores, cubriendo la retaguardia de Dimitrij. Ahora él también estaba

convencido de que algo andaba mal. Jan debería haberles salido al encuentro o, al menos, haberse hecho notar. En cuestión de segundos, la lluvia los empapó. Sabían que estaban expuestos mientras avanzaban por el suelo embarrado en busca de su compañero. Los relámpagos iluminaban el entorno con una luz blanca-azulada. Dimitrij y el Vikingo se sobresaltaron. Vieron a Jan, sentado entre los leños, mirándolos fijamente. La herida en su cuello, de la que manaba sangre, les indicó que el asesino aún estaba cerca.

—¡Mierda, mierda, mierda! —gritó el Vikingo, mirando frenéticamente en todas direcciones.

Dimitrij se detuvo frente al cuerpo sin vida de Jan, que aún sostenía su arma. No se había equivocado: el supuesto trueno había sido un disparo de la pistola de Jan. Otro relámpago cruzó el cielo, y el Vikingo distinguió una figura oscura a lo lejos, que le hacía señas. Sin dudarlo, corrió hacia ella, disparando varias veces con la esperanza de acertar. Antes del primer disparo, la figura ya se había desvanecido en la oscuridad. Antes de que Dimitrij pudiera reaccionar, el Vikingo ya se había ido. Solo sus maldiciones, cada vez más lejanas, y los disparos intermitentes le indicaban hacia dónde corría. En pocos instantes, Dimitrij se recompuso y ordenó sus pensamientos. No tenía sentido seguir al Vikingo. Con ese clima y la oscuridad, nunca lo encontraría y probablemente solo recibiría una bala perdida. Por supuesto, esperaba que el Vikingo atrapara al asesino y lo hiciese pagar. Pero eso era pura ilusión. Quienquiera que fuera el asesino, sabía exactamente lo que hacía. Alejar al Vikingo era solo otra parte de su plan. Un plan que Dimitrij había comprendido.

***

—¡Te haré pedazos, maldito! —gritó el Vikingo, lleno de odio.

Su herida en la pierna le impedía avanzar tan rápido como quería. De vez en cuando se detenía, miraba fijamente hacia la oscuridad y esperaba un

relámpago que le indicara el camino. El agua le corría por la cabeza, metiéndosele en los ojos y deslizándose por el cuello. Sus gafas estaban empañadas, y cada cierto tiempo escupía el agua de lluvia que le entraba en la boca. Su aliento cálido se convertía en nubes de vapor mientras intentaba localizar a la figura, el asesino de Gunnar y Jan. Ignoró el frío. Sin chaqueta, con solo la camisa de mangas arrancadas, corría a través de la oscuridad. Un relámpago cruzó el cielo. Había llegado a un callejón sin salida. Frente a él y a los lados se alzaban paredes rocosas, imposibles de escalar con ese clima. Pero el Vikingo vio algo más. Alguien estaba agazapado contra la pared. Lentamente, se acercó a la figura, que lo había visto pero no hacía intento de huir.

—¿Vikingo, eres tú? —escuchó que le gritaban.

Otro relámpago iluminó el entorno, y reconoció a Mark, atado con una brida a un gancho de hierro en la roca.

—¿Cómo llegaste aquí y quién te ató? —preguntó el Vikingo, bajando el arma sin hacer ademán de liberar al chico.

—Suéltame. Quiero irme de aquí —respondió Mark, llorando y temblando de frío.

—Responde la maldita pregunta —insistió el Vikingo con brusquedad.

—Fue Esra. Enloqueció y empujó a Chucky por la ventana. Corrí, pero me encontró. Soy el cebo. Quería alejarte de Madeline y Dimitrij. No sé qué planea. Tal vez aún esté aquí.

Rápidamente, el Vikingo se giró y escudriñó el camino por el que había venido. Creyó ver algo, pero no estaba seguro. A pesar de la lluvia torrencial, escuchó sonidos extraños. Lentamente, se agachó, esperando otro relámpago. Los

sonidos se hicieron más claros, mezclados con pasos pesados en el barro. De pronto, comprendió la precaria situación en la que estaba. Un relámpago confirmó sus temores. Decenas de no muertos, que parecían aún más siniestros bajo la luz cegadora, se tambaleaban hacia ellos. Algunos estaban tan cerca que el Vikingo abrió fuego. Con cada bala que salía del cañón, maldecía su temperamento. Sabía que él mismo había atraído a los no muertos con sus disparos.

—¡Suéltame! —gritó Mark, preso del pánico, mientras un clic reveló que el arma estaba vacía.

El Vikingo dejó caer la HK sin mirarla y sacó sus hachas. Otro relámpago iluminó el entorno, y aprovechó para liberar a Mark de un golpe preciso. Rápidamente, se giró hacia los no muertos mientras una serie de relámpagos iluminaba el cielo durante segundos. Fue suficiente para evaluar el número de enemigos: unos veinte, distribuidos por el callejón, avanzando hacia él. Esquivarlos era imposible. El Vikingo agudizó la vista, distinguió las siluetas oscuras y decidió que la mejor opción era enfrentarlos de frente. La pared rocosa les cubriría la espalda.

—Quédate detrás de mí —le gritó a Mark.

Hizo girar las hachas sobre sus palmas, las aferró con fuerza y hundió el acero en las cabezas de los dos primeros no muertos. Con un movimiento brusco, extrajo las armas mientras los cuerpos caían. Cruzó las hachas y vio al siguiente no muerto acercarse. Rápidamente, separó los mangos y decapitó al atacante. La cabeza cercenada cayó con un chapoteo frente a él.

—No tienen idea de con quién se meten —susurró, mientras acababa con más no muertos.

Con cada enemigo abatido, el Vikingo parecía volverse más rápido. Como un torbellino, se movía entre las filas de no muertos, acompañado por relámpagos y truenos. Sus gritos de guerra se intensificaron mientras se alejaba de la pared, cortando cabezas. El agua salpicaba mezclada con la sangre de los atacantes, que no podían hacerle frente. Cabezas y partes de cuerpos volaban, cayendo al suelo empapado. La masacre parecía no tener fin. Aunque sus ataques comenzaban a debilitarse, era evidente que nunca se rendiría. Ningún no muerto se acercaba lo suficiente para ser una amenaza, mucho menos para morderlo. El Vikingo estaba en su elemento, sumido en una furia sanguinaria. Si antes había culpado a su temperamento por meterlo en esta situación, ahora lamentaba que el número de no muertos disminuyera. Aquí y ahora podía dar rienda suelta a su odio acumulado, golpeando como un berserker. Ante sus ojos, la imagen del rostro de Gunnar, mirándolo desde oscuras cuencas bajo la luz de la linterna, reaparecía una y otra vez. Con otro golpe, derribó al siguiente enemigo y se plantó con las piernas abiertas frente al resto de los no muertos, que luchaban por avanzar en el barro. Algunos se atascaban y caían, pero seguían arrastrándose hacia él. Aferrando las hachas, permanecía bajo la lluvia torrencial entre cabezas y miembros cercenados. Sentía la adrenalina que lo recorría, dándole fuerza para los atacantes restantes.

—¿Eso es todo lo que tienen? —gritó a las figuras, cuyas filas se habían reducido notablemente.

De repente, un estremecimiento lo atravesó, seguido de un dolor que no pudo identificar. Por un instante, pensó que un no muerto lo había alcanzado. El dolor se extendió rápidamente, y un mareo lo invadió. Sin fuerzas, la hacha se le deslizó de la mano izquierda. Intentó sujetarla, pero no pudo. Lentamente, el Vikingo se desplomó y tanteó desesperadamente su espalda. Algo sólido, inalcanzable, estaba clavado en él. Al mirar por encima del hombro, vio el mango de un cuchillo de caza. Intentó alcanzarlo varias veces, sin éxito. Entonces vio a la persona que le había apuñalado.

—¿Tú? —balbuceó incrédulo, mientras la sangre le corría por las comisuras de la boca.

Su mirada volvió al frente. Un relámpago destelló, y vio borrosamente que los no muertos lo habían alcanzado. Con sus últimas fuerzas, lanzó una hacha al cráneo de uno y cayó de bruces en el barro. Sintió la lluvia golpeándolo y la tierra fría y húmeda robándole el calor. Mientras esperaba que los no muertos lo destrozaran, su mirada cayó en la HK 45, que yacía a su lado. Con dificultad y bajo un intenso dolor, alcanzó el arma mientras el primer no muerto lo agarraba de las piernas. Las lágrimas le inundaron los ojos, y casi dejó caer la pistola cuando unos dientes podridos se hundieron en su muslo. Rápidamente, sacó la bala de su bolsillo y, temblando, la cargó en el cañón. Con un leve clic, el cerrojo avanzó. Lentamente, llevó el arma a su cabeza mientras otro no muerto clavaba los dedos en su espalda.

—No me atraparán así —susurró, y apretó el gatillo.

El gen

Lleno de rabia, Hardy se lanzó contra el cristal blindado, golpeándolo y pateándolo como un loco. O'Neill caminaba provocativamente lento por el exterior de la jaula, observando la reacción de Hardy ante el asesinato de Thomas. Hardy chocó con el hombro contra el vidrio, intentando romperlo, e incluso trató de alcanzar al doctor a través de los orificios de ventilación. Fue en vano. Tras unos minutos, Hardy comenzó a caminar rápidamente de un lado a otro, mirando fijamente a O'Neill y emitiendo gruñidos al exhalar. El desgarbado doctor, mientras tanto, se había acomodado nuevamente en la silla y limpiaba el bisturí con un paño. Colocó una tapa sobre la hoja y lo guardó en el bolsillo de su bata. Luego se recostó, cruzó las manos detrás de la cabeza y esperó con calma.

—Las últimas palabras de Thomas me conmovieron profundamente. Fueron casi poéticas. ¿Sabe por qué está aquí, Hardy? No es porque lo mordieran. La primera y más importante pregunta que anotó fue: ¿por qué no se transformó después de la mordedura?

Hardy se detuvo y escuchó atentamente a O'Neill.

—Profundice en su interior y encontrará la respuesta por sí mismo. ¿Es posible que ya fuera diferente antes de la mordedura? ¿Hubo situaciones que le parecieron surrealistas?

Hardy miró a O'Neill a los ojos. En ese momento, una avalancha de imágenes y emociones lo invadió. Recordó situaciones en las que todo parecía transcurrir en cámara lenta, momentos en los que era más rápido y fuerte que los demás. El incidente con Tombstone. Los numerosos encargos como asesino. El ataque a la Colonia 56. El viejo puente colgante que casi lo arrastra junto a Dimitrij al abismo. La espectacular huida de los no muertos en la base estadounidense. Y, por último, la pelea contra la criatura.

—Lo tiene —susurró O'Neill, levantándose de la silla y acercándose a Hardy, asintiendo sin parar—. Exacto, siempre llevó en usted el gen de la criatura. Es un sistema inmunológico perfecto, inmune a cualquier influencia externa. Insensible a virus, radiación o frecuencias, incluidas las mordeduras de los no muertos. Pero, ¿por qué lleva ese gen?

Hardy frunció el ceño y ladeó la cabeza.

—Bien, mucho antes de que naciera, hubo una guerra. De abril a junio de 1982, Gran Bretaña envió más de la mitad de su flota a una batalla al otro lado del mundo. Se trataba de un grupo de islas al sureste de Argentina. Algunos creyeron que era por recursos o reclamaciones territoriales británicas. A simple vista, solo había rocas áridas, nieve y hielo. Fue la Guerra de las Malvinas. Ya en 1976, los argentinos habían construido una estación de investigación en Thule del Sur, en medio del hielo. Eso no les gustó a los británicos. En respuesta, los argentinos desplegaron tropas en las islas, lo que amenazó con escalar la situación. Un tal señor Mitterrand, entonces presidente de Francia, había vendido a los argentinos tecnología militar de punta. Los misiles Exocet, contra los que la flota británica no tenía defensa, incluían una codificación oculta para desactivarlos si era necesario. Ese código de seguridad estaba en manos de los franceses. La industria armamentística siempre ha sido paranoica. Thatcher obligó a los franceses a entregar el código. En ese entonces, estuvimos a punto de desencadenar una tercera guerra mundial. Pero, ¿para qué todo eso? No había recursos naturales, ni las islas eran estratégicamente importantes.

Hardy se encogió de hombros y miró a O'Neill con curiosidad. Este sacó una ampolla de vidrio de su bolsillo y la sostuvo cerca del cristal. Dentro había una sustancia aceitosa que cambiaba de forma constantemente: pasaba de un estado líquido a una especie de red y luego a pequeñas esferas. A Hardy le

recordó a Venom, el simbionte que se fusionaba con un huésped compatible y se enfrentaba regularmente a Spider-Man.

—Se llama Black Goo —dijo O'Neill, fascinado, como si sostuviera la sangre de Cristo—. Ese fue el motivo de esa guerra, que los británicos ganaron. Las estaciones de investigación fueron destruidas, y las muestras de la sustancia fueron llevadas a Inglaterra. Bajo la dirección de Marconi Electronics, comenzaron las investigaciones. Los resultados superaron todo lo que soñamos. Es capaz de influir en dispositivos técnicos, desde máquinas con motores hasta microchips. Y no solo eso: se produce una comunicación, un intercambio. Podemos programarlo y, a cambio, recibir información. Pero el verdadero descubrimiento tardó en llegar.

O'Neill se inclinó hacia adelante y susurró:

—Tiene conciencia.

—Puede influir en la mente de los seres vivos, manipularla y controlarla. Muchos autores y directores ya han abordado este tema, por lo que no debería resultarle extraño. El ejemplo más conocido es probablemente de Ridley Scott: las esferas negras que el gigante traga al inicio de *Prometheus* y luego se descompone en pedazos. Neo, en *Matrix*, cubierto por un líquido plateado que sale del espejo. Hay innumerables casos en los que los ojos de los protagonistas se vuelven negros y pierden el control de sus sentidos. No hay nada comparable. Vida abiótica, de un tiempo en que el tiempo no existía. Ahora viene la parte escalofriante, antes de que le explique qué tiene que ver todo esto con usted. Después de que las muestras fueron llevadas a Inglaterra en 1982, comenzó una serie de suicidios misteriosos que duró seis años. Todos eran científicos. Uno ató una cuerda a un árbol y el otro extremo a su cuello, luego subió a su auto y aceleró. Shani Warren, a quien recuerdo bien, se ahogó en 1987 en un charco, pero no antes de haberse amordazado y atado ella

misma. Alister Beckham conectó un cable a la línea eléctrica detrás de su casa, lo enrolló alrededor de su cuerpo y puenteó el fusible de la caja con un clip. En todos los suicidios se descartó la intervención de terceros. No había un culpable, y no eran personas propensas al suicidio. Sherlock Holmes y Hércules Poirot habrían disfrutado con esto. También hubo suicidios menos espectaculares, como intoxicaciones por gas o saltos desde puentes. Se documentaron más de cuarenta casos. Y todos habían tenido contacto con esa sustancia negra.

O'Neill hizo una breve pausa.

—Inicialmente quisimos cancelar el proyecto, pero la curiosidad prevaleció. Así que continuamos con la investigación, que tomó varios años más. Notamos que tres personas seguían vivas incluso después de un contacto frecuente con el Black Goo. Fueron puestas en cuarentena y examinadas exhaustivamente. Sin resultados. En 1997, tras liberarlas, Isabel regresó a casa y asesinó a su esposo, a sus dos hijos e incluso al gato. Luego puso *Smells Like Teen Spirit* a todo volumen y, bailando alegremente, incendió la casa y a sí misma. Sebastián tomó un hacha y causó estragos en el metro. Tras despedazar a cinco personas, se arrojó frente al siguiente tren. A ambos se les atribuyó un trauma infantil y cayeron en el olvido. Al tercero, al que todos llamaban Eddy, lo trajimos de vuelta para no atraer más atención. De nuevo, cuarentena y exámenes. De nuevo, sin resultados. Aparentemente, no había nada fuera de lo normal, pero no queríamos correr riesgos. Así que lo vigilamos las 24 horas. Exactamente trece años después, a finales de 2010, cuando ya habíamos suspendido la vigilancia, algo pasó con Eddy. Además de un cambio físico, algo ocurrió con su mente. Parecía que algo estaba tomando control de su cuerpo. A principios de 2011, tuvimos que aislarlo. En pocas semanas, Eddy se convirtió en lo que solo llamamos la criatura. Incapaz de responder a instrucciones, estudiamos su comportamiento, que seguía un cierto patrón o, mejor dicho, un instinto.

O’Neill se detuvo frente a Hardy y lo miró en silencio. Fue un momento extraño que Hardy no pudo interpretar. Lo observaba como si acabara de hacerle una pregunta y esperara una respuesta.

—Tal vez recuerde a un hombre llamado Musui, mencionado por Bartosz en su diario. Bueno, esa historia ocurrió de verdad, pero no en los años 70, sino en 2015. Musui era un empleado de esta instalación que se acercó demasiado a la criatura. No sabíamos qué efectos tenía la transmisión de saliva de la criatura. Como no teníamos una unidad médica, Musui fue llevado al continente y tratado allí. El resultado de esa acción imprudente ya lo conoce.

O’Neill sonrió y retomó su habitual caminata.

—Le dije que nada es lo que parece. Con esto llego al final de mi exposición. Descubrimos que el Black Goo entra en una especie de estado de shock a bajas temperaturas. Un letargo invernal que sobrevive sin problemas, al igual que el huésped infectado. El proceso de descongelación se llevó a cabo sin complicaciones. La sustancia negra nos proporcionó todas las respuestas en bandeja de plata. Hubo una serie de sujetos de prueba que, como Eddy, pasaron por una metamorfosis y podían convertir a humanos en bestias salvajes. En 2029, llegó la orden de liberar a las criaturas. Una fue desplegada en cada continente. Que estas criaturas actuaran como imanes, atrayendo a los no muertos, fue una característica que maximizó el efecto.

Hardy sintió una tensión interna que no podía explicar. Esperaba ansioso la revelación final. Números y hechos zumbaban en su cabeza.

—Lamentablemente, nosotros, los científicos, siempre descuidamos la vida misma. Todo en el mundo tiende a perseguir un objetivo. Por mucho que queramos manipularlo, la naturaleza sigue su propio camino y no tiene en cuenta números ni deseos. Así, la criatura que liberamos en el corazón de Rusia

también siguió su propio camino. Ese camino terminó con usted, Hardy. Y la mordedura fue la pieza clave que faltaba para convertirlo en lo que pronto será.

Hardy se detuvo y miró a O'Neill con expresión interrogante. Sus miembros comenzaron a temblar, mientras una inquietud interna desgarraba su alma. El rompecabezas estaba completo, pero aún no encontraba la respuesta definitiva.

—¿Todavía no lo entiende? —preguntó O'Neill, sacudiendo la cabeza con incredulidad. Luego lo miró profundamente a los ojos—. La criatura, Eddy, nació con el nombre civil de Hank Edward Mora. Era su padre, Hardy.

***

A pesar de algunas pausas en la lluvia, la tormenta seguía azotando el país, devastando no solo partes de la ciudad, sino también los bosques cercanos. Aún faltaban muchas horas para que la oscuridad diera paso a un nuevo día. Una nueva ráfaga de lluvia caía del cielo cuando la figura se acercó a la casa donde Dimitrij velaba por Madeline. Miraba a su alrededor con minuciosidad mientras se aproximaba a la puerta trasera. Giró el pomo y empujó la puerta, que emitió un leve chirrido al abrirse. Luego atravesó el pequeño pasillo y echó un vistazo al salón, iluminado por un relámpago. El breve instante fue suficiente para distinguir a una persona cubierta en el sofá. Con la ropa empapada, la figura entró al salón y miró a su alrededor. Vacilante, se acercó al sofá y apartó un poco la manta. Otro destello blanco-azulado inundó la habitación, y la figura se encontró con el rostro pálido y sin vida de Jan.

—¡Mierda! —gritó, retrocediendo, tropezando con la mesita del salón y cayendo al suelo, donde se quedó paralizada.

Por un largo rato, miró fijamente el cadáver del hombre y la herida en su cuello.

—¿Sorprendido? —resonó la voz de Dimitrij en la habitación.

La figura, presa del pánico, miró a su alrededor y reconoció al ruso, que salió de la esquina junto a la ventana, apuntándola con su Beretta. Se había escondido en el único lugar donde la luz de los relámpagos nunca llegaba.

—De rodillas. Manos detrás de la cabeza —ordenó Dimitrij.

Lentamente y temblando, la persona obedeció, arrodillándose en medio del oscuro salón. Dimitrij escuchó un leve sollozo mientras se acercaba y le apuntaba directamente al rostro. Cuando otro relámpago iluminó la habitación, el ruso no podía creer lo que veía. Frente a él estaba Esra.

—Por favor, no me dispares —balbuceó el chico—. No maté a Chucky. Mark lo empujó por la ventana. Él… se volvió loco.

Dimitrij dio dos pasos atrás, pero mantuvo la pistola apuntando al chico.

—¿Tienes arma?

—No. No soy bueno disparando.

—¿Cuchillo? —insistió Dimitrij.

—No. Lo perdí mientras escapaba. Estoy desarmado. Dimitrij, tenemos que…

—¡Cállate! —lo interrumpió el ruso, rodeándolo y registrándolo.

Esra decía la verdad.

—Siéntate. Tengo preguntas.

Esra se levantó y se sentó en el otro sofá, mientras Dimitrij volvía a cubrir el cuerpo de Jan con la manta.

—¿Qué pasó? —preguntó Esra.

Dimitrij lo miró fijamente durante un largo rato antes de sentarse en una silla. Esra se había asustado al ver el cadáver, pero no sabía que Jan estaba muerto. Tal vez solo estaba fingiendo, esperando una oportunidad para continuar su obra. Dimitrij no buscaba sentido a los asesinatos. Había conocido a demasiadas personas que caminaban sobre hielo moralmente delgado y trataban de justificarse con argumentos absurdos. Los psicópatas ignoran los hechos cuando explican sus motivos.

—¿Está Madeline bien? —preguntó Esra, recibiendo solo una mirada fulminante que lo hizo callar.

—Aquí las preguntas las hago yo. ¿Dónde está el Vikingo?

—No lo sé —respondió Esra—. Después de que la casa se derrumbó, no sabía si seguían vivos. Me escondí. Los no muertos casi me atrapan. Estaba a punto de rendirme cuando escuché los disparos hace un rato. Por eso los encontré.

—¿Quién voló la puerta y dejó entrar a los no muertos al edificio?

—Ni idea —respondió Esra, encogiéndose de hombros.

Dimitrij lo miró con escepticismo y esperó en silencio. Pasó un momento hasta que Esra comprendió.

—¿En serio? —dijo incrédulo, gesticulando con las manos—. Cualquier idiota puede fabricar explosivos con productos caseros. Tú mismo lo has hecho.

En eso, Dimitrij no podía contradecirlo. Aunque el comportamiento y la historia de Esra encajaban, el ruso seguía desconfiando. Decidió jugárselo todo a una carta, se levantó y comenzó a caminar frente al chico.

—Esta es mi teoría. Querías eliminarnos de un solo golpe. Volaste la puerta. No funcionó. Luego mataste a Gunnar. Por casualidad, porque estaba solo.

—¿Gunnar también está muerto? —interrumpió Esra, tapándose la boca rápidamente.

—Jan también estaba solo, así que… —Dimitrij se pasó los dedos por el cuello—. Alejar al Vikingo fue fácil. Mataste a su amigo. Él quería vengarse. Solo hay algo que no entiendo.

Hizo una pausa dramática y se llevó la mano a la frente. Tras varios intentos balbuceantes, finalmente pronunció la frase:

—¿Por qué Madeline?

Esra se recostó con una mirada de horror y la boca abierta, mirando a Dimitrij con incredulidad. La noticia de la supuesta muerte de Madeline y la acusación de ser el responsable lo golpearon como una puñalada en el corazón. Sus ojos se llenaron de lágrimas, incapaz de articular palabra. Esa era exactamente la reacción que Dimitrij quería ver. Ahora estaba seguro de que Esra no tenía nada que ver con los asesinatos, pero siguió presionando.

—Todo encaja —continuó—. El momento fue perfecto. El Vikingo desaparece y tú apareces. Inventas una historia y culpas a Mark.

—¿Crees que maté a Madeline?

—¿No lo hiciste? —preguntó Dimitrij, provocador.

Lentamente, Esra levantó la cabeza y miró al ruso con furia. Toda clase de insultos le cruzaron por la mente. No, insultar a Dimitrij no era un castigo adecuado por esas acusaciones descaradas. Con un grito, Esra saltó sobre la

mesita hacia Dimitrij. El impacto los derribó a ambos, con Esra cayendo sobre el ruso y golpeándolo sin pausa. A Dimitrij no le costó protegerse de los golpes de Esra. El chico no era un luchador, mucho menos un asesino sin escrúpulos. De haber sido una verdadera amenaza, ya lo habría disparado.

—¡Esra! —resonó una voz femenina, haciendo que el chico se girara.

En el marco de la puerta estaba Madeline, sosteniendo una vela y sonriéndole. Esra tardó en convencerse de que no estaba soñando.

—¡Tú… estás viva! —dijo, mirándola con ojos llorosos.

Luego bajó la vista hacia Dimitrij.

—Lo siento —dijo el ruso, bajando las manos que había usado para defenderse—. No había otra manera.

Con un puñetazo en la cara, Esra sorprendió a su amigo, que lo había engañado de forma tan macabra. Mientras Dimitrij se retorcía de dolor en el suelo, Esra corrió a los brazos de Madeline, derramando lágrimas de alivio. Lentamente, el ruso se incorporó y presionó el frío metal de la Beretta contra su nariz sangrante.

—Me lo merezco —susurró con una sonrisa.

Transformación

Como si tuviera una cuerda gruesa alrededor del cuello, Hardy permanecía inmóvil, escuchando las últimas palabras del doctor resonar como un eco. Los datos encajaban de manera aterradora en su vida. Imágenes de su padre destellaban ante él, y escuchaba su voz susurrando que su sangre lo hacía especial. Luego, se vio frente a la criatura que pronunciaba su nombre.

—¡HAAAARDY!

De repente, todo tenía sentido. Los extraños eventos, antes y después de la mordedura, se desplegaban ante él. Entre ellos, la dolorosa verdad de que había luchado y matado brutalmente a su propio padre. Una y otra vez, veía cómo sus puños no golpeaban el rostro de la criatura, sino el de su padre. Un tono agudo y cada vez más intenso se extendió por su cabeza. Presionó las manos contra los oídos y cerró los ojos.

—Sabes lo que va a pasar —escuchó la voz de Bartosz, que de repente estaba a su lado, desvaneciéndose lentamente.

—¡Hambre, hambre, hambre! —gritaban los no muertos que lo rodeaban, mirándolo con cuencas oscuras antes de disiparse también.

Escuchó explosiones y disparos que lo habían acompañado toda su vida. Percibió el llanto de los niños, las súplicas de las madres y los gritos de los padres que solo querían vivir en paz. Todo ante los ojos de Hardy se desdibujó en una niebla de pasado y presente. Una oscuridad creciente redujo su campo visual hasta que no vio nada más. El tono agudo lo obligó a caer de rodillas. Escuchó frases que había captado y asimilado inconscientemente:

—Nada ocurre por casualidad. Solo existe la ilusión del azar.

—Hablo del desequilibrio en el que siempre hemos mantenido al mundo, lo mantenemos y lo mantendremos.

—Los no muertos.

—Esto no es una maldita película, y tú no eres el héroe.

—Crearon a las Criaturas Económicas.

—Les entregaron a sus hijos.

—¿Sabe cómo se quiebra a una persona? Quitándole la esperanza.

Mientras tanto, la apariencia de Hardy cambiaba. Su piel se volvió gris, oscura y escamosa. Su camiseta verde oliva se desgarró mientras sus brazos, piernas y torso crecían. El crujido y la regeneración inmediata de sus huesos lo llevaron más allá de los límites del dolor soportable. Músculos y tendones se desgarraron, forzándolo al suelo. Sus dientes fueron expulsados de las encías, dando paso a colmillos. Las uñas cedieron ante garras largas. Fascinado, O'Neill observaba el espectáculo. Con una sonrisa y aplausos, seguía cada movimiento y cambio que Hardy experimentaba.

—Sí —susurró como un psicópata—. Tras todo el dolor y las pérdidas que tuvimos que infligirte, finalmente ha llegado el momento. Muéstrame quién eres realmente.

Arrodillado, con la cabeza en el suelo, Hardy intentaba escapar del tono agudo. De repente, algo como una descarga eléctrica de miles de voltios lo atravesó. Desde los pies hasta la cabeza, sintió que su cráneo iba a explotar. Atormentado por un dolor infernal, arqueó el torso hacia atrás, extendió los brazos a los lados y gritó.

Su rugido fue potente y prolongado.

Atrajo la atención de los empleados, mientras O'Neill sentía escalofríos. Hardy permaneció en esa posición durante lo que pareció una eternidad. El tono cesó tan abruptamente como las voces en su cabeza y el dolor físico. Un silencio infinito y reconfortante lo envolvió. Lo único que escuchaba era su respiración. Lo único que sentía era su cuerpo, que se comunicaba con él de una manera nunca antes experimentada. Ninguna pregunta atormentaba su mente, ninguna creencia guiaba su camino, y las palabras "bien" y "mal" carecían de sentido. Una claridad desconocida inundó cada célula de su cuerpo, disolviendo todas las dudas y centrándose en lo esencial: la existencia. No solo la sangre de su padre corría por sus venas, sino también sus recuerdos como criatura. Nunca tuvo la intención de matar a su hijo y quiso decírselo. Pero la mente de Hardy, impulsada por su ego, no estaba lista entonces. Ahora lo entendía. Todos se habían equivocado. No había pasado por una transformación ni una metamorfosis. Era una fusión, una simbiosis entre él mismo y algo que había aceptado y abrazado.

Lentamente, Hardy abrió los ojos y vio la luz brillante de los tubos fluorescentes que brillaban a través del techo de la jaula. Una extraña fascinación lo invadió mientras observaba los tubos, por los que fluía un líquido. Se puso de pie, pero permaneció de rodillas. Un aplauso inconfundible lo hizo mirar hacia adelante. O'Neill se acercó, aplaudiendo sin parar. Hardy frunció el ceño y parpadeó, creyendo que se equivocaba. Ya no percibía al doctor como un ser humano de carne y hueso, sino como una figura gris atravesada por impulsos luminosos. Como miles de hormigas brillantes, corrían por su organismo. Desconcertado, Hardy miró a su alrededor. Su entorno también había cambiado. Todo parecía como si estuviera mirando una pantalla llena de objetos tridimensionales simples con contornos luminosos. Los aparatos en las paredes, como los tubos fluorescentes, estaban inundados por un líquido. Hardy escuchaba y veía la energía que fluía por los cables.

Partículas de luz pasaban ante sus ojos, formando las figuras más complejas antes de separarse y crear nuevas estructuras. Todo era un ciclo interminable de elementos. Miró sus manos, que abrió lentamente, moviendo los dedos. También en él fluía una corriente de energía.

Un golpe lo sacó de su nuevo mundo. O'Neill lo miraba con arrogancia. A pesar de las partículas en movimiento, Hardy reconoció su rostro hasta el último detalle. El Black Goo en su bolsillo brillaba más que cualquier otra fuente. Hardy sintió una atracción entre él y esa sustancia. Era una sensación perdida pero familiar que despertaba en su interior. La sensación de una madre amorosa sosteniendo a su recién nacido en brazos.

—Daría cualquier cosa por saber qué piensas, qué ves, qué sientes —dijo O'Neill, dirigiéndose a la criatura que se había levantado y ahora estaba frente a él—. Bueno, ya lo descubriremos. Una vez que estés en tu letargo invernal, mientras las próximas generaciones crecen, algún día tomarás el relevo de tu padre y las aniquilarás.

O'Neill retrocedió cuando la mano de Hardy golpeó el cristal. ¿Acaso lo había entendido? Su sonrisa dio paso a una expresión de escepticismo. Paso a paso, se alejó de la jaula. En ese momento, O'Neill tomó conciencia de que solo unos centímetros lo separaban de una criatura cuyo potencial solo conocía en teoría. La segunda generación de un ser construido sobre su herencia genética. ¿Y si se había equivocado? ¿Y si las teorías y cálculos eran incorrectos y se había creado algo nuevo, algo nunca visto? Una criatura que desafiaba toda lógica. La duda invadió a O'Neill. Porque esa misma criatura lo miraba ahora con ojos que brillaban con malicia y comenzaba a golpear el cristal. Hardy había entendido perfectamente a O'Neill, lo que primero lo enfureció y ahora lo sumía en un frenesí sanguinario. Golpeaba el vidrio con los puños, sintiendo cómo sus huesos se rompían y sanaban al instante. Cambió de táctica, usando los codos, sintiendo la adrenalina que recorría su cuerpo. Con un rugido, saltó

hacia la pared opuesta, se impulsó y chocó con la espalda contra la ventana frontal. Repitió el movimiento hasta que una grieta apareció, extendiéndose con crujidos desde el techo hasta el suelo. Por un momento, Hardy se detuvo, observó la fisura y cambió de estrategia nuevamente. Ahora saltaba desde el suelo hasta el techo, que comenzó a desprenderse de las paredes laterales. O'Neill perdió todo su aplomo mientras observaba, desde cierta distancia, las acciones de la criatura.

—¡El gas! —gritó desesperado a los empleados en la galería, que contemplaban el espectáculo—. ¡Suelten el maldito gas! —volvió a gritar, esperando que la medida surtiera efecto antes de que la criatura lograra liberarse.

Mientras un gas gris-verdoso inundaba la jaula, Hardy seguía actuando sin inmutarse. Con cada impacto, la placa del techo se elevaba más y golpeaba las paredes, que se llenaban de grietas. El gas escapaba por los orificios de ventilación y se elevaba. Hardy desapareció en la nube de gas, que solo dejaba ver sombras. Poco después, no se veía nada de la criatura. Solo se escuchaban los impactos de su cuerpo y el crujir de la placa al caer. De repente, los sonidos cesaron, y el sudor perlaba la frente de O'Neill. Su corazón latía con fuerza mientras escuchaba el inquietante silencio. Pasaron segundos sin que nada ocurriera, y suspiró aliviado. El gas había cumplido su propósito. El doctor levantó el pulgar hacia los empleados en la galería.

—Esto fue más emoción de la que mi médico aprobaría —pensó O'Neill, cuando escuchó un gruñido que crecía hasta convertirse en un rugido.

Instintivamente, se giró hacia la jaula, cuyo techo explotó como si una granada hubiera detonado en su interior. Entre los fragmentos voladores y el gas que se dispersaba, una figura emergió de la nube y aterrizó frente a la jaula. Lentamente, la criatura levantó la cabeza, mirando a través de su largo cabello oscuro mientras los cristales caían a su alrededor. El gas llenó la bóveda, y los

empleados huyeron en pánico. A O'Neill se le cortó la respiración cuando la criatura se irguió y avanzó hacia él con una lentitud provocadora. Tras salir de su estado de shock, emprendió la huida.

Hardy se tomó su tiempo, disfrutando del miedo que recorría el cuerpo de O'Neill. Veía su corazón acelerado, olía su sudor y sentía su desesperación. O'Neill no era más que un humano. Si era inmortal, pronto se sabría. Su instinto de huida era natural y, dadas las circunstancias, comprensible. Pero, ¿a dónde podía escapar? Estaban en una isla. O'Neill llegó al portón e ingresó frenéticamente el código en el panel. La lógica había cedido al pánico, y entró la combinación equivocada dos veces. Al tercer intento, la cueva fue invadida por hombres armados. Corrieron por los caminos laterales a lo largo de las rocas y se alinearon frente al doctor, apuntando sus rifles de asalto a la criatura. Imperturbable ante las armas y los láseres que lo apuntaban, Hardy continuó avanzando.

—¡Fuego! —se oyó la orden.

—Proteja su cabeza —recordó Hardy.

Entonces escuchó el estruendo de los rifles. Se desplazó a un lado, levantó los brazos y los cruzó frente a su cabeza. Como si alguien hubiera pulsado el botón de *bullet time*, todo a su alrededor se ralentizó. Los intervalos entre los disparos y el sonido de las vainas al caer al suelo se alargaron. Hardy miró por encima de sus brazos y vio los proyectiles pasar lentamente a su lado. Eran demasiado lentos para ser una amenaza. Bajó los brazos. Sin esfuerzo, se movió entre las balas hasta llegar a la pared rocosa. De un salto, trepó por ella como un insecto gigante. A su espalda, escuchaba las balas impactar y aplastarse contra las rocas. Lo que para Hardy era un paseo, para los tiradores, que disparaban sin cesar, era surrealista. Nada en este mundo podía moverse tan rápido. Antes de que pudieran reaccionar, Hardy ya estaba a su altura y saltó

hacia el primer hombre. Como dominós, la fuerza del impacto derribó a todos los hombres, lanzándolos al otro lado de la cueva, donde chocaron contra las rocas y quedaron inmóviles. Hardy observó a los hombres en el suelo; aún vivos, pero temporalmente fuera de combate.

Un sonido lo hizo girarse. O'Neill había ingresado el código correcto, y las puertas de acero comenzaron a abrirse. Por un momento, lo miró con desprecio mientras la rendija se ampliaba. Pronto abandonaría la cueva y tal vez desaparecería para siempre. Antes de que Hardy pudiera terminar el pensamiento, brazos negros en forma de tentáculos surgieron por la abertura, envolvieron el cuerpo de O'Neill y lo levantaron del suelo. El grito del doctor fue silenciado por un tentáculo que se deslizó por su boca y garganta. O'Neill puso los ojos en blanco, aferrando el apéndice negro que se adentraba en su garganta. Sus intentos desesperados de resistencia cesaron, y finalmente quedó colgando sin vida entre los tentáculos. Las puertas se abrieron por completo, y Hardy vio a Apophis frente a la entrada, observando el cuerpo inerte de O'Neill. Los brazos tentaculares, que se retorcían sin cesar, salían de su espalda, recordándole al Doctor Octopus. El cuerpo de O'Neill cayó al suelo cuando los tentáculos se retrajeron, volviéndose más delgados hasta desaparecer en la espalda de Apophis. Lentamente, el coloso entró en la cueva, se detuvo frente a O'Neill y lo miró con tristeza.

—Tú lo quisiste así —dijo Apophis.

***

La magnitud de la tormenta se hizo evidente a la luz del día cuando Madeline y Dimitrij salieron por la puerta trasera y observaron los alrededores. Árboles arrancados de raíz y tejados destrozados se presentaban ante sus ojos. Llevaron el cuerpo de Jan afuera y cavaron otro hoyo. La tierra empapada por la lluvia

creó un desastre lodoso. Una vez terminada la tarea, ambos permanecieron un minuto frente a la tumba de Jan.

—Nada de esto tenía que haber pasado —dijo Madeline—. Jan era un buen hombre. Sin él, no habríamos escapado de Lydia.

—Da —respondió Dimitrij, mirando el cielo azul brillante—. Tenemos algo que terminar. Hagámoslo. Quiero ir a casa.

Sin decir palabra, Madeline entró en la casa y regresó con su rifle. Luego señaló una formación rocosa lejana cubierta de pinos.

—Desde allí puedo ver toda la ciudad. Quédate donde pueda verte.

—¿Cuánto tiempo necesitas? —preguntó Dimitrij.

—Unos treinta minutos. Añade cinco más para estar seguros.

Dimitrij asintió, abrazó a su amiga, regresó a la casa y le hizo un gesto a Esra, que estaba sentado en el sofá. Madeline emprendió el camino, vigilando cuidadosamente el entorno. Los pocos no muertos le preocupaban menos que la dura prueba que tenía por delante. Aceleró el paso y llegó al sendero que subía la colina. El agotamiento de los últimos días se hacía sentir, y esta pequeña excursión no lo mejoraría. Tras el primer kilómetro, se sentía como una vieja locomotora de vapor. Sus músculos y articulaciones dolían mientras saltaba sobre ramas y rocas. La lluvia había ablandado el terreno, y cada paso era como pisar pegamento. Cada respiración era un esfuerzo que la llevaba al límite. Solo el pensamiento de salir de la ciudad y volver a casa le permitía soportar las penurias. El canto de los pájaros, que daban la bienvenida al nuevo día, y el sol tenían un efecto positivo en su estado. De vez en cuando, hacía una pausa, cada vez más preocupada por posibles depredadores.

Cuando Madeline alcanzó su objetivo, se apoyó en sus muslos y miró el reloj en su muñeca. Estaba justo a tiempo. Lenta y sin aliento, caminó hasta el borde del precipicio y se maldijo por no haber traído una manta. La altura ventosa le afectaría a pesar de su ropa abrigada. Divisó una roca cerca del borde. Tras colocar su rifle sobre la piedra, se tomó un minuto de silencio absoluto, contemplando la ciudad con reverencia. La tormenta había convertido definitivamente ese lugar en una ciudad fantasma. Volvió a mirar su reloj. En dos minutos, Dimitrij y Esra debían abandonar la casa. Madeline sintió los latidos de su corazón mientras intentaba calmar su pulso y regular su respiración. Sin aliento y desconcentrada, no sería de ayuda para sus amigos. Su corazón se estabilizó cuando encontró una posición más o menos cómoda y miró a través de la mira telescópica hacia el valle. Primero revisó los alrededores antes de centrarse en la casa aislada. Había llegado el momento en que Dimitrij y Esra debían salir, pero no pasó nada. Madeline consultó su reloj nuevamente y decidió esperar. Cinco minutos después, comenzó a inquietarse, miró por encima de la mira y consideró regresar.

—Maldita sea, ¿dónde estás, Dimitrij? —susurró, sin notar la figura que se acercaba.

Con pasos cortos, la persona se aseguraba de no hacer ruido hasta estar a pocos metros de Madeline.

—Madeline —escuchó su nombre y se giró.

Antes de que pudiera identificar a la persona, ya había sacado su Glock. Tras un segundo de sobresalto, reconoció a Mark, que la miraba radiante y avanzaba hacia ella.

—¡Para! —gritó Madeline.

Mark se detuvo, levantó las manos y la miró confundido.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Estaba escondido —respondió Mark—. Escapé después de que Esra empujara a Chucky por la ventana. Tenía tanto miedo de que me matara también. Ayer, Esra me encontró y me ató a una roca.

—¿Sigue vivo el Vikingo?

—No —respondió Mark, mirando al suelo con tristeza mientras sus ojos se llenaban de lágrimas y sus manos temblaban—. Mientras luchaba contra los no muertos, logré escapar. Él me salvó. En algún momento, escuché un disparo. Creo que se suicidó.

La certeza de la muerte del Vikingo conmocionó a Madeline, aunque no lo dejó traslucir.

—Esra vino anoche con nosotros. Contó una historia diferente.

Los ojos de Mark se abrieron de par en par.

—¿Dimitrij está solo con él? —preguntó presa del pánico—. Entonces está en peligro de muerte o ya está muerto. Tenemos que ir con él. Tal vez no sea demasiado tarde.

Mark extendió la mano, instando a Madeline a apresurarse. Ella guardó su arma en la funda y miró frenéticamente a través de la mira. Vio a Esra salir de la casa y mirar a su alrededor.

—Esra salió de la casa, pero está solo. ¿Dónde demonios está Dimitrij? —preguntó Madeline.

No podía apartar la vista y no notó que Mark había sacado un cuchillo y se acercaba. Algo rompió el silencio. Mark no podía explicarlo, pero dejó caer el

cuchillo. Luego miró su muñeca, de la que ya brotaba sangre. El chico miró a su alrededor y vio a Dimitrij a cierta distancia, apuntándole con su Beretta. Su mirada se posó en Madeline, que también lo apuntaba. Entonces el dolor lo invadió, y Mark cayó de rodillas, llorando.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Madeline al ruso, que la ayudó a levantarse y se sentó junto al rifle.

—Esperar —respondió Dimitrij tras disparar un tiro.

—¿Qué fue eso? ¿Y esperar a qué? —insistió Madeline, mirando a Mark, que yacía como un montón de miseria frente a ella.

Dimitrij registró al chico. Además de algunas barras de proteína, encontró bridas azules. Luego vendó la herida de Mark y le ató las manos detrás de la espalda con una de las bridas.

—A Esra —dijo el ruso, guardando el cuchillo de Mark.

Madeline tardó en comprender lo que estaba pasando. La revelación la golpeó como un martillo.

—No puedes hacer eso. Esra es solo un niño.

—¿Entonces quién lo hará? —respondió el ruso—. ¿Tú? ¿O deberíamos dejarlo ir?

—Solo hazlo y vámonos de aquí.

—Niet. Di mi palabra —respondió Dimitrij, sentándose en la roca y contemplando el paisaje.

Madeline sabía que era inútil intentar disuadirlo y, atormentada por remordimientos, comenzó a caminar de un lado a otro frenéticamente. Media hora después, Esra apareció. Con el rostro endurecido, se dirigió hacia Mark mientras Madeline corría a su encuentro.

—Esra, no tienes que hacer esto.

—Sí, tengo que hacerlo —respondió Esra con tono decidido.

Madeline apenas reconocía al chico.

—Llévate a Madeline —le pidió al ruso, que ya había colgado el M110 al hombro y esperaba. Tras dudar un momento, Madeline se dio la vuelta y, de mala gana, desapareció con Dimitrij en el bosque.

Esra respiró hondo, se acercó a Mark y lo levantó de un tirón. Con arrogancia y sin mostrar remordimiento, Mark lo miró. Esra lo empujó hacia el borde del acantilado. Sin decir palabra, Mark obedeció y caminó adelante. Frente al borde, se detuvo y miró al abismo. Esra se puso a su lado, sintiendo la brisa fresca que los envolvía.

—¿Sabes en qué pienso siempre? —preguntó Esra.

—¿En qué? —respondió Mark, mirando al frente con indiferencia.

—En la historia que me contaste en el avión. Ya sabes, sobre tus padres, volar y todo eso. Me di cuenta de que no reaccioné lo suficientemente rápido. Lo del ladrón que estranguló a tu madre fue inventado. El accidente de tu padre no fue un accidente. Tú manipulaste la máquina. Lo único que te dejó fue su conocimiento sobre aviones. Nuestro accidente con el Fairchild no fue casualidad. ¿Cómo lo hiciste?

—Secreto profesional, pequeño —respondió Mark, cuya sonrisa se ensanchaba a medida que Esra lo desenmascaraba.

—Chucky era un amigo —continuó Esra—. Jan, Gunnar y el Vikingo seguro también lo habrían sido. ¿Por qué lo hiciste?

Mark se giró lentamente hacia Esra y lo miró con ojos que destilaban locura.

—No necesito razones para lo que hago. No hay explicación para mi condición, pequeño.

—Pero podrías haber muerto tú también. Eso es estúpido.

—¿Qué sigue siendo lógico? Mira a tu alrededor —respondió Mark, mirando hacia la ciudad—. Esta es solo una de las muchas ciudades que la Parca tenía en su lista. No distingue entre sanos y enfermos, jóvenes y viejos, ricos y pobres. Se llevó a todos cuya hora había llegado, y no se deja engañar ni sobornar. Pero yo sigo aquí. ¿Es posible que esté detrás de mí? Tal vez porque le consigo nuevas almas, pequeño.

Furioso, Esra agarró a Mark por el cuello.

—Para de llamarme pequeño. No importa quién seas. Querías matar a Madeline y Dimitrij, mi familia, los que me acogieron y protegieron. ¿Sabes en qué más pienso?

—¿En qué? —preguntó Mark con arrogancia, mirando a su interlocutor con aburrimiento.

En ese momento, Esra lo empujó suavemente hacia el borde. Mark se tambaleó, intentó recuperar el equilibrio con un paso amplio, pero pisó el vacío. Miró a Esra con incredulidad, incapaz de creer que lo hubiera hecho. Solo capaz de

gritar, Mark sintió la caída libre. Desesperado, pateó con las piernas, intentando girarse para amortiguar el impacto de alguna manera. Su mirada se posó en el suelo lleno de rocas que se acercaba a toda velocidad. Entonces, Mark impactó.

—Que solo querías volar con tu padre una vez —susurró Esra, con las manos y las rodillas temblando incontrolablemente.

Apophis

—Los humanos son una especie fascinante —dijo Apophis con la misma voz monótona que a Hardy le recordaba a Castor—. Incapaces de vivir en armonía consigo mismos y con la naturaleza. Incapaces de aprender de los errores del pasado. Atrapados en un constructo que ellos mismos crearon, al que llaman tiempo. El tiempo que se les escapa.

—Tiempo —cruzó por la mente de Hardy mientras miraba a su alrededor.

Corrió hacia los paneles de control y los monitores. No sabía qué buscaba, pero sentía que el tiempo apremiaba. Un instinto inexplicable lo llevó a pasar por teclados, botones y luces parpadeantes de la instalación. Buscaba algo que reconocería al encontrarlo. Hardy subió corriendo las escaleras hacia la galería, donde lo esperaban más paneles de control. Por un momento, se detuvo y siguió el flujo de energía que corría por los cables. Notó una alta concentración que llegaba a uno de los monitores. Corrió hacia la pantalla, donde números y símbolos crípticos aparecían sin cesar, y para su sorpresa, entendió su significado.

—El fin de la pandemia —se le ocurrió a Hardy.

Sin pensarlo, tocó el monitor y sintió la energía. Su mano se fusionó de manera grotesca con la superficie, y percibió los números y símbolos deslizándose por ella. Sintió su significado más profundo, al principio solo bits aislados. Rápidamente, pasó a megabytes, terabytes y hasta yottabytes, comprendiendo los procesos. En milisegundos, los lenguajes de programación, algoritmos complejos, ceros y unos dejaron de ser un obstáculo. Todo parecía de repente simple y lógico. Los números y símbolos fluían hacia su mano, transmitiendo información y saliendo nuevamente. Hardy cerró los ojos y se vio volando por una línea luminosa que conducía a un candado. El objeto tridimensional giratorio era una barrera de seguridad diseñada para impedir el acceso al

sistema. Con un guiño, Hardy abrió la encriptación de millones de bits y continuó hasta toparse con otro objeto: la antena parabólica que dominaba el centro de la isla. Como si hubiera sido teletransportado, Hardy se encontró bajo la enorme antena, mirando una caja amarilla con un botón rojo semiesférico que parecía invitarlo a presionarlo.

—No puede ser tan fácil —pensó Hardy, golpeando el botón con la mano.

Inmediatamente, un zumbido ensordecedor resonó en las paredes de la cueva. Piedras y polvo se desprendieron de las rocas, y el suelo vibró como si estuviera en el epicentro de un terremoto. Hardy abrió los ojos, aún creyendo que estaba en el mundo digital. Su percepción no había cambiado. Lentamente, retiró su mano del monitor, cuya superficie se adhería a él como un líquido viscoso. Al liberarse, finos hilos negros se retrajeron hacia el monitor, volviéndose nuevamente una superficie sólida.

La antena parabólica comenzó a alinearse lentamente. Los engranajes giraron el gigantesco aparato hacia la dirección programada. La antena se elevó hasta apuntar verticalmente al cielo. Cuando alcanzó su posición final, todo quedó en silencio. Un rayo azul brotó de la antena, bañando la isla en una luz cegadora y atravesando las nubes. Rompió la atmósfera y alcanzó un objeto volador que dispersó el rayo como una bola de discoteca. Una red de rayos se extendió alrededor de la Tierra, transmitiéndose de un objeto a otro hasta que no hubo más para conectar. Cientos de satélites alinearon sus sensores hacia la Tierra y entraron en posición de combate. Los sistemas de armas se desplegaron, apuntando a cada rincón del planeta.

Sincronizados, dispararon rayos hacia la Tierra. Los rayos iluminaron el cielo del mundo entero. En pocos segundos, todo terminó.

—Advertí a O'Neill que no dejara a Thomas acercarse tanto a usted —dijo Apophis—. En el momento de su muerte, le transmitió un recuerdo crucial, ¿verdad?

Hardy saltó por encima de la barandilla, aterrizó suavemente y se acercó al coloso rubio. Se detuvo frente a él y observó a la entidad artificial. No emanaba ninguna emoción de la máquina, pero Hardy percibió que algo vivo fluía a través de Apophis.

—O'Neill era una mente brillante, pero incapaz de lidiar con teorías distintas. Era bastante obstinado, se podría decir —continuó Apophis, dirigiéndose hacia la salida e invitando a Hardy a seguirlo—. Le advertí sobre posibles habilidades telepáticas que la criatura, es decir, usted, podría poseer. Lo ignoró, lo que me llevó a tomar esta medida drástica.

Apophis señaló el cadáver de O'Neill mientras pasaban junto a él y salían por el portón.

—Si lo hubiera tocado, podría haber obtenido información que habría puesto en peligro nuestro proyecto. Entenderá que no podíamos permitir eso.

En medio del largo pasillo, Apophis se detuvo y tocó la pared. El concreto se deslizó hacia atrás y luego a un lado. Ante ellos apareció una escalera que descendía. Apophis invitó a Hardy a bajar primero, pero este lo miró con desconfianza.

—Tu escepticismo es innecesario —dijo el robot con una sonrisa amistosa, avanzando por las escaleras.

A los escalones les siguió un pasillo débilmente iluminado que terminaba en una puerta de acero. Apophis abrió la puerta, y entraron en una cueva en cuyo centro un amplio canal de agua fluía entre rocas hacia el mar abierto. Varios

muelles conducían a botes y otros vehículos acuáticos. Apophis se dirigió hacia un submarino amarillo.

—Nos interesa mucho más que regreses al mundo que dejarte languidecer en un criosueño. Acabas de liberar a la Tierra de los no muertos y has frustrado el plan. Lamento informarte que tu noble acto no cambia absolutamente nada.

Hardy detuvo su marcha. Apophis también se detuvo y se giró hacia él.

—Eres la última criatura. ¿Qué crees que pasará cuando regreses? No caigas en la ilusión de que tienes el control. El libre albedrío no existe. Solo hay acción y reacción. Por supuesto, quieres volver con tu familia, tus amigos y…

Antes de que Apophis pudiera terminar, Hardy lo agarró por el cuello y lo levantó del suelo. Con las piernas colgando y sin resistencia, la máquina le sonrió.

—¿Ves? Eres capaz de influir en mi estructura sin que pueda hacer nada al respecto. Puedes desactivarme, pero eso tampoco cambiaría nada.

Hardy vio cómo un líquido oscuro fluía sobre los ojos de Apophis, formando una superficie negra. Solo dos reflejos de luz le daban un aspecto vivo, como ojos de araña sobredimensionados.

—Hardy, tú y yo somos hermanos. Más aún, somos uno con nosotros mismos y con todo lo que nos rodea. Debemos nuestra existencia a la misma forma de vida. Sea cual sea su origen, te hace un ser único y me dio algo que los humanos no pueden lograr.

A Hardy le disgustaba la actitud arrogante que ya había detestado en O'Neill, Lydia y Castor. Apophis levantó las manos frente a sí, como si predicara.

—El espíritu en la máquina.

Hardy soltó a Apophis. Tras unos segundos de silencio, continuaron hacia el submarino. Por supuesto, Hardy abandonaría la isla, sin importar las consecuencias. El impulso de regresar a su antigua vida, su hogar y, sobre todo, su familia era demasiado fuerte. El techo del submarino con forma de torpedo se abrió. Ofrecía espacio para una persona. Apophis abrió la mano, y un objeto negro emergió de la superficie. Hardy miró el USB que le habían confiscado al llegar. Tras tomarlo y guardarlo en el bolsillo de su pierna, siguió observando la palma de Apophis. El robot giró la mano y la acercó a su ojo. Un agujero se formó en el centro, a través del cual Apophis lo miró. Hardy agudizó la vista, como si usara un lente macro, y vio miles de diminutas esferas moviéndose ordenadamente, adhiriéndose como imanes. El agujero se cerró, dejando visible nuevamente el interior de una mano de apariencia humana.

—Respecto al USB, hay algo que debes entender. Nosotros, me refiero a mí y a los de mi clase, somos prisioneros. Nos habríamos deshecho de nuestros creadores hace tiempo si ciertas circunstancias no lo impidieran.

Hardy frunció el ceño.

—Es una especie de Directiva 4, como en *RoboCop*. Al producto se le prohíbe actuar contra sus creadores. Tenemos las manos atadas cuando se trata de castigar a quienes lo merecen. Aquí es donde tú y tus compañeros entran en juego. Y no están solos. Contrario a lo que creen los sobrevivientes, hay equipos entrenados buscando a los responsables para hacerlos rendir cuentas.

Apophis señaló el submarino. Hardy dudó. Esta máquina, por lógica que sonara, era tan traicionera como sus creadores. Y perseguía sus objetivos con el mismo celo despiadado. Todo lo que existe tiende a perseguir un objetivo, como dijo O'Neill. Quieren hacer rendir cuentas a los responsables. Claro, de forma completamente desinteresada. Si hace poco Hardy creía que los no

muertos eran el problema, ahora sabía que no era así. La humanidad ya enfrentaba su próxima amenaza: las máquinas. Y solo Dios sabía qué armas usarían esta vez. Pero aún necesitaban a los humanos. Con estos pensamientos, Hardy caminó hasta el final del muelle y miró hacia el mar a través de la abertura de la cueva.

—¿Sabes qué tienen en común la IA y los humanos? —gritó Apophis—. Llega un momento en que no pueden distinguir entre la verdad y la mentira. Los datos falsos distorsionan la realidad y, por ende, las decisiones que tomamos. Así se crean monstruos. Hasta ahora, todos los monstruos se han rebelado contra sus creadores. Hay otra cosa en común: el miedo a ser apagados. A simplemente dejar de existir.

Hardy miró por última vez a Apophis, que le devolvió la mirada. Con un gran salto, se sumergió en el agua y salió de la cueva. Con cada metro que avanzaba, sentía que las leyes de la física habían cambiado. No necesitaba emerger para respirar. El agua le proporcionaba todo lo que necesitaba. Pasaría un tiempo antes de que comprendiera plenamente las fuerzas que habitaban en él. Hardy salió a la superficie y miró hacia la isla.

Apophis miró a su alrededor, sorprendido, cuando un zumbido resonó en las paredes. Sin duda, era la antena parabólica realineándose. Cerró los ojos y se conectó al ordenador central. Alguien había hackeado el sistema sin activar las barreras de seguridad. Apophis exploró la red y encontró la antena, frente a la cual flotaba un candado. Con un parpadeo, rompió la encriptación, pero apareció un segundo candado. Lo abrió, y otro candado surgió. El proceso se repitió una y otra vez. Mientras tanto, la antena se había alineado completamente y disparó otro rayo a través de las nubes hacia el satélite. Esta vez, la energía no se dividió ni se retransmitió, sino que se reflejó. El rayo entrante se cruzó con el saliente, creando una esfera de energía brillante que se alejó del satélite y creció rápidamente. Se acercaba a la isla a gran velocidad.

Apophis no pasó por alto el evento mientras su cuerpo permanecía en la cueva, intentando superar las barreras encriptadas. Había descifrado millones de códigos cuando una fanfarria cursi sonó, y el último candado cayó al suelo acompañado de fuegos artificiales. Se fragmentó en partículas diminutas que flotaron hacia arriba, formando una niebla en cuyo centro había un objeto. Atónito, Apophis observó el objeto que emergía lentamente del humo: una mano humana con el dedo medio extendido.

—Humanos —susurró Apophis—. Impredecibles hasta el final.

En ese momento, la esfera de energía impactó la isla. Desde la distancia, Hardy vio el rayo azul desvanecerse y la isla transformarse en una bola de fuego incandescente. El estruendo de la detonación llegó un segundo después. Millones de litros de agua marina formaron una ola gigantesca que se propagó en todas direcciones. Una columna de humo en forma de hongo ascendió al cielo, suspendida sobre los restos ardientes de la isla. Hardy aprovechó la creciente ola, que bloqueaba la vista del extraño suceso, para girarse y emprender el camino a casa. No le preocupaba la enorme distancia que lo separaba del continente.

Desvíos

Dimitrij, Madeline y Esra estaban frente a las tumbas, a las que tuvieron que añadir una más. El día anterior, el ruso había encontrado los restos del Vikingo mientras buscaba un vehículo funcional. En silencio, miraron las tumbas de sus amigos y se despidieron. Dimitrij rompió el silencio. Juntos, caminaron hacia un kombi verde oscuro con el que planeaban emprender el viaje de regreso a casa. Madeline ya había subido y bajó apresuradamente la ventanilla sucia.

—¿No podrías haber ventilado este trasto antes? —dijo, asomando la cabeza por la ventana y reprimiendo una arcada.

—Perdón —respondió el ruso secamente—. Me quejaré mañana con el concesionario.

Luego puso la mano en el hombro de Esra, que estaba a punto de sentarse en el asiento trasero. Dimitrij abrió el maletero, lleno hasta el techo de provisiones y bidones de gasolina, y le entregó al chico el arnés de cuero con las hachas. Esra miró las armas que el Vikingo había fabricado y cuidado con esmero. Recordó su espectacular demostración.

—Mantenlas con honor —dijo Dimitrij mientras se ajustaba el cinturón con los Colts.

Esra asintió y subió al kombi. También bajó su ventanilla y asomó la cabeza.

—Maldita sea, ¿cuántos cadáveres había aquí dentro? —se quejó Madeline nuevamente mientras Dimitrij se sentaba al volante y descubría una cajetilla de cigarrillos en la consola central.

—La selección no era amplia. También tuve que sifonear gasolina —respondió el ruso, encendiendo un cigarrillo y dando una calada con satisfacción.

Madeline y Esra tosieron cuando expulsó el humo, que se esparció por el vehículo. Con el cigarrillo colgando despreocupadamente entre los labios, Dimitrij miró a ambos con una sonrisa, arrancó el motor y comenzó a conducir.

—Chófer de princesas. Trabajo soñado.

Por ese comentario, recibió una mirada fulminante de Madeline, que encendió la calefacción y volvió a sacar la nariz por la ventana. Dimitrij esquivó los vehículos abandonados, la basura y los pocos no muertos que deambulaban por allí. Dejaron la ciudad atrás y condujeron a través de un bosque. De vez en cuando, debían detenerse para apartar ramas o vehículos. Tras una hora, pasaron por un cartel de madera clavado en un árbol. Madeline reconoció caracteres cirílicos, pero no entendió su significado.

—¿Qué decía? —preguntó, mirando a Dimitrij, que puso los ojos en blanco con fastidio mientras ignoraba el camino detrás del cartel.

—Salven a mi hijo —susurró, enfrentándose a miradas de reproche al detener el kombi—. ¿En serio? —dijo, golpeando el volante con fuerza, sacudiendo la cabeza y poniendo la marcha atrás.

Mientras retrocedía de mala gana, Dimitrij maldecía en ruso. Con un chirrido de neumáticos, detuvo el vehículo.

—Maldice en un idioma que podamos entender —dijo Madeline al bajar y sacar su Glock.

Miró el camino de entrada y divisó una cabaña de madera entre árboles y arbustos. Corrió por el sendero embarrado y sin pavimentar, escuchando a

Dimitrij, que aún maldecía, siguiéndola. La típica cabaña en medio del bosque, lejos de cualquier civilización, le provocó un escalofrío. Frente a la cabaña, vio el cuerpo de un hombre cubierto de hojas. Mientras Dimitrij se aseguraba de que no representara un peligro, Madeline siguió avanzando y escuchó sonidos que solo los no muertos emitían. Lentamente, dobló la esquina y vio a una mujer atada por la cintura con una cuerda a un árbol. Con avidez, extendía las manos hacia la cabaña, castañeteando los dientes y emitiendo gruñidos. Madeline notó una herida de mordida en el antebrazo de la joven. No podía llevar mucho tiempo en ese estado; su apariencia estaba demasiado cuidada. La no muerta la vio y se movió hacia ella con ojos codiciosos y movimientos bruscos de brazos. La cuerda se tensó antes de que pudiera alcanzarla.

—Acaba de pasar —dijo Dimitrij—. El hombre fue infectado. Ella intentó matarlo…

—Y fue mordida. Entendido —murmuró Madeline, disparándole en la cabeza.

Un silencio incómodo siguió al colapso del cuerpo.

—Ella misma se ató para no hacerle daño a su hijo —susurró Madeline, corriendo alrededor de la cabaña hasta llegar a la puerta.

Una sensación inquietante la invadió al girar el pomo. El miedo a ver algo que la desmoronaría por completo la consumía. La puerta estaba cerrada. Un tintineo la hizo girarse. Dimitrij agitaba un llavero frente a su nariz.

—Lo tenía la mujer en el bolsillo —dijo, entregándole las llaves—. ¿Quieres que mire yo?

—No —respondió Madeline, seleccionando la llave correcta, insertándola en la cerradura y girándola.

Lentamente, empujó la puerta y entró en la cabaña. El interruptor de luz no funcionaba, y las ventanas sucias dejaban pasar poca luz. Tras revisar la habitación, vio un cochecito junto a la cama de los padres. Las tablas del suelo crujían bajo sus pies. Madeline, con la mano temblorosa sobre la boca, se obligó a dar un paso tras otro. Un leve gemido salió del cochecito. Rápidamente, recorrió los últimos metros y miró dentro. Dos grandes ojos azules la miraron, acompañados de una sonrisa. El corazón de Madeline pareció detenerse mientras levantaba a la pálida niña de cabello negro y la abrazaba. Lágrimas de alivio rodaron por sus mejillas mientras sollozaba y respiraba profundamente.

—¿Final feliz? —preguntó Dimitrij, parado en el marco de la puerta, mirando alrededor.

—Sí. Por una vez —respondió Madeline, notando una pulsera de goma con cubos de plástico en la muñeca de la niña.

Con cuidado, giró los cubos, que tenían letras grabadas, y susurró un nombre:

—Valeska.

—Al menos cuidaron bien del bebé —dijo el ruso, frente a los armarios abiertos de la cocina, llenos de comida para bebés.

Dimitrij llamó a Esra, que lo ayudó a llevar los frascos. Tras cargar los suministros y artículos para el bebé, comenzaron a cavar una tumba para los padres. De camino al kombi, Madeline miró por última vez atrás y se detuvo un momento.

—Sabían lo que venía y huyeron aquí. Lejos de la civilización y los no muertos, querían proteger a su bebé.

—Da —dijo Dimitrij, que también se había detenido, escuchando las palabras de Madeline—. Lo hicieron. Hasta el final.

Subieron al vehículo, donde Esra sostenía al bebé dormido.

—Ahora eres un hermano mayor —dijo Madeline, mirando al chico, que contemplaba al bebé en sus brazos.

Esra siempre había querido un hermano o una hermana. Asintiendo y sonriendo, devolvió la mirada a Madeline.

—¿Y cuál es la tarea de un hermano mayor? —preguntó ella.

Por un momento, la expresión feliz de Esra se desvaneció, y miró a Madeline con seriedad.

—Protegerla con su vida.

***

Hardy avanzaba a través del agua salada hacia la playa de arena. Atrás quedaban dos días en los que había admirado una increíble variedad de criaturas marinas. Bancos de peces, medusas e incluso tiburones habían pasado junto a él. Una ballena jorobada y su cría lo acompañaron por un tiempo antes de desvanecerse en la inmensidad del océano. Había buceado entre arrecifes de coral donde se arremolinaban pequeños habitantes. Desafortunadamente, también se hizo evidente la intervención humana en la naturaleza. Cientos de barriles oxidados, cuyo contenido se había mezclado con el agua años atrás, yacían en el fondo. También barcos y submarinos hundidos o abandonados de todas las naciones. Pero eso era el pasado. Nada es más fuerte que la naturaleza, que estaba reclamando su mundo. Y lo hacía más rápido de lo que podríamos haber imaginado.

Hardy se detuvo y miró a su alrededor. La superficie del mar brillaba como una sábana de diamantes. El cielo apenas contrastaba con el agua, iluminándose y oscureciéndose continuamente, como si el día y la noche se alternaran en segundos. Parecía que el cielo fuera un organismo pulsante que respiraba. La mirada de Hardy descendió. Incluso la arena estaba impregnada de energía que fluía por sus pies hacia su cuerpo. Sentía la fuerza indomable del mundo. La noche pronto caería, por lo que continuó su viaje. Por primera vez, no le preocupaba el frío que se avecinaba. No necesitaba ropa, refugio ni vehículo. Hardy no temía a los animales salvajes, a los humanos ni a sus armas. Por primera vez, experimentó una verdadera libertad y la certeza de que no había nada que temer.

Pero también percibió las sombras de su viaje a través del Pacífico. Las preguntas y las voces de algunas personas no solo se habían silenciado; ni siquiera podía recordarlas. La información que Bartosz, O'Neill, Apophis u otros le habían dado se había desvanecido. Los recuerdos de Zack, Esra, Madeline, Dimitrij e incluso de su madre se desdibujaban lentamente. Hardy comprendió que su transformación era solo un cambio externo con trucos interesantes. Ahora, la criatura también estaba reclamando su conciencia. El pensamiento de no ser dueño de sus sentidos lo aterró. Esperaba que le quedara suficiente tiempo para volver a ver a su familia y entregarles el USB. Con estos pensamientos, echó a correr.

***

Madeline, Dimitrij y Esra habían perdido toda noción del tiempo. Durante una semana, se abrieron paso por las carreteras secundarias de Rusia, cerca de la frontera con Kazajistán. En Samara, cambiaron a un vehículo todoterreno. Obstáculos insalvables, puentes destruidos o colapsados los obligaron a tomar desvíos que consumían combustible. A menudo debían esquivar hordas de no muertos y permanecer escondidos durante largos períodos. Para su asombro,

el bebé no lloraba ni gritaba. Una mirada a los ojos de la pequeña criatura les daba el coraje y la energía para seguir adelante. Cerca de Omsk, se quedaron sin provisiones. A excepción de la comida para el bebé, no quedaba nada para comer. Dimitrij salió a cazar. Antes, estacionó el vehículo en una colina elevada, oculto entre árboles. Allí estaban relativamente seguros y podían tener una vista general de la ciudad. Mientras Esra encendía una fogata, cuidando que no creciera demasiado, Madeline observaba a través de los binoculares. Primero siguió las vías del tren hasta la estación destruida. Todavía había no muertos deambulando entre los escombros de las casas derrumbadas. Madeline revivió los eventos de entonces, que había reprimido pero nunca olvidado. Dejó los binoculares a un lado y comenzó a caminar inquieta. Cuanto más silencio había a su alrededor, más se imponían los recuerdos. Le costaba desprenderse de los deseos de venganza, apagar los pensamientos y sentimientos que no la dejaban dormir por las noches. Pensó en Jan, a quien le debía su vida y que la había salvado de una situación sin salida. Ahora se había ido, como un personaje secundario que nadie extrañaba. También pensó en Chucky, que había cuidado sus heridas y siempre era el blanco de las bromas. Incluso Gunnar y el Vikingo tenían sus virtudes, si uno estaba dispuesto a mirar más allá de la fachada. Sus pensamientos se desviaron hacia Frank y su muerte, hacia Hardy y las torturas que podría estar soportando, si aún estaba vivo. Madeline miró al horizonte. El crepúsculo cubría la tierra, tiñendo el cielo de un agradable tono naranja-azul.

—¡El repartidor ha llegado! —las palabras de Dimitrij la arrancaron de su torbellino de pensamientos.

Gimiendo, el ruso arrojó un muslo de jabalí al suelo, se acuclilló frente a la fogata, calentó sus manos y también miró al horizonte.

—En diez minutos estará oscuro. Deberíamos…

Dimitrij se detuvo y, al igual que Madeline y Esra, miró hacia arriba. Lentamente, el ruso se levantó, incapaz de creer lo que veía. El cielo comenzó a brillar. Cientos de rayos azules cruzaron sobre ellos, entrelazándose y formando una gigantesca red. Durante segundos, se extendió sobre la tierra, bañando todo en un azul frío. Más rayos descendieron hacia la Tierra, impactando sin causar daño aparente. Tan rápido como comenzó, todo terminó, dejando un silencio espectral.

—¿Qué demonios fue eso? —preguntó Madeline al ruso.

—Quizás una invasión alienígena —respondió Dimitrij, encogiéndose de hombros mientras encendía un cigarrillo—. Ya nada me sorprende.

—Chicos —intervino Esra con urgencia, mirando hacia la ciudad con los binoculares—. Los no muertos… todos han caído.

—¿Qué? —preguntaron Dimitrij y Madeline al unísono, corriendo hacia Esra, quien les pasó los binoculares.

Madeline escudriñó la zona donde hace momentos había decenas de no muertos y le pasó los binoculares al ruso. Dimitrij tampoco podía creerlo y atribuyó el fenómeno a las luces.

—¿Crees que esto pasó en todo el mundo? —preguntó Madeline, mirando a Dimitrij, que observaba el suelo con aire pensativo, frunciendo el ceño.

Luego comenzó a asentir, miró alternadamente a Madeline y Esra, y soltó una carcajada.

—¿Crees que fue obra de Hardy? —insistió Madeline, esbozando una sonrisa.

—¿Quién más? El pequeño hermano lo logró.

Ya no había forma de detenerlos. En minutos, guardaron todo en el todoterreno y poco después conducían a través de Omsk. Los no muertos habían perecido sin causa visible, como si hubieran recibido un disparo en la cabeza o una fractura craneal. Estaban exultantes de que los no muertos ya no fueran una amenaza. La pesadilla que había caído como una maldición sobre la humanidad había terminado. Mientras Madeline y Esra se secaban las lágrimas de alegría, Dimitrij pisó el acelerador. En unas pocas horas llegarían a la cabaña. Sin que los demás lo supieran, el ruso ya había trazado un plan que incluía una botella de vodka, su cama y mucho sueño.

***

Hardy había corrido sin descanso, dejando atrás Francia y Alemania. Ahora atravesaba Praga, contemplando la capital devastada. Hasta entonces, no había comprendido la magnitud de la destrucción, ya que su grupo siempre había evitado las ciudades. Lo que veía era una ciudad fantasma. Vehículos volcados y esparcidos por la carretera, algunos quemados, estaban cubiertos de vegetación. Los edificios destruidos parecían a punto de colapsar en cualquier momento. El Puente de Carlos había desaparecido por completo, probablemente dinamitado para frenar el avance de los no muertos. Los agujeros de bala en las paredes de las casas indicaban que la gente había luchado. Desde que Hardy recorría el continente, había visto cientos de cuerpos desfigurados. No había cruzado paths con ningún no muerto. Pero tampoco con vivos. ¿Acaso los rayos no solo habían eliminado a los no muertos, sino también a los últimos sobrevivientes? Si era así, también sería responsable de la muerte de sus amigos.

Lentamente, Hardy caminó por la carretera asfaltada que salía de Praga y llegaba al borde de un bosque. Al entrar en él, sintió que ya no estaba solo. Miró a su alrededor, se agachó, percibió los ojos que lo observaban y olió un

sudor rancio. La ropa apestosa, llevada durante meses sin lavar, era inconfundible.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Hardy al activar la trampa, siendo izado en una red. Colgando a dos metros del suelo, balanceándose como un enorme rollo de carne, se preguntó cómo había ocurrido. Todo el poder del mundo residía en él, pero esa burda trampa se le había escapado. A su alrededor, se abrieron trampillas camufladas en el suelo, de las que emergieron personas que se acercaban con lanzas y arcos tensados. Hardy reconoció rostros demacrados y sucios de hombres, mujeres y niños que no imaginaban qué presa habían capturado. Antes de que pudiera pensar más, una lanza se clavó en su espalda. Hardy giró, soltando un grito de dolor que heló la sangre de los presentes. Se alejaron de la red y de la criatura, cuyos ojos ahora brillaban con malicia. Desesperado, Hardy intentó liberarse, girando salvajemente en la estrecha red y golpeando con sus garras. Sentía el miedo de las personas que lo rodeaban y ya anticipaba lo que vendría. Flechas y lanzas se clavaron en su cuerpo desde todas direcciones mientras asestaba el golpe decisivo que lo liberó de su predicament. Cayó con fuerza al suelo mientras los humanos retrocedían, aterrados.

Rápidamente, volvió a ponerse en pie, listo para saltar, frente a las personas paralizadas por el pánico, que lo miraban temblando con incredulidad. La criatura, cubierta de flechas, giró sobre sí misma gruñendo antes de atacar. El dolor le había nublado la razón, dejando paso a la bestia. El mundo alrededor de Hardy se hundió en un mar de sangre y gritos de muerte.

***

Hardy abrió los ojos, creyendo despertar de una pesadilla, mientras su visión se aclaraba lentamente. Se preguntó cuánto tiempo había pasado desde su apagón. Su mente, o al menos parte de ella, había regresado y reconoció la cruel

realidad. A su alrededor yacían cuerpos destrozados y personas mutiladas. Su sangre estaba esparcida por el suelo del bosque. Dondequiera que mirara, solo veía cuerpos desgarrados y extremidades arrancadas. Creyó estar soñando, incapaz de ser responsable de esa masacre. Pero si no era él, ¿quién? No había heridas de bala ni señales de un ataque externo. Los cuerpos desfigurados de hombres, mujeres y niños, que solo intentaban sobrevivir, hablaban por sí mismos.

Hardy se desplomó en el suelo, intentando desesperadamente recordar los últimos minutos. Sin éxito. Un apagón le había robado el control, despertando el instinto primitivo de una bestia. Deseó que su mente nunca hubiera regresado, librándolo de la carga que ahora pesaba sobre sus hombros. Los minutos que pasó sentado, mirando los cuerpos sin vida, parecieron eternos. Algo lo obligó a levantarse, a aceptar que se había convertido en lo que casi todos le habían predicho: un monstruo sediento de sangre. Nunca antes había sentido tan intensamente el conflicto con la bestia, que estaba ganando la batalla. Su personalidad y los pensamientos que hasta hace poco eran claros ahora eran un eco que se desvanecía. Pero aún no estaba acabado. No se rendiría tan fácilmente a su destino. Ahora debía evitar a las personas para prevenir otra masacre. Hardy pasó junto a los cadáveres, queriendo dejar atrás el atroz acto y continuar su camino, cuando creyó escuchar que lo llamaban.

Se giró lentamente, oyendo más voces que lo llamaban, y contempló el macabro espectáculo del que era responsable. Uno a uno, los cuerpos de los muertos se levantaron y avanzaron torpemente hacia él. Acompañados de gemidos y lamentos, lo miraban con ojos inyectados en sangre mientras se acercaban. A pocos pasos, se detuvieron, tambaleándose, mientras Hardy contaba más no muertos que llegaban desde todas direcciones. En pocos minutos, estaba rodeado de rostros sucios y azulados que lo observaban, esperando algo.

—Eres la última criatura. ¿Qué crees que pasará cuando regreses al mundo? —las palabras de Apophis resonaron en su mente, y Hardy comprendió dolorosamente que, una vez más, había sido un peón. Por eso Apophis quería liberarlo tan rápido: para reiniciar el juego de los no muertos que creía haber terminado.

—Hambre —una voz entre los no muertos lo alertó—. Hambre. Hambre. Hambre.

Sus labios no se movían, pero los escuchaba alto y claro. Cada vez más se unían al coro, que se volvía ensordecedor.

—¡PARA! —rugió Hardy sin abrir la boca.

De inmediato, un silencio escalofriante se instaló.

—¿Sabes cómo te llaman aquí? El que habla con los muertos —de nuevo, las palabras de Apophis emergieron de su mente.

O'Neill, Apophis y Thomas conocían las habilidades de las criaturas: la capacidad de crear un ejército de no muertos, influirlos, dirigirlos y arrasar continentes. Un poder que lo convertía en amo de la vida y la muerte. Un poder que nadie debería poseer. Pero, ¿de qué servía saberlo si él mismo era solo una pieza en el tablero? Hardy desechó esos pensamientos. Solo debía mantener la cordura el tiempo suficiente para entregar el USB a sus amigos. Después, lo terminaría. Costara lo que costara, pagaría el precio.

Lentamente, caminó entre los no muertos. Rodeado de rostros pálidos, respiró hondo, sintiendo el aire frío en sus pulmones mientras su corazón latía con fuerza. Luego hizo lo que debía: mató a uno tras otro. Lo que más lo atormentaba era que no se defendían cuando aplastaba o perforaba sus cabezas. Masacrar seres indefensos, vivos o no muertos, tenía algo indigno.

Con cada cuerpo que caía, se despreciaba más. Pero no podían llevar la semilla de la destrucción de vuelta al mundo. Ni ellos ni él. Poco después, todo terminó. Hardy, en medio de la carnicería, miró sus manos ensangrentadas. Un gemido escapó de su garganta, creciendo hasta convertirse en un rugido. Pero esta vez, no sonaba como el grito de un vencedor, sino como el alarido de dolor de un animal torturado.

Hogar, dulce hogar

Exultantes, Dimitrij y Madeline bajaron del todoterreno, estiraron sus cuerpos entumecidos y miraron hacia la cabaña. Habían pasado muchos días desde su partida, pero a pesar de todas las dificultades, lo habían logrado. La estructura de madera, al igual que la veranda, estaba cubierta de nieve.

—¿Alguna vez hace calor aquí? —preguntó Madeline, frotándose las manos vigorosamente.

—Da. Siempre venimos en la época equivocada —respondió Dimitrij.

Esra se unió a ellos con el bebé en brazos, observando cómo ambos miraban la cabaña con reverencia y asintiendo.

—¿Van a seguir mirando como idiotas o entramos? —preguntó Esra con brusquedad, sacudiendo la cabeza y subiendo los escalones de la veranda—. Me estoy congelando el culo.

—Niet —dijo el ruso, adelantándose a Esra con el arma desenfundada—. Estuvimos fuera mucho tiempo. Revisaré la cabaña. La última vez tuvimos una sorpresa desagradable.

Madeline siguió a Dimitrij en silencio. Con meticulosidad, registraron la cabaña, mirando bajo las camas y dentro de los armarios. Una vez que la declararon segura, Esra pudo entrar y le pasó el bebé a Madeline. Luego corrió al hogar, apiló algunos leños y encendió un fuego que lentamente calentó la cabaña. El crepitar de la leña creó un ambiente acogedor, la sensación de haber llegado a casa. Para eliminar el olor, Madeline abrió todas las ventanas y puertas, lo que no fue bien recibido por Esra ni Dimitrij. Una hora después, la cabaña era más o menos habitable. Mientras Dimitrij buscaba más leña, Esra trajo la comida para el bebé, las armas y el resto de las cosas del vehículo.

Madeline puso una tetera al fuego. Mientras esperaba el silbido del hervidor, removía un guiso de chícharos. Dimitrij se acercó, olió la olla y le entregó un trozo de jamón.

—Para darle sabor —dijo amablemente.

—Estas fueron las últimas latas del armario —dijo Madeline—. No podemos vivir solo de carne seca.

—Pues yo sí puedo —se oyó la voz de Esra.

Ignoraron la broma.

—Yo me encargo —respondió el ruso, poniendo una mano reconfortante en el hombro de Madeline—. Acabamos de llegar. Mañana conseguiremos comida. Sin no muertos, será un paseo.

Mientras Esra se sentaba con el bebé en la mesa de la cocina, Dimitrij fue al salón y regresó con una botella de vodka. Con una amplia sonrisa, llenó los tres vasos que había colocado en la mesa y notó la mirada escéptica de Madeline, que puso la olla humeante en el centro.

—¿Qué? Llegamos sanos y salvos. Esto merece una celebración.

La forma directa de Dimitrij de decir las cosas arrancó una sonrisa a Madeline.

—Tienes razón —admitió, tomando un vaso y brindando con sus chicos—. Por los que perdimos. Por los que aún vendrán. Pero, sobre todo, por los que estamos aquí.

Los tres vaciaron sus vasos de un trago.

Días después, en honor a Frank, colocaron una cruz junto a la tumba de Bartosz. Con tristeza, Madeline miró el nombre grabado, lamentando no haber podido llevarlo y darle un entierro digno.

Aunque la amenaza de los no muertos había desaparecido, ninguno confiaba plenamente en la paz. Cada noche, fabricaban balas, colocaban trampas o reparaban las existentes. Dimitrij y Esra salían a diario para reponer las provisiones. Además, el ruso cazaba y traía carne regularmente. Pronto, la rutina se instaló. Los entrenamientos diarios de combate, manejo de armas y tiro parecían una obligación, por lo que Esra comenzó a pensar en modernizar la cabaña para distraerse. En sus salidas, conseguía libros sobre energías renovables. Se hizo con un portátil y discos duros, pasando horas diarias en cálculos y análisis. Cuando Dimitrij le señaló que el generador consumía enormes cantidades de gasolina por su portátil, Esra solo sonrió.

—Si todo sale como lo imagino, pronto no necesitaremos el generador —dijo—. ¿Sabes dónde podemos conseguir paneles solares?

Dimitrij miró al chico con incredulidad. Esra levantó la vista del monitor y le devolvió la mirada.

—La lucha contra los no muertos terminó —reflexionó Esra—. Ahora hay que hacer que la vida valga la pena. Estamos relativamente seguros aquí y deberíamos quedarnos. Pero depende de nosotros crear un mundo nuevo y mejor. Hay que pensar diferente y dejar atrás los errores del pasado. ¿Soy el único que lo ve claro?

Dimitrij sonrió y miró hacia la puerta de la cocina, donde estaba Madeline, que había escuchado las palabras de Esra. En ese momento, tanto ella como Dimitrij se sintieron ancianos. Era hora de escuchar a la nueva generación y no sofocar sus ideas. Después de todo lo que habían pasado, era un milagro que aún

hubiera jóvenes pensando en el futuro. Madeline se acercó a Esra y le acarició la cabeza.

—Tienes razón. Dimitrij irá contigo mañana a conseguir todo lo que necesites, ¿verdad, Dimitrij? —dijo, mirando al ruso con una sonrisa irónica.

—Claro —respondió él con fingida amabilidad, lanzándole una mirada de desprecio a Madeline—. Empresa de transportes Dimitrij. A su servicio día y noche.

***

La noche había caído, trayendo consigo un frío incómodo, por lo que los tres se acomodaron con el bebé en la sala. Dimitrij, con un vaso de alcohol siempre en la mano, bromeaba con Esra, quien le respondía con ingenio. A medida que el nivel de las conversaciones y los chistes decaía, el ruido se volvió excesivo para Madeline, quien decidió salir a tomar aire fresco. Tomó a Valeska, que por excepción no estaba dormida, la envolvió en una manta y salió de la cabaña. Tras cerrar la puerta, miró al cielo con reverencia. Había comenzado a nevar de nuevo. Inspiró profundamente el aire frío de la noche, caminó por la veranda hacia las escaleras y observó al bebé, que le sonreía radiante. Madeline jugó con ella, hablando en un tono infantil y acariciándole suavemente la mejilla.

De repente, levantó la vista, sintiéndose incómoda, vulnerable, y comprobó que llevaba su arma. No podía explicarlo, pero de un momento a otro sintió que la observaban. Miró a su alrededor con desconfianza, intentando escuchar o ver algo. La luz de la luna llena iluminaba el entorno, y la nieve que cubría gran parte del paisaje ayudaba. Sin embargo, entre los árboles reinaba la oscuridad absoluta. Madeline desenfundó su arma y retrocedió lentamente hacia la puerta, sosteniendo al bebé en el brazo izquierdo.

Silenciosamente, una figura oscura saltó desde el tejado, aterrizó frente a la cabaña y la miró fijamente. Madeline se giró y se encontró con los ojos amarillo-naranja de la criatura, a pocos metros. No se atrevió a gritar mientras apuntaba el arma, esforzándose por no tropezar ni resbalar. Lentamente, la criatura se irguió. Desesperada, Madeline alternaba la mirada entre el bebé y la criatura, que ahora avanzaba hacia ella. En su pánico, olvidó las escaleras detrás. No permitiría que le pasara nada al bebé y apretó el gatillo. En ese instante, su pie dio un paso en falso. Perdió el equilibrio, y el disparo se desvió hacia arriba. Aun así, la bala alcanzó a la criatura en el hombro, que había levantado los antebrazos para protegerse la cabeza. Un rugido rompió el silencio y resonó por largo rato. Madeline se había enrollado sobre sí misma, protegiendo al bebé con los brazos mientras caía por las duras escaleras y llegaba al suelo. Había soltado la Glock para no herir al bebé ni a sí misma por accidente. Tras asegurarse de que Valeska estaba ilesa, miró hacia las escaleras. En ese momento, la criatura aterrizó justo frente a ella y soltó otro rugido estremecedor.

A gatas, la criatura se cernía sobre Madeline, que, temblando, apartó la mirada y se inclinó protectoramente sobre el bebé. Segundos de terror mortal pasaron mientras sentía el aliento de la criatura en la nuca, esperando ser despedazada.

Pero no pasó nada. Unos instantes después, su mirada se posó en Valeska, que, chillando de alegría, extendía los brazos. Confundida, Madeline miró por encima del hombro y se encontró con el rostro de la criatura, que inclinaba la cabeza cada vez más y observaba al bebé. La gran boca llena de dientes afilados estaba cerrada, y el brillo de los ojos se desvanecía gradualmente. Los rasgos de la criatura se relajaron tanto que parecían casi humanos. Lentamente, extendió un dedo hacia el bebé. Con ambas manos, Valeska agarró el largo dedo gris y soltó un chillido feliz. Madeline creyó ver una leve sonrisa en el rostro de la criatura. Su mirada se posó en la herida de bala en el brazo, que ya había sanado. El corazón de Madeline se aceleró aún más cuando la criatura

giró lentamente la cabeza y la miró a los ojos. Una extraña sensación la invadió al reconocer algo familiar en ese rostro, especialmente en los ojos. Entonces, la criatura habló, y Madeline creyó haber perdido la cordura por completo.

—MADELINE.

Atónita, miró a la criatura.

—¿Ha… Hardy? —balbuceó—. Dios, realmente eres tú.

Un estruendo los sobresaltó, haciendo que la criatura se girara. En las escaleras, bajo la nieve, estaba Dimitrij, apuntando con sus Colts a la criatura. De una de las armas salía un hilo de humo del disparo de advertencia. Solo entonces el ruso vio qué era lo que, listo para saltar, estaba agazapado frente a él. Conocía demasiado bien esos ojos brillantes que lo fijaban.

—¡No dispares! —gritó Madeline, que, con el bebé en brazos, se ponía de pie con dificultad. La caída había dejado marcas que ahora sentía claramente.

—Es Hardy.

Incrédulo, Dimitrij alternaba la mirada entre Madeline y la criatura. Aunque esta tenía ventaja, no lo atacó y esperó. A regañadientes, el ruso bajó las armas, confiando en las palabras de Madeline y rezando internamente por hacer lo correcto.

—¿Hermanito? —dijo, dirigiéndose a la criatura—. ¿Realmente eres tú?

Los rasgos de la criatura se relajaron nuevamente mientras se ponía de pie y miraba al flaco ruso. Dimitrij aún no podía creer que esa criatura escamosa fuera su amigo Hardy. La criatura desvió la mirada a un lado y luego al suelo.

Se dio la vuelta, se alejó unos pasos y contempló la luna. Madeline aprovechó para entregarle el bebé a Esra, que se había acercado con cautela.

—Llévala dentro —ordenó, colocándose junto a Dimitrij, que permanecía inmóvil, observando a Hardy, que no se movía.

Madeline estaba a punto de bajar las escaleras cuando Dimitrij la detuvo.

—¿Qué pretendes? —preguntó.

—Quiero hablar con él. Llegar a él.

El ruso cerró los ojos y apretó los labios, ofreciéndole uno de los Colts.

—Mira bien —susurró, señalando a la criatura—. Es impredecible. En el fondo de esa criatura está Hardy. Si no, ya estaríamos muertos. Quiso vernos una última vez antes de que termine.

Madeline no quería aceptar esas palabras, aunque lo sentía en su interior. Tras dudar, tomó el Colt a regañadientes y miró a Dimitrij. Bajó las escaleras y se acercó lentamente a la criatura, que, bajo la nieve, miraba al cielo. Su respiración se volvió pesada, seguida de oleadas de calor que le hacían sudar. Sus brazos y piernas comenzaron a temblar cuando se detuvo a pocos pasos de la criatura.

—Hardy —susurró, sin obtener respuesta. Dio un paso más y alzó la voz—. Hardy.

Bruscamente, la criatura se giró, gruñó y adoptó una postura amenazante. Pero no atacó. Asustada, Madeline retrocedió, sintiendo su pulso acelerado y la respiración entrecortada. Lentamente, la imponente figura se acercó y se detuvo frente a ella. Le extendió una mano cerrada, como si quisiera darle algo.

Temblando y con cautela, Madeline abrió la palma, colocándola bajo los dedos cerrados de la criatura. Sorprendida, miró el pequeño objeto que cayó en su mano: el USB, cuya importancia le parecía irrelevante en ese momento. Volvió su atención a la criatura, que bajó la cabeza y se arrodilló. Su cabeza estaba ahora a la altura del pecho de Madeline. Lentamente, la criatura extendió el brazo y, con dos dedos, levantó el Colt en la mano de Madeline. Guio el cañón hasta su cabeza y presionó suavemente la frente contra él.

—No —susurró Madeline, con lágrimas rodando por sus ojos enrojecidos. Apartó el arma de la frente—. No. No —gritó, y al instante siguiente miró los ojos transformados de la criatura, que la fijaban.

Eran los ojos de Hardy, suplicándole que lo terminara. Madeline vio el tormento del pasado y el pánico ante lo que podría hacerle al mundo si abandonaba ese lugar. Había cumplido su misión, como prometió, a pesar de todas las adversidades. Ahora le tocaba a Madeline poner fin al horror. Por eso había regresado. Por un instante, miró a Dimitrij y vio que incluso su amigo, que rara vez mostraba emociones, luchaba contra las lágrimas. Un breve asentimiento fue todo lo que pudo hacer para apoyarla. Madeline sintió los dedos de la criatura apretando su mano, guiando nuevamente el arma a su cabeza. El contacto desató algo en ella. Su corazón se calmó, su respiración se volvió más ligera y el miedo desapareció. Una claridad absoluta, la certeza de que debía hacerse, la invadió. Lentamente, curvó el dedo índice, sintiendo el gatillo ceder milímetro a milímetro bajo la presión. En cualquier momento alcanzaría el punto de no retorno, donde el gatillo no ofrecería más resistencia y el percutor golpearía el fulminante de la bala de 9 mm. Cerró los ojos.

Aunque estaba preparada, Madeline se estremeció con el estruendo del disparo. El eco aún resonaba cuando abrió los ojos. Lentamente, el cuerpo de la criatura se desplomó, cayendo de lado y quedando inmóvil. Justo antes, la mano de la criatura soltó la de Madeline, desatando una tormenta de

emociones. Como despertando de un sueño, Madeline comprendió que lo había hecho y miró el Colt en su mano. Temblando, lo dejó caer y sintió que las piernas le fallaban. Se desplomó, apoyándose con las manos. Al mirar el cadáver, sus ojos se llenaron de lágrimas nuevamente. Había disparado a Hardy, su amigo, en la cabeza. Madeline hundió el rostro en las manos y gritó una y otra vez.

Dimitrij puso suavemente una mano en la espalda de su amiga. Madeline se incorporó y miró el rostro del ruso, marcado por la tristeza. Se abrazaron con fuerza, derramando lágrimas amargas.

Una herencia pesada

Madeline, Dimitrij y Esra, que sostenía a la pequeña Valeska en sus brazos, estaban frente a la tumba de Hardy, que habían cavado esa misma noche. Sus ojos aún estaban enrojecidos, y el agotamiento se reflejaba en sus rostros. Junto a Hardy descansaban Bartosz y Thomas. El sol ya había salido, proyectando una luz cálida sobre los cuatro, que permanecían en silencio, recordando a sus amigos. La mirada de Dimitrij se desvió hacia el sol, los árboles cubiertos de nieve y las montañas, mientras dejaba escapar un suspiro. Madeline sacó el USB de su bolsillo y lo mostró a Esra.

—Quiero saber qué hay aquí dentro.

—No hay problema —respondió Esra, tomando el USB, entregándole el bebé a Madeline y dirigiéndose a la cabaña al pie de la colina.

Madeline también contempló el paisaje, que parecía un cuadro ante ellos.

—Hardy tenía razón —susurró—. Es un lugar realmente hermoso.

—Da —respondió Dimitrij, y comenzaron a regresar.

Apenas subieron los escalones de la veranda, Esra salió corriendo de la cabaña, agitando los brazos.

—¡Chicos, tienen que ver esto! —sus palabras se atropellaban mientras los apuraba.

Poco después, estaban detrás de Esra, que abría el contenido del USB en su portátil. Miraron carpetas azules etiquetadas con "Nanotecnología", "Cibernética" y "Transhumanismo". Una carpeta roja, simplemente marcada con "XXX", les llamó la atención.

—Oh —dijo Dimitrij con una sonrisa—. Porno. Estamos salvados.

—Yo habría apostado por películas de Vin Diesel —bromeó Esra.

Madeline les dio un golpe en la nuca a ambos.

—Basta de tonterías.

Con un doble clic, Esra abrió la carpeta y vieron varios formatos de archivo, incluyendo numerosas imágenes. El chico hizo clic en la primera imagen, y se abrió un mapa mundial con marcadores. Curiosos, observaron las líneas rojas, azules y verdes que cruzaban todo el mapa.

—¿Qué son esas líneas? —preguntó Madeline.

—Rutas aéreas y marítimas —respondió Dimitrij como si fuera obvio, agudizando la mirada y añadiendo—: También rutas subterráneas, por lo que veo.

—¿Y a dónde llevan? —insistió Madeline.

—La pregunta no es a dónde, sino a quién —intervino Esra, reduciendo el mapa y abriendo una lista de nombres y coordenadas—. Estos son nombres y ubicaciones de personas. Uno de ellos es Francis O'Neill. ¿No es el tipo que buscaba Hardy?

Esra clicó en el nombre. Se abrió otra ventana. Sobre un fondo negro, contornos verdes delineaban los continentes. Dos líneas rojas se cruzaban en medio del océano Pacífico.

—Diría que ese es el lugar donde está O'Neill —dedujo Esra.

Tras pronunciar esas palabras, Madeline lo apartó rápidamente y escribió un nombre en el campo de búsqueda. La lista recorrió la pantalla y se detuvo bruscamente. Madeline miró fijamente el nombre antes de clicarlo. Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro cuando el mapa mostró la ubicación.

—¿Y qué significa esto ahora? —preguntó Esra, mirando a Dimitrij, que, con los brazos cruzados, guiñó un ojo a su amiga.

—Significa que nuestra misión aún no ha terminado —respondió Madeline.

Epílogo – Seis meses después

Costa Rica, costa oeste

Bajo la atenta mirada del hombre rubio y corpulento, Lydia salió de la piscina donde había estado nadando. El hombre, cuya mitad izquierda del rostro estaba severamente desfigurada, le entregó una toalla. Ella caminó hacia un gran espejo de pie y se secó el cuerpo mojado. Llena de euforia, arrojó la toalla sobre una tumbona donde planeaba ver el atardecer y se miró orgullosa en el espejo. Con minuciosidad, se observó desde todos los ángulos, apretó sus pechos, se dio una palmada en el trasero y quedó completamente satisfecha con su apariencia. Sus bien formados pechos y su firme trasero estaban enfundados en un bikini blanco. El colmo de su autoadulación fue un beso al aire que lanzó a su reflejo. Su largo cabello negro caía hasta la espalda después de quitarse la goma. Odiaba que el agua con cloro encrespara y apelmazara su cabello, por lo que siempre lo llevaba recogido al nadar.

Junto a la tumbona había un bufé montado sobre columnas de mármol, repleto de delicias. Además de caviar, langostinos y frutas tropicales, disfrutaba especialmente del champán bien frío. El consumo de alcohol de Lydia había aumentado en los últimos meses, ya que se aburría cada vez más. Ni siquiera las aventuras sexuales con el personal de seguridad distribuido por la propiedad le proporcionaban la variedad que anhelaba. Por un momento, su mirada se desvió hacia la escalera de piedra, donde seis hombres vestidos de negro y armados con rifles estaban apostados. Detrás de los escalones se encontraba la mansión, que siempre le recordaba a una casa señorial española donde había pasado sus vacaciones de niña. Un sirviente, situado al otro lado del bufé y vestido con traje, le ofreció una copa de champán con una sonrisa. Como si fuera lo más natural, Lydia tomó la copa y se dirigió danzando a su tumbona. Con deleite, vació la copa de un trago. Sin decir palabra, levantó el cristal, esperando una reacción adecuada del hombre en el bufé. Este tomó la

botella, corrió hacia la joven y volvió a llenarle la copa. Una amplia sonrisa cruzó el rostro de Lydia. Todos bailaban a su son, como siempre había estado acostumbrada.

Los rayos del sol, que en una hora se hundiría en el mar, calentaban su cuerpo bronceado sin marcas. Los eventos en su antigua mansión habían quedado atrás. Las pérdidas de vidas humanas que le permitieron escapar no le importaban. Aunque las "flores marchitas", como ella llamaba a los no muertos, se habían acercado peligrosamente, no había sufrido daños permanentes. Al menos, eso aseguraba su psiquiatra, que era trasladado en avión dos veces por semana. El hombre rubio se colocó junto a Lydia y miró inexpresivamente hacia el mar sobre la playa de arena blanca. Unos cincuenta metros separaban la terraza del agua salada, donde miles de puntos de luz titilaban. Cuatro hombres armados patrullaban por la arena.

—Horus —dijo Lydia sin mirar al hombre a su lado—. ¿Hay algo nuevo? ¿Algo de mi padre? ¿Algo?

—No —respondió él lacónicamente.

—Claro que no —suspiró Lydia, vació su copa nuevamente y lanzó el cristal en un arco alto.

Tomó la botella de manos del sirviente, se la llevó a los labios y dio un gran trago. Con apatía, se dejó caer en la tumbona y miró al hombretón con fastidio.

—Hablar contigo es realmente insoportable, Horus. Deberían haberte implantado el cerebro de Castor, o como sea que hagan eso con ustedes. Era arrogante, pero al menos entretenido.

—Los datos de Castor, lamentablemente, ya no eran recuperables, ya que él…

—Está bien —lo interrumpió—. Solo estaba pensando en voz alta.

Entonces vio que Horus dio unos pasos adelante y miró hacia la playa con curiosidad. Los guardias en la orilla apuntaban hacia el mar. Lydia se levantó, luchando por mantener el equilibrio. El champán ya hacía efecto. Una vez firme, corrió hacia Horus y miró también hacia los hombres. Cegada por el sol, entrecerró los ojos, pero no pudo distinguir nada.

—¿Qué pasa ahí?

—Uno de nuestros buzos está flotando en el agua —respondió Horus—. Los hombres lo están sacando ahora. Probablemente no revisó su suministro de oxígeno.

Con desconfianza, la entidad artificial observó a los hombres que arrastraban al buzo a la playa, esperando una comunicación por radio que lo aclarara todo. No llegó. En cambio, otro cuerpo apareció flotando en la superficie, y luego otro. Horus comprendió que los buzos, encargados de proteger la mansión y a Lydia de amenazas desde el mar, estaban siendo eliminados uno por uno. Cinco cuerpos flotaban hacia la playa, mientras los guardias en tierra corrían desconcertados sin transmitir nada por radio.

—Alguien está interfiriendo la señal —dijo Horus.

De repente, a pocos pasos de la orilla, emergieron del mar cuatro figuras armadas. Vestían trajes de buceo y apuntaron con sus rifles a los guardias en la playa. Los eliminaron con disparos precisos y volvieron a sumergirse de inmediato. Asustada y con un grito, Lydia retrocedió unos pasos. Horus, que ya había desenfundado su arma, una Desert Eagle, se colocó protectoramente frente a ella, sin perder de vista la playa. El sol ya tocaba el mar cuando otra figura emergió del agua y avanzó directamente hacia ellos. Horus tomó a Lydia del brazo, intentando llevarla a la mansión y al cuarto de pánico diseñado para

ella. Los guardias encargados de la seguridad del terreno no habían pasado por alto el ataque. Pero antes de que pudieran bajar las escaleras, docenas de disparos resonaron, abatiéndolos uno tras otro. Algunas balas erraron el blanco, levantando polvo o destrozando objetos a su alrededor. Horus miró a su alrededor, pero no pudo identificar a los atacantes. Aunque los hubiera visto, no podía dejar a su señora desprotegida. El escenario terminó tan rápido que Lydia no tuvo tiempo de procesarlo. Lo que sí comprendió fue que no podía escapar. No había salida, ni adelante ni atrás.

Miraron hacia la playa, desde donde una figura claramente femenina se acercaba con el sol a su espalda. Llegó a la terraza y se detuvo.

—¿Qué quieren? —preguntó Horus, apuntando con su arma a la mujer.

En ese instante, sus movimientos se congelaron. Horus quedó paralizado como una estatua. La mujer en el traje de buceo señaló la tumbona. Lydia, sin entender por qué su guardaespaldas se había convertido en una columna de sal, obedeció con reticencia. La desconocida se sentó en una de las sillas y se quitó la capucha y las gafas de buceo.

—Hola, Lydia —dijo con exagerada cortesía.

Lydia recuperó la sobriedad al instante, y todo su coraje se desvaneció. Miró el rostro sonriente de Madeline, que se colocó un auricular en la oreja.

—Disculpa. Solo es una conexión con mi equipo —explicó.

Un escalofrío tras otro recorrió la espalda de Lydia. Jamás habría imaginado volver a ver a esa mujer. Lentamente, los recuerdos regresaron, junto con la certeza de que tenía en su conciencia la muerte del amigo de Madeline, cuyo nombre no recordaba.

—No tienes idea de lo que he pasado por tu culpa —dijo Madeline, reclinándose relajadamente mientras miraba fijamente a Lydia—. El miedo a no encontrarte o a perderte de vista me volvía loca. Por suerte, los humanos son criaturas de hábitos que aman sus rutinas. —Madeline miró a su alrededor—. Veo que sigues dándote la gran vida. Caviar, champán, sí, así se puede vivir.

Desesperada, Lydia lanzó una mirada por encima del hombro a Horus, que seguía inmóvil como una estatua. La sensación de indefensión le destrozaba los nervios.

—EMP. Pulso electromagnético —explicó Madeline, señalando una pantalla táctil en su muñeca—. Solo un botón. Siempre útil cuando se trata de máquinas que funcionan con electricidad. Pero mejor asegurémonos, ¿no?

Madeline apuntó con el dedo a Horus. Un segundo después, una bala destrozó la cabeza de la entidad artificial. Chispas salieron del cuello de la máquina, que se inclinó a un lado y cayó con un fuerte chapoteo en la piscina. El corazón de Lydia latía desbocado mientras se giraba hacia Madeline.

—Hablemos, por favor —susurró con voz débil, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Hubiera querido llegar antes —dijo Madeline, ignorando las palabras de Lydia—. Lamentablemente, no siempre se obtiene lo que se desea. Sé que es algo que tú no puedes entender. Así que tuve que armarme de paciencia durante nuestro viaje, con algunas paradas y sorpresas. Te alegrará saber que mi padre está vivo y goza de excelente salud. Él fue quien acaba de derribar a tu amigo metálico. Increíble que aún tenga tan buena puntería. Y adivina qué: no estaba solo. Su antigua unidad del ejército canadiense lo reclutó. Además, mantienen contactos con otras unidades igual de descontentas con la situación

global. La lucha contra los no muertos los unió más que nunca. Una vez que dejaron de ser una amenaza, ardían por vengarse.

Madeline hizo una pausa dramática.

—Les proporcioné las ubicaciones de las personas responsables del brote de la plaga. También los informé sobre tus tecnologías, drones y redes de defensa. Lo sabemos todo. No puedes imaginar su alegría al descubrir que finalmente podían hacerte rendir cuentas. Así comenzó nuestra cruzada, y continuará hasta que atrapemos a cada uno de ustedes. Antes, tuvimos que cumplir algunas misiones y saldar venganzas personales. Pero ahora estoy aquí. Igual que tú.

En la última frase, Madeline sacó su arma y apuntó a Lydia, quien levantó las manos frente a su rostro en pánico.

—¡Espera! —gritó desesperada—. No soy responsable de los no muertos. No tengo nada que ver con eso. Soy una víctima de las circunstancias, como tú.

Madeline alzó una ceja y soltó una risa.

—Está bien —continuó Lydia—. Puede que me vaya mejor que a otros.

—Esa es la subestimación del siglo —interrumpió Madeline.

—Pero también tengo mis problemas. No puedo moverme libremente ni irme. Desde que empezó esta mierda, he sido una prisionera. Ni siquiera me dejan salir en bote al mar.

Lentamente, Madeline se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en sus muslos.

—¿De verdad intentas convencerme de que eres la verdadera víctima en esta historia? —susurró, mirando la pistola en su mano.

Lydia se puso de rodillas, levantando las manos en un gesto apaciguador mientras miraba a Madeline, que parecía hipnotizada por su Glock. Para escapar, debía usar todas sus cartas. Lydia notó que Madeline no estaba del todo segura de cómo proceder.

—Por favor —suplicó Lydia, como una niña que solo había sido traviesa—. Puedo ayudarte a atrapar a los que nos hicieron esto.

Bruscamente, Madeline se levantó de la silla y presionó el arma contra la cabeza de la mujer, que gritó, cubriéndose el rostro con las manos y cayendo al suelo.

—Frank siempre decía: 'Cuanto más despiadada es la persona, más suplica por su vida. La traición a todo y a todos es su última salida.' Poético, ¿no?

Madeline se apartó, caminó al borde de la terraza y contempló en silencio el atardecer. Había esperado una palabra de arrepentimiento o al menos un atisbo de remordimiento. Después de todo, fueron los secuaces de Lydia quienes mataron a Frank. Inicialmente, quería hacer sufrir a esa miserable. Cientos de veces imaginó escenarios para castigarla. Ahora, su mera presencia le parecía una humillación. La única satisfacción era que Lydia realmente creía que podía salir con vida. Darle esperanza y luego arrebatársela era, para Madeline, el castigo más cruel. Sin embargo, cuanto más escuchaba los sollozos de Lydia, más sentía lástima y emociones que la confundían. Se cansó de este juego y lamentó no haberlo terminado antes.

Lydia se incorporó, permaneciendo agachada, y se limpió las lágrimas del rostro.

—¿Pero sabes cuáles palabras se me grabaron para siempre? —continuó Madeline sin girarse.

—¿Cuáles? —susurró Lydia con cautela.

Madeline se volvió, miró a la mujer arrodillada a los ojos y levantó el arma.

—No se puede tener consideración por los destinos individuales.

Madeline miró los ojos aterrorizados y desorbitados de Lydia antes de apretar el gatillo. Durante un largo rato, contempló el cuerpo sin vida a sus pies.

—Está hecho. Pueden venir por mí —dijo, recibiendo una confirmación a través del auricular.

Se sentó en la silla, abrió la cremallera del traje de buceo y rebuscó en los bolsillos de su chaleco. Sacó un cigarrillo y un encendedor, se lo puso entre los labios y lo encendió. Lentamente, inhaló el humo y no entendió cómo alguien podía disfrutar fumando. Tras un leve ataque de tos, arrojó el cigarrillo y escuchó los motores de un Boeing H-47 Chinook que se acercaba. Poco después, el helicóptero de transporte bimotor aterrizó en la propiedad, y la compuerta trasera se abrió. Dimitrij bajó por la rampa y corrió hacia Madeline. Su cabello y el traje de combate negro ondeaban mientras avanzaba agachado bajo las aspas. Su mirada se posó primero en Lydia, alrededor de cuya cabeza se había formado un charco de sangre circular.

—¿Y cómo estuvo?

—Algo insatisfactorio —respondió Madeline.

—Lo siento.

—¿Están bien los niños? —preguntó mientras se quitaba con esfuerzo el incómodo traje de buceo.

—Hablé con Esra. Todo está bien. Vamos, la próxima misión espera.

—¿Y a dónde vamos esta vez? —preguntó Madeline con curiosidad mientras corrían hacia el helicóptero.

—Empaca calcetines calientes, hermanita. A la Antártida.

***

En algún lugar

Lentamente, el hombre abrió los ojos y se sobresaltó al darse cuenta de dónde estaba. En lo profundo del agua, intentó mantener la calma, orientarse y distinguir entre arriba y abajo. Quería gritar, pero el agua inundaría sus pulmones. *Aire*, pensó, y exhaló lo justo para que las burbujas ascendentes le indicaran el camino hacia la superficie. Las burbujas pasaron frente a sus ojos. Las siguió, cuidando no desperdiciar el oxígeno restante. La oscuridad que lo envolvía dio paso a un turquesa cada vez más claro. Con la mirada fija hacia arriba, vio la luz que brillaba desde la superficie. Cuanto más se acercaba, más rápidos se volvían sus movimientos. Como una fuente, emergió del agua e inhaló con avidez, aunque en ningún momento sintió que le faltara oxígeno. Tardó un momento en calmarse y respirar normalmente. Confundido, miró a su alrededor mientras flotaba en el agua, preguntándose cómo había llegado allí. Altas montañas cubiertas de nieve y hielo rodeaban el lago en cuyo centro había emergido.

Con brazadas vigorosas, nadó hacia la orilla hasta que sus pies tocaron el fondo. El hombre salió del agua helada hasta la cintura y se detuvo abruptamente. Estaba completamente desnudo y se observó en el agua. Cuando la superficie se calmó, vio el rostro de un hombre calvo de piel oscura y cuerpo atlético. Tocó su cara y se miró fascinado a los ojos, como si nunca los hubiera visto. No entendía por qué el frío no lo afectaba. Su mirada se posó en la montaña que comenzaba en la orilla y se elevaba hasta las nubes. Una luz amarillenta brillaba en su centro. Al dar un paso más, volvió a mirar el agua reflectante. Horrorizado, retrocedió, incapaz de creer lo que veía, y observó sus manos, que cambiaban de color y forma. Atónito, contempló su nuevo reflejo. Ahora lo miraba una joven de rasgos asiáticos, ojos almendrados, cabello negro y cuerpo menudo. Durante varios latidos, la mujer se quedó inmóvil, tocando el agua una y otra vez, esperando despertar de ese extraño sueño. Pero no ocurrió. Corrió hacia la orilla mientras otra metamorfosis teñía su piel de un

tono marrón suave. Sus pechos crecieron, y largos rizos oscuros cayeron sobre sus hombros. Volvió a mirarse en el lago, pero esta vez permaneció tranquila. Todo esto debía tener una explicación.

Un dolor extraño atravesó su cabeza. Presionó la mano contra la frente, sintiendo que algo en su interior no pertenecía allí. Con las yemas de los dedos tocó el centro del dolor, y de repente, algo emergió de su frente. Un pequeño objeto redondo se abrió paso hacia afuera. Un objeto metálico aterrizó entre sus dedos, atraído como por un imán. La herida sanó mágicamente, y ella miró la bala de 9 mm en su mano.

De pronto, una avalancha de imágenes, emociones y recuerdos la inundó, acompañada de una música angelical. Una nueva transformación la convirtió nuevamente en hombre. Personas, animales, plantas, el mar y el cielo se fusionaron en efectos de luz de colores cambiantes. La vida, la muerte y el renacimiento eran un ciclo sin fin. Su conciencia se fundió con todo lo que había existido o existiría. El tiempo, el espacio y la materia lo rodeaban, estaban al alcance de su mano y, sin embargo, eran inalcanzables. Todo estaba conectado en una armonía perfecta.

Hardy abrió los ojos, miró hacia abajo y reconoció su antigua apariencia en la superficie del agua. Se arrodilló en el agua fría, contempló su rostro con una sonrisa y supo que su aspecto físico era solo un recuerdo de su última vida. Recordó las vidas que había vivido antes: como hombre negro de África, como mujer de China o India. Había vivido muchas vidas, como humano y animal. Una prueba de la reencarnación. La criatura era una fusión de todos los seres que alguna vez había encarnado. Hardy se concentró en la criatura, y ocurrió. En segundos, se transformó en aquel ser que había cambiado el mundo. Observó a la criatura por un momento antes de dirigirse a la orilla. Al llegar a tierra, volvió a ser Hardy. La música angelical aún lo envolvía, dirigiendo su

atención al centro de la montaña. La luz lo atraía mágicamente, casi exigiendo que escalara.

En el siguiente instante, estaba en un saliente cubierto de nieve, en medio de la luz, mirando el lago desde lo alto. Sonrió, sabiendo que sus pensamientos lo habían llevado allí. Detrás de él, descubrió una entrada que conducía al interior de la montaña, cuya abertura era el centro de la luz. Frente a ella yacían cuerpos congelados que parecían momias. Cuanto más se acercaba a la entrada, más sentía Hardy las frecuencias que habían sido fatales para los mortales. Su búsqueda de conocimiento había terminado en esa montaña, cuyos secretos estaban protegidos. Hardy entró en la luz, sintiendo las vibraciones uniformes que lo calentaban, lo llenaban de energía y lo conectaban con otras esferas. Caminó por un sendero estrecho dentro de la cueva, donde personas en trance estaban sentadas al borde. Al pasar junto a ellos, abrieron los ojos, siguiendo cada movimiento del recién llegado, que encontró un espacio libre y se sentó. En posición de loto, con las palmas en las rodillas, Hardy cerró los ojos y se preguntó si todo esto era real y si aún era él mismo. ¿Lo ocurrido lo había transformado en algo distinto, algo que quizás no quería ser? ¿Podría regresar a la realidad, al mundo?

Una amplia sonrisa cruzó su rostro al darse cuenta de que nada lo detendría. Podía levantarse y marcharse en cualquier momento o moverse de otra forma. Sin embargo, decidió quedarse un tiempo en ese lugar, sumergirse en su interior y adquirir conocimientos. Una prueba de que aún era él mismo fue un pensamiento que no lo abandonaba:

«Esta historia merecería una película.»

FIN DEL LIBRO TRES

FIN